
Una maldición ancestral.
Un destino que atraviesa siglos.
Un secreto que solo uno podrá romper.
EL LUGAR
DE
LOS HELECHOS
ROBERTO GARCÍA ZEA
SEGUNDA EDICIÓN

EL LUGAR DE LOS HELECHOS

EL LUGAR DE LOS HELECHOS

Roberto García Zea

© 2024, Roberto Efrén García Zea

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: MI2024000504

ISBN: 978-980-18-5090-8

Edición: Roberto Garcia Zea

Concepto y dirección creativa de la portada, contraportada e imágenes en el texto: Roberto García Zea. Imágenes desarrolladas con asistencia de ChatGPT (OpenAI).

Segunda edición digital: Agosto 2026

Descarga gratuita para uso personal; prohibida su comercialización o redistribución modificada sin autorización escrita del autor.

Prohibida la reproducción parcial o total
por cualquier medio sin autorización
por escrito del autor

A nuestros antepasados, en homenaje a
sus vidas, sus aventuras y desventuras,
sin ellos no estaríamos hoy aquí
agradeciendo por nuestras vidas.

Índice

La leyenda.....3
Yopo.....29
El regreso.....36
La Vela.....48
La confesión.....59
El Carrizal.....63
El capitán Irausquín.....68
El Cocuy.....77
Cristo al revés.....84
El pacto del mal.....88
La tentación.....93
Los sacrificios.....98
El adversario.....104
Isidro Nava.....112
El hallazgo.....133
Los ángeles caídos.....139
Aruba.....147
La traición.....164
La respuesta.....173
La buena batalla.....180
La puerta del infierno.....209
La segunda luna grande.....217
El duende.....230
Los círculos se cierran.....243
Referencias.....254

Los helechos éramos los antiguos amos del reino verde. Vimos a las grandes bestias, hoy desaparecidas, salir pequeñas del inmenso mar. Las alimentamos y caímos con ellas. Nuestros antiguos bosques quedaron sepultados bajo la tierra, y el tiempo los convirtió en carbón y piedra. Estuvimos allí cuando la tierra emergida era una sola y acompañamos, en su lento viaje por el océano, a cada uno de los continentes cuando Pangea se rompió.

Luego vinieron ellas, con sus flores malditas, a llenarlo todo. Los insectos y los pájaros las adoran.

¿Por qué no tenemos flores?

¿Qué mal hemos hecho?

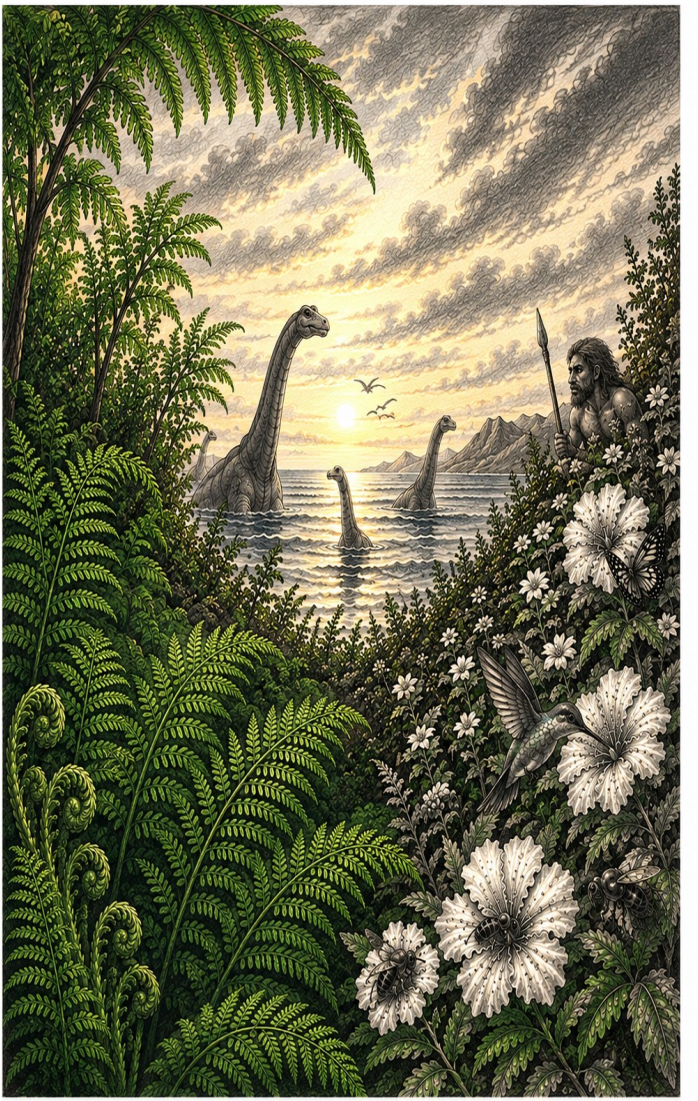
Los helechos hemos estado siempre aquí, lo hemos visto todo, y el Creador nos castiga de esta manera.

¿Por qué?

Pero todo tiene su tiempo. Ahora han llegado los humanos, esas criaturas curiosas, inteligentes y despiadadas que adoran las flores. Ellos matan animales, árboles y a sus semejantes sin piedad. Pueden ser la clave para cambiarlo todo, para llevarnos nuevamente al lugar que merecemos.

Solo debemos esperar… Paciencia.

Ellos vendrán a nosotros.



La leyenda

Siglos atrás, en una aldea situada en el bosque llamado Erausqun-Zar (en lo que hoy se conoce como País Vasco), comenzó una leyenda que se ha transmitido oralmente de generación en generación. Según cuentan, todo ocurrió una hermosa noche de primavera.

Estábamos sentados alrededor de la hoguera. Todo estaba en paz. Los hombres hablábamos del día de caza y las mujeres terminaban de cortar la carne del ciervo que cazamos. Los niños corrían traviesos por todos lados. De pronto, Uki se levantó, miró hacia el bosque y puso la mano sobre su cuchillo: sintió que algo no andaba bien. Los demás nos quedamos en silencio mientras mirábamos alrededor. Solo escuché el silbido de una flecha junto a mi oído. El chorro de sangre caliente que brotó del cuello de Uki impactó contra mi cara y me hizo girar a un lado; la flecha que iba dirigida a mí se clavó en la pared de la choza. Grité el aviso de ataque.

Los Bisk llegaron en medio de la noche. Los gritos de la batalla eran ensordecedores, todo era un caos. Tomamos a los niños y corrimos hacia las montañas. Lorea, la más pequeña, cayó. La tomé entre mis brazos y la monté sobre mi hombro. Nos seguían esos malditos de la tribu Bisk. No podíamos más; los niños temblaban y lloraban. Seguimos como pudimos, solo queríamos ir lejos. De pronto nos detuvimos. Miré a

mi mujer; no hubo necesidad de palabras, lo sabíamos: era el fin. Habíamos llegado a un sitio sin salida, una pared inmensa de helechos nos rodeaba. Caí de rodillas.

Entonces escuché la voz profunda que brotaba de los helechos:

—Ven —dijo la voz. Te protegeremos. Ven, no tengas miedo. Nunca imaginé el error que cometía y por el cual pagaría toda mi descendencia. Corrimos hacia los helechos, se abrió una especie de puerta, entramos y ellos nos cubrieron con sus ramas. Los Bisk, sorprendidos, no nos encontraron y se marcharon. Entonces el tiempo se detuvo. El río dejó de fluir; no había brisa. Mi visión empezó a apagarse como la hoguera sin leña. Fue el todo y la nada al mismo tiempo; se apagó el fuego y nos dormimos quién sabe cuánto tiempo.

La espera rindió sus frutos. Cada siglo, cada invierno, cada verano, al fin llegó el momento. Los trajimos a nosotros y con ellos la bella flor que será la envidia de todos. Lorea lleva por nombre y es nuestra ahora. Ella es el precio y el camino a la redención.

Abrí los ojos. Todo era borroso, no podía moverme. Logré ver a mi compañera Zorione y a mis hijos dormidos, cubiertos por las ramas de los helechos, todos con un gesto en sus caras que transmitía paz.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —pregunté.

—Bienvenido, Artiz, estás en casa.

—Me susurró una voz suavemente al oído.

—¿Qué poder tienes? ¡No puedo moverme! —dije con angustia. ¿Cómo me escuchas si no puedo hablar? ¿Quién eres? —indagué.

La voz no respondió.

—¿Quién eres? —grité.

Entonces la voz habló:

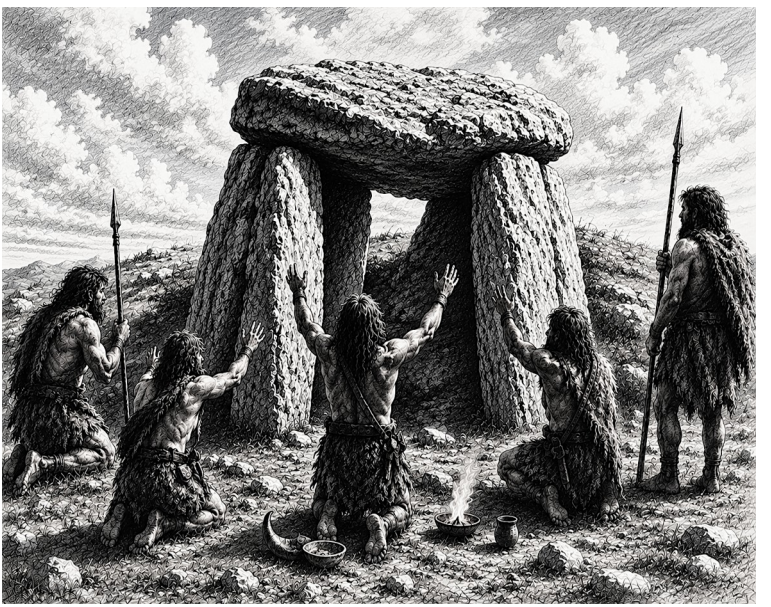
—Pueden irse cuando quieran, Artiz, pero la pequeña Lorea se queda con nosotros. La cuidaremos bien, será parte de nosotros, será nuestra flor. Y cuando se marchite, cada uno de tus descendientes deberá entregarnos a su primera hija para reemplazar a nuestra flor ya marchita. Ese es el precio para que puedan irse. Estamos en todas partes; no podrán escapar de nosotros. Todos nos comunicamos entrelazando nuestras raíces.

—El hombre nos lleva a sus casas por considerarnos un amuleto de buena suerte, de prosperidad, que canalizamos la buena energía... ¡Ilusos! Nuestro señor ha sembrado eso en sus mentes. Los escuchamos e informamos a nuestro amo y señor, él es único que nos ha comprendido.

Nos dejaron ir. Salimos cruzando de regreso la inmensa pared de helechos y caminamos de vuelta. Ahora aquí estamos, de nuevo en nuestra aldea. Mi

mujer y mis hijos están a salvo, pero pagamos el precio. Lorea ya no está con nosotros y la aztikeria acompañará a nuestras futuras generaciones. En cada generación, una niña será reclamada por los helechos y no habrá manera de evitarlo.

Fuimos a las grandes piedras de Ausokoi buscando respuestas e hicimos un sacrificio para pedir ayuda a nuestro dios. Él nos reveló que uno de nuestros descendientes nos librará de esta aztikeria. Ocurrirá en tierras situadas más allá del ozeanoa, en tierras desconocidas y áridas. Una madre que vendrá del cielo llegará desde el itsasoa a las manos del que lleva nuestra sangre. Él abrirá la koloredun kutxa, nos redimirá y vencerá al mal.



¡Nos encontraron!

La nueva casa de los Irausquín estaba ubicada en medio de una llanura muy fértil, en la confluencia de los ríos Orés y Arba de Luesia, muy cerca de Ejea de los Caballeros, al noroeste de España. Llegaron allí hacía varias generaciones, escapando de una *aztikeria* que les perseguía y que les había costado la dolorosa pérdida de una niña de cada generación.

—Amona, cuéntame la historia de la familia Irausquín otra vez —pidió Manuel desde la cama a su amona doña María.

—Está bien, te la voy a contar. —Respondió su amona acariciando el cabello de Manuel.

Él le agradeció con una sonrisa que iluminó los ojos de doña María.

—Hace muchos, muchos años, nuestros ancestros vivían en las hermosas montañas que están al norte, llamadas Los Pirineos —dijo doña María mientras apuntaba al norte con su mano. En estas montañas crecen muy bien los helechos y forman inmensos bosques que parecen paredes impenetrables. El coto de caza de nuestros ancestros se llamaba Erausquin-Zar; de allí viene nuestro apellido Irausquín, que quiere decir «el lugar de los helechos». Allí está la fortaleza llamada Ausa Gaztelu; nosotros éramos sus guardianes, y era nuestro lugar sagrado, llamado

Ausokoi; también estaba en esas montañas. Una noche, el pueblo de nuestros antepasados fue atacado por una tribu rival, los Bisk. Algunos de ellos lograron escapar, pero en su huida quedaron en poder de los malvados helechos. Ellos se quedaron con su hija menor a cambio de liberarlos. En cada generación de los Irausquín, una niña será tomada por los helechos; esa es la *aztikeria* que nos persigue. Por eso debes alejarte de los helechos y, cuando tengas tus hijas, cuídalas de ellos. Ya se durmió —susurró doña María mientras miraba a su adorado nieto dormido.

A la mañana siguiente, Nekane, la cocinera de los Irausquín, fue al río a buscar hierbas para la cocina y llevó a Manuel con ella. Manuel lanzó su anzuelo al río, como acostumbraba. Entonces ocurrió algo que cambiaría su vida.

—¡Manuel Francisco Benito! ¡Ven! Deja de andar en esa parte del río. Tu amona ya te dijo muchas veces que no debes ir allí; cerca están los helechos, y los helechos están prohibidos para esta familia —dijo Nekane enojada.

—Sí, ya lo sé. No sé qué pasó, tenía que ir allí porque vi a una niña correr hacia allá. No le digas nada a mi amona, me va a arrancar las orejas —imploró Manuel. —Está bien —respondió Nekane—, pero no lo hagas otra vez y no menciones esa tontería de la niña nunca.

¿Me escuchaste bien? ¡Nunca! Ahora ve a quitarte esa mugre, ya voy a servir el almuerzo.



—Ven aquí, Imanol, mi querido nieto —dijo la abuela doña María de Sus Reynaque con voz cariñosa mientras se sentaba a la mesa para el almuerzo.

—¡Amá! No se llama Imanol —le reprochó Miren—; es Manuel Francisco Benito.

—Ustedes y sus nombres castellanos —respondió la abuela, visiblemente enojada—. Imanol debería llamarse, Imanol Frantzisko Benito. Ven aquí, Imanol, que tu amona quiere darte un beso —repitió la abuela con voz cariñosa, colocándolo en su regazo y dándole un tierno beso, mientras miraba a Miren con desdén. —¿Qué aventura has tenido hoy? Cuéntame…

—Amona, hoy casi pesqué un rey del río —respondió Manuel, entusiasmado—. Lo tenía cuando escuché la risa de esa niña. Recordé las historias que me has contado, me asusté y se me escapó el pez. Entonces, curioso, corrí detrás de ella y…



—¿Qué niña? —interrumpió bruscamente la amona.

Todas las miradas cayeron como rayos sobre Manuel. Luego Miren y su madre se miraron a los ojos en silencio; no hacían falta palabras. Lo que tanto temían había pasado.

—¡Nos encontraron! —exclamó doña María.

—¡Doña María de Sus y Reynaque! —Ya basta de ese asunto de las leyendas de helechos, brujería o *aztikeria*, como usted le dice. Esos comentarios son muy peligrosos. Si eso llega a oídos del Santo Oficio, va a tener problemas —exclamó don Olavarriaga, clavando su mirada en doña María. Voy a ayudarla con su nieto, para honrar mi amistad con su finado yerno, don Francisco Irausquín Ximénez ¡que Dios tenga en su gloria!. Lo enviaré a la provincia de Venezuela en el primer zarpe de la compañía. Tengo noticias de que naos saldrán del puerto de Pasaia muy pronto para Caracas.

—No sabe cómo se lo agradezco; mi finado yerno siempre me dijo que podía confiar en usted —respondió conmovida doña María.

—Ahora le voy a dar una carta dirigida al capitán del galeón «La Guipúzcoa», para que le permita abordar, y otra con su nombramiento como Avaluador destinado a Santa Ana de Coro, un sitio árido y sin helechos, tal como usted tanto lo ha pedido.

—¿Cómo se llama su nieto? —preguntó don Olavarriaga, quien era promotor de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.

—Se llama Manuel Francisco Benito Irausquín de Sus y Reynaque. Tiene dieciséis años, ya es un hombre.

La Sierra de Coro

Coro, primera capital de la Provincia de Venezuela, fue fundada el 26 de julio de 1527 por Juan Martín de Ampués, quien fue el primer gobernador de la provincia de Venezuela. Ello fue posible mediante un pacto de paz con Diao Manaure, máxima autoridad espiritual de los Caquetíos, una de las tribus más poderosas del occidente de la provincia de Venezuela y de las llamadas “islas inútiles”. Este pacto permitió el nacimiento de Santa Ana de Coro.

Al sur de la llanura costera en donde se fundó la "Noble y Leal Ciudad Mariana de Coro" se levanta una cordillera montañosa conocida como la Sierra de San Luis o Sierra de Coro, que también formaba parte de los dominios de Diao Manaure. Los españoles dirigieron su mirada y su ambición a estas montañas, buscando riquezas y clima benigno.

—¡Debo ir a la Sierra y nadie me va a detener! —exclamó el padre Sangróniz—. ¡Estos pobres indios en Aruba me necesitan!

—¡Padre Sangróniz! ¿Todo esto por un sueño? Pero ¿cómo va a traer esos indios desde Aruba? Los holandeses no lo van a dejar salir, son más de doscientas almas —exclamó Aldama.

—Manaure, a respuesta es Manaure —dijo el padre Sangróniz con la mirada perdida en la Sierra de Coro,

que se dibujaba brumosa en el horizonte.

—¿Manaure? —preguntó Aldama—. Hace más de cien años que desapareció con toda su gente. Dicen que una noche se fueron y no quedó rastro de ellos.

—Estos indios son su familia —respondió—. Se fueron a esa isla escapando de los alemanes, los Belzares, que traicionaron a Manaure. Voy a buscarlo en la sierra. La Virgen me lo mostró en mis sueños. Debo ir a San Luis; cerca de allí está una gran caverna donde hay un río. Ese río me llevará a un gran lago, y allí encontraré a Manaure… junto a un gigantesco árbol Urupagua, allí donde el campanero herrero golpea la campana en su metálico canto para anunciar la llegada de extraños a la corte de Manaure.

El padre tomó su mula y bastimento, comenzando a caminar con la mirada puesta en la sierra, ante el asombro de Aldama, que no podía creer aquello.

—Un cura con visiones de Manaure —murmuró Aldama—. Este curita es de cuidado, debo estar cerca de él.

La sierra es una gran muralla verde, una selva húmeda que se empina sobre la aridez de la costa Coriana. Todas estas tierras y más allá son territorio de Manaure. Allí abundan cuevas llenas de cristales, ríos y lagunas. Hay huecos inmensos, sin fondo, de donde dicen que salen cantos que llaman al curioso a mirar en su interior para atisbar su fondo y así, en trance hipnótico, caen en ellos, en una caída sin fin,

solo acompañados del eterno grito que brota de sus gargantas. Dicen que estos gritos se unen a los cantos que de estos huecos brotan para atraer a su próxima víctima. Estos huecos son los Aitones.



Esta sierra es el reino del mítico árbol llamado Urupagua. Solamente en esta sierra existe este árbol; su amargo fruto tiene propiedades curativas que eran

conocidas por los antiguos pobladores de las tierras gobernadas por Manaure y se han transmitido por generaciones. Este árbol crece en los riscos más escarpados de la sierra; son los llamados urupaguales. Según se cuenta, para llegar a los urupaguales hay que superar los obstáculos colocados por criaturas o entidades que protegen la montaña: los llamados Caretones.

También están protegidos por redes fabricadas por arañas gigantescas que pueden atrapar a aquellos que traten de llegar hasta ellos. Una vez allí se puede cosechar su fruta, pero solo la que está ya en el suelo; si se tumba del árbol, el fruto pierde sus propiedades curativas. También hay que llevar un palo largo para arrimar los frutos y así poder evitar la picadura de la multitud de arañas que dan protección a los urupaguales. Hacia allá se dirige el padre Sangróniz, a la mágica sierra, con su mula Babieca, con una voluntad de hierro y bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe.

El aire cambiaba a medida que ascendían. El sol abrasador de la costa, que había calentado su piel como un horno, se fue transformando en una brisa fresca que olía a tierra húmeda. El polvo del camino dio paso a un suelo oscuro y esponjoso, cubierto de hojas secas que crujían bajo las pezuñas de Babieca. El zumbido de los mosquitos y el canto estridente de las cigarras llenaban el aire, mezclándose con el grito lejano de algún pájaro desconocido. La humedad se

pegaba a la ropa como un sudario.

—Este paisaje es de belleza inigualable. Bendito Dios —dijo suavemente el padre Sangróniz mientras acariciaba la cabeza de su mula Babieca—.



Es admirable ver cómo la vegetación va cambiando para convertirse en un bosque muy lluvioso. ¡Hasta frío hace! Ya cae la noche, Babieca, es hora de descansar. En esos árboles puedo colgar mi hamaca.

Mientras preparaba su improvisado campamento, una espesa neblina los rodeó. El aire se volvió denso y frío, y el rocío comenzó a condensarse en las hojas, parecían lagrimas que caían como llanto silencioso.

El olor a musgo y a tierra mojada se intensificó, y el crepitar de la leña al arder parecía el único sonido real en medio de aquella niebla que lo envolvía todo. Amarró a Babieca a un tronco en un pequeño prado con abundante hierba y le dio agua. A duras penas encendió un fuego, rezó, y luego disfrutó de un pedazo de carne seca y casabe. El sabor salado y dureza de la carne se mezclaban con el aroma a humo y resina. Se tumbó en su hamaca y cayó en un profundo sueño.

Ya casi amanecía. Sangróniz buscó desde la hamaca con la mirada a su mula y la vio plácidamente tumbada en donde la dejó. La neblina aún persistía, como un manto que difuminaba los contornos de los árboles y convertía el bosque en un mundo de sombras. Sonrió y se impulsó para levantarse. Entonces una mano se posó sobre su hombro.

El padre sintió el contacto, áspero y firme, y un escalofrío le recorrió la columna. Vio aterrorizado el rostro de un indio pintado con rayas rojas y negras que le cruzaban el rostro como cicatrices. Sus ojos, oscuros y fijos, no parpadeaban.

Una macana se elevó, lista para golpearlo. Sangróniz solo logró balbucear:

—Manaure…

Otro indio volteó la hamaca. El padre cayó al suelo pesadamente, sintiendo el golpe en los codos y la aspereza de la tierra húmeda contra su mejilla. Al

incorporarse, se vio rodeado por cuatro indios. Repitió, balbuceando:

—Manaure…

Lo miraron de arriba abajo, sin parpadear, con sus macanas y arcos listos para atacarlo. El corazón del padre latía con fuerza, tan rápido que podía escuchar los latidos en sus oídos.

Gritó desesperado otra vez:

—¡Manaure!



Entonces, desde el fondo de la neblina, se escuchó una voz que gritó con autoridad:

—¡Diao Manaure!

Todos los indios desaparecieron en la neblina como si la niebla misma se los hubiera tragado. El silencio fue absoluto, roto solo por el goteo de la humedad que caía desde las hojas. Del fondo de esa bruma apareció una figura que, por su plumaje de guacamaya y campanero herrero, revelaba que era un personaje con autoridad. Se le acercó y lo miró fijamente a los ojos. Luego habló en nítido español:

—Te estábamos esperando, padre Sangróniz. Urupagua le dijo al Diao que vendrías. Diao Manaure te espera.

Salimos todos juntos sierra adentro. En el camino recordé la descripción escrita por el sacerdote Juan de Castellanos en 1589 y dedicada a Manaure:

"Fue Manaure varón de gran momento,
De claro y sagaz entendimiento.
Tuvo con españoles obras blandas,
Palabras bien medidas y ordenadas;
En todas sus conquistas y demandas
Temblaban de él las gentes alteradas;
Hacíase llevar en unas andas
Con chapas de oro bien aderezadas,
Y la amistad y la paz después de hecha
La tuvo con cristianos muy estrecha.
Usaba de real magnificencia,
Sin se le conocer parecer vario,
A sanos y a súbditos, a dolencia
Siempre les proveyó lo necesario:
De tal manera, que sin advertencia

Se hizo poco a poco tributario;
Pero jamás disgusto ni molestia
Pudieron perturbarle su modestia.
Nunca vio virtud que no loase,
Ni pecado que no lo corrigiese;
Jamás palabra dio que la quebrase,
Ni cosa prometió que no cumpliese;
Y en cualquier lugar que se hallase,
Ninguno le pidió que no le diese;
En su mirar, hablar, y en su manera,
Representaba bien aquello que era."

Llegamos a una parte de la sierra muy empinada, de difícil acceso. El esfuerzo de la subida hacía arder los pulmones; cada bocanada de aire entraba fría y húmeda, pero parecía no llenar del todo los pulmones. Las piernas temblaban por la fatiga, y el barro se pegaba a las alpargatas como si quisiera retenerlos. El olor a hojas mojadas y a tierra removida se mezclaba con el aroma dulzón de alguna flor oculta. Los indios que nos acompañaban estaban nerviosos y revisaban con cuidado la senda a transitar. El cacique Oirubae me detenía a ratos, esperando que sus guerreros de avanzada confirmaran que era seguro continuar.

—¿A qué le temen? —pregunté intrigado a Oirubae.

—A las arañas y alacranes —respondió sin quitar la vista del camino—. Ya perdimos muchos guerreros en sus redes y por sus picaduras. Hay que tener mucho cuidado —comentó visiblemente conmovido.

Oirubae señaló un árbol cercano. En sus ramas, una tela de araña del tamaño de un hombre brillaba con las gotas de rocío, hilos plateados que parecían de seda, pero que, según supe después, eran más resistentes que el cáñamo. El solo pensamiento de quedar atrapado allí me produjo un nudo en el estómago.

Al fin llegamos a una cueva donde corría un gran río.

—Akarite —sentenció Oirubae, apuntando con su macana—. El río sagrado. Él nos llevará a la presencia del Diao.

—¿Y mi mula Babieca? —pregunté preocupado.

—Aquí se quedará. Cuando regreses, tu mula aquí estará —respondió mientras daba la señal de abordar las curiaras.

El olor a humedad y a piedra mojada, nos envolvió. Abordamos y partimos veloces, impulsados por cuatro magníficos remeros hacia el encuentro con Manaure.

El río era muy frío. El agua, oscura y profunda, parecía absorber la luz. Al sumergir la mano, el frío era punzante, como si el río estuviera hecho de agua de deshielo. Transitábamos por galerías llenas de paredes cubiertas con cristales de cuarzo que reflejaban la poca luz que entraba por los aitones e iluminaban el paso. La luz se quebraba en los cristales formando prismas de colores: azules, verdes, dorados, que bailaban sobre las paredes.

—Algo que nunca había visto; las creaciones de Dios son maravillosas —susurré.



De pronto, unos pequeños seres emergieron del agua y se aferraron a los remos. Sus dedos, largos y delgados, se enrollaban alrededor de la madera. Eran del tamaño de un niño, con la piel verdosa y resbaladiza, cubierta de una mucosidad fría como la de un pez.

Los remeros gritaron: ¡Caretones! Y comenzaron a golpearlos con sus macanas, hasta

que soltaron los remos. Las criaturas emitieron un chillido agudo y lastimero, como el de un animal herido, y se hundieron en el agua oscura.

—¿Qué son estos seres? —pregunté a Oirubae.

—Junto a las arañas y alacranes, son los protectores de los urupaguales y sus frutos —contestó inmutable.

Mientras avanzábamos por el río, pensaba que en este viaje he visto sitios más allá de nuestra comprensión, seres y lugares inimaginables.

¡Llegamos al lago!

La galería se abrió de golpe y ante nosotros apareció un lago inmenso. La luz, que caía desde un gran hueco en el techo de la cueva, bañaba la superficie del agua.

El agua era tan cristalina que podía ver hasta el fondo, donde enormes rocas cubiertas de musgo y los cristales de cuarzo brillaban como estrellas sumergidas.

En el centro del lago, sobre una pequeña isla de roca blanca, se alzaba un árbol enorme, de tronco ancho y retorcido, cubierto de musgo y fragantes flores blancas: el Urupagua. Sus raíces se hundían en el agua como dedos que abrazaban la tierra.

El padre Sangróniz sintió una paz inmensa, como si todas sus dudas y temores se hubieran disuelto en el agua sagrada del lago. Sabía que había llegado al lugar donde su fe y su misión encontrarían respuestas.

Manaure

Llegamos a una playa de arena blanca. El cacique Oirubae me señaló una pequeña choza al pie de un gigantesco árbol de urupagua.



—Espera aquí, vendrá pronto —dijo Oirubae.

Los guerreros y el cacique se montaron nuevamente en la curiara y, sin mediar palabra, se marcharon. Pronto desaparecieron en la niebla.

—¿Y cómo regreso? —me pregunté, preocupado.

Comencé a caminar por aquella arena blanquísima, que crujía suavemente bajo mis pies, hasta llegar a la choza. Era más grande de lo que pensaba y en su interior solo había una hamaca. Mi corazón latía con fuerza ante la emoción de encontrar al legendario Diao Manaure.

Poco después, llegó Manaure en una hamaca transportada por ocho de sus guerreros. Entraron en la choza. Manaure salió de la hamaca y allí estaba ante mí: un hombre de formidable musculatura, más bien pequeño, prácticamente desnudo, vestido únicamente con un guayuco. Tenía el cabello largo y negro, salpicado de algunas canas, y llevaba plumas y muchos adornos de oro, que revelaban su jerarquía, y su mirada era estremecedora. Me invitó a sentarme en la hamaca con un elegante ademán.

Su voz era firme, profunda, se dirigió a mí en un español perfectamente pronunciado, pero algo antiguo. Bienvenido, —dijo Manaure— lo apropiado sería pedir su bendición padre, ya que no sé si sabe que fui bautizado en su fe, me bautizaron con el nombre de Martín, el 26 de julio de 1527, Día de Santa Ana de Coro.

Mi buen amigo Juan Martín de Ampués me pidió que compartiese su nombre como testimonio de nuestra amistad —continuó Manaure—. Además, su nieto Antonio se casó con mi hija Caubana, bautizada Inés; eso fortaleció nuestra alianza. Españoles y caquetíos

estaban creando una sólida unión de sangre entre dos grandes naciones y tú darás continuidad a esa unión.



—¿Pero cómo? —pregunté, intrigado.

—Todo a su tiempo —respondió Manaure—. Toma, bebe esto. Es un carato de urupagua; te refrescará y elevará tu espíritu. Ya sabes lo que cuentan las historias sobre la urupagua: siempre hay en esos relatos algo de verdad y algo de magia —comentó mientras sonreía.

—Te agradezco que hayas venido —continuó—. Como sabes, mi pueblo, mi familia, casi han desaparecido por las persecuciones. Primero fueron los esclavistas. Ellos se llevaron a mi mujer, Yanira, y a mi hija

Carirubana a la isla de Quisqueya. Ampués las rescató y las trajo de vuelta. Luego vino la lucha contra los alemanes, obsesionados con el oro y empeñados en encontrar una ciudad de oro que no existe: ciudad que fue un invento de los cumanagotos para librarse de aquellos ambiciosos invasores.

—No sé si sabes que, por petición del primer obispo de Coro, don Rodrigo de Bastidas, los caquetíos somos libres. El rey nos llamó indios de la Real Corona y no podemos ser esclavizados ni encomendados, ni estamos obligados a pagar tributos. Tu rey así lo concedió; por eso, el rey de España tiene nuestra eterna fidelidad. Para los caquetíos, la palabra es sagrada. Por eso estamos hoy aquí. Solo quedan de mi gente los que están en Aruba; allí están muriendo poco a poco y necesito tu ayuda para traerlos a un lugar seguro en tierra firme.

—¿Pero por qué yo? —pregunté, intrigado.

—Solo las almas puras pueden transitar entre umbrales. En su ingenuidad y su pureza poseen las llaves para hacerlo. Yo estoy aquí con mis guerreros, sin poder trascender. Los pensamientos y las súplicas de mi pueblo no nos dejan partir; por eso te necesitamos.

—¿Entonces son ciertas las historias? —pregunté.

—Sí. Tuvimos que alejarnos de nuestra amada Curiana y de nuestro sitio en Todarequiba, allí donde floreció nuestro pueblo —respondió Manaure—. Nos

alejamos para escapar de los maltratos de los alemanes. Nos fuimos todos a Capatárida para esperar el regreso de Juan Martín, pero nunca volvió. Allí yace mi cuerpo, pero mi espíritu aún está aquí, buscando la paz.

—Qué triste es la historia que me cuentas. Cuánto sufrimiento —respondió el padre Sangróniz—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Cuál es mi misión?

—Debes estar cansado de tu viaje. Es mejor que descanses un poco; más tarde hablaremos nuevamente —respondió Manaure—. Debes conocer tu futuro. El yopo te ayudará a saber. Yo debo ver a Yara, la hija de Yaracuy, a quien crié como si fuera mi propia hija. Ella me trae importantes mensajes.

Yopo

Me recosté en la hamaca, pensando en todo lo sucedido y en todo lo que había conocido. De pronto, una pregunta surgió en mi mente: ¿cómo supo Aldama que son más de doscientas almas? Luego entré en un profundo sueño, ayudado quizás por los efectos del carato de urupagua.

Llegó la noche, con Manaure y sus guerreros nos ubicamos alrededor del fuego, los guerreros comenzaron a pintarse caras y cuerpos. Manaure se sentó a mi lado.

—Padre, vas a ser parte de una ceremonia heredada de nuestros antepasados; viene de mucho antes de la llegada del hijo de tu Dios. Tendrás un viaje, estarás en muchos sitios y verás a muchas personas; algunas cosas las recordarás mañana y otras solo las recordarás cuando estés en los sitios o hables con ese alguien que viste en este viaje mágico. Debes quitarte tu vestimenta; deja solo tu camisa; es tu primera vez y no podrás controlar tu cuerpo. Te cuidaremos; ahora compartamos este momento.

Luego de un largo silencio, uno de los guerreros tomó un largo trozo de bambú hueco e impregnó la punta con un polvo grisáceo y me pidió que me arrodillara y colocó la punta del bambú en uno de los orificios de mi nariz… y sopló por el otro extremo.



Sentí como si una llamarada entró por mi nariz, cruzó mi frente y explotó en mi cabeza; sentí que mis ojos se salieron de sus órbitas y todo a mi alrededor comenzó a moverse y a deformarse, perdí el control de mi cuerpo. Una serie de imágenes sin control pasaron delante de mí. Un barco hundiéndose en una tormenta y gritos de la gente pidiendo auxilio; una caja de madera del naufragio va flotando y llega a una playa. Un hombre se acerca a mí y extiende su mano y dice: Manuel, mi nombre es Manuel. Me veo sentado en una piedra frente al mar. Piedras con mensajes. Indios construyendo una iglesia. La bendición, padre –me dice un niño rubio con ojos verdes. Un lago en medio de unas colinas y un zorro plateado en medio

de la noche. Lágrimas por una dolorosa traición.

Amanecí mojado y con frío, mi cabeza aún da vueltas, se acerca un guerrero y me da de beber carato de urupagua, y lo tomo con desespero con mis manos temblorosas. El guerrero, sin mediar palabra, toma la totuma vacía y se aleja, mientras yo me quedo en la hamaca y mis ojos se cierran, no puedo más.

Desperté y tenía frente a mí una hermosa joven observándome detenidamente, con curiosidad… Chacamba cudanga, Aterí Cati —dijo mientras sonreía con picardía. ¿Cómo está usted?, hombre rubio —eso es lo que le dije, eres lo que los cumanagotos llaman, un catire… y comenzó a dar vueltas alrededor de la hamaca mientras reía y repetía: ¡catire!, ¡catire! Me gusta esa palabra…

Me incorporé de la hamaca y la vi en todo su esplendor, una hermosa mujer casi totalmente desnuda. Se detuvo frente a mí y dijo: Quiero tener hijos catires como tú…

Yara, busca la comida que preparaste para el padre Sangróniz —interrumpió Manaure con voz enérgica. Yara me ofrece maíz tostado con miel y un bagre con ají, muy picante para mi gusto. Al terminar mi comida, se acercó Yara, sonriendo, y preguntó:

—¿Catire, te gustó el harichufe y el bagre?

—Sí, pero un poco picante, no estoy acostumbrado, pero el… ¿Cómo le dices?, ¿harichufe? Ayuda con el

picante, es una buena combinación.

—Me tengo que ir, dijo Yara con una pícara sonrisa, pero regresó esta noche, ya Diao Manaure sabe y dirá...

Yara caminó hacia el lago y se reunió con un animal impresionante, sobre el cual se montó elegantemente y entró a las aguas del lago.



Manaure se paró a mi lado y dijo con sentimiento paternal:

—Es muy hermosa Yara, llego a mí siendo niña; luego que los españoles asesinaron a su padre, el cacique Yaracuy, ella presenció este terrible hecho, pero logró

escapar a la selva, me la trajeron los sobrevivientes de la tribu de Yaracuy, le di refugio y consuelo; la llevé a Arequito junto a mis hijas Judibana y Caubana. Ellas tres eran la alegría de mi mujer Yanira; ella se dedicó a enseñarles a ser buenas mujeres caquetías.

Pero los pensamientos de Yara siempre viajaban más allá de la sierra, se perdían en la selva profunda de su niñez, selva que se reflejaba en sus misteriosos ojos verdes. Yo supe desde entonces que un día nos dejaría para irse a proteger a su gente y a su selva.

—Solo tenemos una oportunidad para sacar a mi pueblo de Aruba y traerlos a tierra firme; te diré qué tienes que hacer, cuándo y dónde. Mientras duermen, tanto tú como mi pueblo escucharán nuestros mensajes y entenderán qué hacer. Yara es nuestro vínculo con la que ustedes llaman la Madre de Dios, ella atendió nuestra súplica y nos ha dado esta oportunidad única; es lo que ustedes llaman un milagro.

—El sitio donde se establecerán en tierra firme se llama El Carrizal; está a dos leguas del poblado de La Vela, allí deberán construir un templo como agradecimiento, la madre de Dios te enviará un mensaje una vez que concluyas tu misión.

—Tendrás que contratar naos, en esta bolsa hay suficiente oro para contratar las que necesites. Este oro era de Ambrosio Dalfinger. Cuando regresó herido en el cuello desde Maracaibo a Curiana, uno de

sus sirvientes, un bravo caquetío, rescató el oro y escapó. Cuando Dalfinger descubrió que había perdido parte del oro que robó, la ira aceleró su muerte, comenzó a dar gritos como loco, se desangró por su herida del cuello, merecido fin para este despiadado hombre, que acabó con todos nuestros sueños de una gran nación de españoles y caquetíos, todo por su búsqueda desesperada de la ciudad de oro.

—¿Y ustedes vendrán conmigo? —pregunté inquieto.

—Nosotros no podemos abandonar la sierra, así que no podemos ayudarte como quisiéramos; mis guerreros te acompañarán hasta donde comienza la tierra árida; allí comienzan los dominios del Dividivi.

En tus sueños estaremos presentes y guiando tus acciones. Anoche con el yopo viste y ahora sabes; todo lo que viste vendrá a ti en su momento y sabrás que eso es lo que tienes que hacer, a donde tienes que ir, en quién debes confiar.

—¿Y a quién buscaré en Aruba?

—Al cacique Baracuyra, bautizado Juan, él es quien guía en la isla de Aruba al pueblo caquetío. En Coro busca a Esteban Martín, es nieto de uno de los hombres de confianza de Juan de Ampués y su abuela era taína de la isla de Quisqueia.

—Ahora tienes que irte, no nos encontraremos más aquí, pero estaré en tus sueños, ahora ya eres un

caquetío y agradezco que aceptaras venir a este encuentro.

El regreso será peligroso; ya los otros saben que estás aquí y van a buscarte para hacerte daño. En especial, cuídate de los helechos, no te acerques a ellos; allí hay mucho mal espíritu; el no tener flores los ha hecho malvados. En algunos años algo llegará a tu iglesia y te brindará la ayuda para terminar con todo el mal que han hecho. Oirubae te llevará de regreso y cuidará de ti.

Me miró fijamente a los ojos y colocó su mano sobre mi cabeza y murmuró unas palabras en caquetío que no pude entender, —luego sonrió y me dijo:

—Esto fue lo que ustedes los cristianos llaman una bendición. Adiós, padre Sangróniz.

Se montó en su hamaca y sus guerreros se lo llevaron, se perdió en la neblina que comenzaba a salir del lago.



El regreso

Quedé solo en la choza. El silencio era absoluto, roto solo por el suave crujido de la palma seca al moverse con la brisa y el rumor del agua acariciando la orilla. El aroma a humo, a hierbas secas y a flores de urupagua aún flotaba en el aire. Me arrodillé sobre el suelo frío y apisonado, sintiendo la textura áspera de la tierra bajo mis rodillas. Junté las manos y di gracias a Dios por la oportunidad de servirle y de hacer el bien. Mis palabras eran un susurro que se elevaba hacia el cielo.

Oirubae regresó con sus guerreros. Llegaron silenciosos, como sombras que emergían de la niebla, y me trajeron comida: carne, que creo que era de venado, y casabe. La carne estaba asada y despedía un aroma tentador, a humo y a hierbas, con un toque ligeramente ahumado que me hizo sentir hambre. El casabe era crujiente y seco, con un sabor neutro que contrastaba con la carne jugosa y ligeramente salada. Todos se sentaron a mi alrededor mientras comía. Me observaban sin parpadear, sus ojos oscuros brillando a la luz del fuego. De vez en cuando hacían comentarios en su idioma y reían, una risa baja y gutural que resonaba en la choza. La situación era algo incómoda, pero también extrañamente

acogedora, como si estuviera siendo aceptado en su círculo.

Terminó cuando Oirubae se sentó frente a mí. El fuego crepitaba entre nosotros, lanzando sombras danzantes sobre su rostro pintado.

Comenzó a explicarme los peligros que debíamos enfrentar en el regreso. Luego, sonrió, con una sonrisa amplia y dijo:

—Están hablando de ti y de tu encuentro con el Yopo... Estuviste fuera de control. Bailaste, te revolcaste en la arena, cantaste en un idioma extraño y nos hablaste de tu Dios en una ceremonia. ¿Cómo lo llaman ustedes? ¿Mita? ¿Misa?

—La Santa Misa —respondí, sintiendo un calor de vergüenza en mis mejillas.

—Eso les pasa a los primerizos —respondió Oirubae con una sonrisa cómplice—. Ellos te ayudaron, te bañaron en el lago y te llevaron a la hamaca. Ya los otros saben que llegaste y no quieren que regreses a Curiana. Quieren que tu cuerpo quede aquí y tus ojos nunca más vean la luz del día. Te protegeremos. Quédate siempre a mi lado, no corras lejos de mí por más miedo que tengas. No tomes agua del río; los caretones pueden envenenarla. Llevamos agua en totuma. Come solo lo que nosotros te demos. Descansa, ya vendremos por ti. Vamos a mirar los caminos para entender y decidir cuál tomaremos.

Confieso que me quedé preocupado. Me tumbé en la hamaca. La fibra se ajustó a mi cuerpo como una mano cálida, pero mis pensamientos no me dejaban descansar. Mis ojos se perdían en el techo de palma, donde las sombras del fuego dibujaban figuras que se movían y se retorcían. Me encomendé a la Virgen y pedí su protección y misericordia. Poco a poco, el cansancio venció mi inquietud y dormí un buen rato.

Me despertó Oirubae. Su voz era firme y urgente:

—Nos vamos, es tiempo. Vamos, a la curiara.

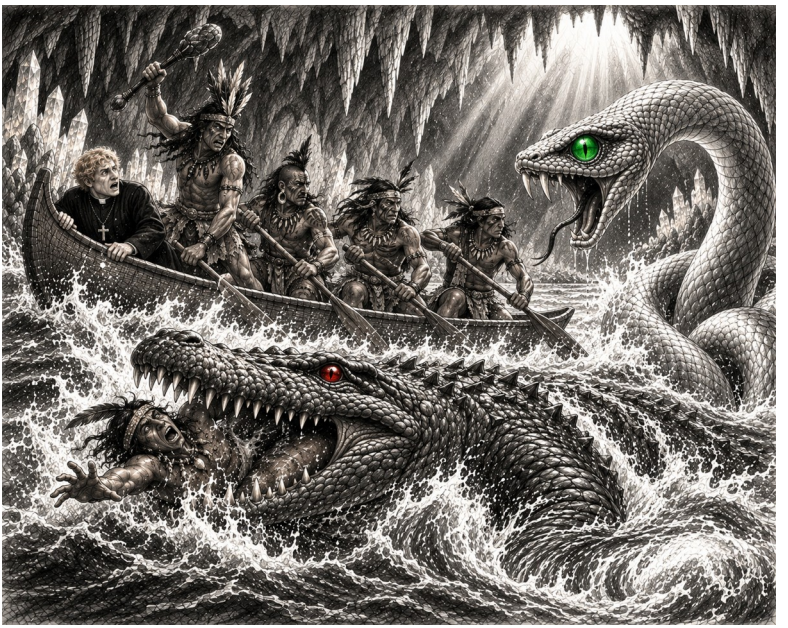
Tomé mi sotana, que aún conservaba el olor a humo y a tierra mojada, corrí y me acomodé como pude en la canoa. Salimos rápidamente. Los guerreros remaban acompasados, sus remos cortando el agua con un sonido rítmico. El agua estaba oscura y fría. Oirubae miraba con gesto preocupado en todas direcciones; sus ojos recorrían la superficie del lago y las paredes de la cueva. Todo transcurrió sin problemas en el lago, y llegamos al río Akarite.

Allí todo cambió.

Fuertes corrientes y remolinos comenzaron a golpear la canoa. El agua se agitaba y rugía, levantando espuma blanca que salpicaba nuestros rostros. El frío del agua era punzante, como agujas de hielo que se clavaban en la piel. Los guerreros luchaban por mantener el control y avanzar, sus músculos tensos y sus rostros concentrados. Oirubae levantó su macana, ya sabía que algo emergería del río y se preparó.

Entonces, un caimán inmenso con ojos de fuego embistió la canoa. Sus ojos eran dos brasas ardientes, rojas y brillantes, que quemaban en la penumbra de la cueva. Su cuerpo escamoso, verde oscuro y cubierto de musgo, emergió del agua con un rugido que resonó en las paredes de la cueva como un trueno. Buscándome con sus fauces abiertas, un abismo de dientes afilados y carne oscura, lanzó un ataque feroz. A pesar del formidable golpe de Oirubae, que lo desvió de sus intenciones, el caimán logró llevarse a uno de los guerreros en su boca. El guerrero gritó y luego se desintegró como humo en las fauces del monstruo mientras se hundía en el río.

El caimán volvió a emerger, sus ojos de fuego brillando con furia. Entonces, una inmensa serpiente blanca de ojos verdes emergió de las profundidades. Su cuerpo era blanco como la leche, brillante y escamoso, con reflejos plateados que destellaban a la luz tenue de los cristales. Sus ojos verdes eran dos esmeraldas líquidas, profundas y brillantes, que miraban con una inteligencia antigua y feroz. La serpiente se enrolló alrededor del caimán con una velocidad asombrosa, apretando su cuerpo. El caimán luchó, pero la serpiente lo hundió en el río. No emergieron más. Solo se veían remolinos y borbollones de agua que indicaban que una batalla estaba en progreso en el fondo del río. El agua se agitaba y espumaba, y el sonido de la lucha, un rugido, subía desde las profundidades. Miré desesperado a Oirubae buscando una explicación.



—¿Qué es todo esto? —pregunté, mi voz temblorosa y apenas audible sobre el rugido del agua.

—Estamos aquí por Diao Manaure, nosotros somos sus guerreros y no hemos podido trascender al igual que él.

—Cuando somos atacados y nos llega la muerte por causa de los helechos o sus enviados, nuestros espíritus no regresan a la naturaleza; el espíritu del guerrero se vuelve cenizas y se convierte en una marca en una piedra en Paraguaná, cerca del mar. Allí quedará inmóvil hasta que el equilibrio se restaure. Para un caquetío, cuando se encuentra solo,

caminando hacia el sol por la arena de los médanos, con la brisa acariciando su cara y su cabello tomando la forma de la copa del árbol Dividivi, empujado por el viento, sabrá que está muerto y va de regreso a la naturaleza de donde vino. Es asi como debe ser.

—¿Y la serpiente? —pregunté, aún con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—¿La serpiente? —Oirubae sonrió y su rostro se iluminó—. ¿Aún no sabes quién es? —preguntó—.

Es Yara, la reina de estas aguas y de la selva, la reina que vive en Sorte. Ella también nos protege y lucha junto a nosotros para restaurar el equilibrio.

Continuamos la travesía. El río se había calmado, pero el silencio era tenso, cargado de expectativa. El sonido de los remos al cortar el agua era el único acompañante, junto con el goteo de la humedad desde el techo de la cueva. Los caretones nos atacaron nuevamente, pero con mayor fuerza que la primera vez. Emergieron del agua con sus cuerpos verdosos y resbaladizos, sus dedos largos y delgados aferrándose a los bordes de la canoa. La macana de Oirubae y sus guerreros dieron cuenta de ellos, golpeándolos con fuerza y precisión. Los chillidos agudos de los caretones resonaron en la cueva, mezclándose con el sonido de los golpes y el chapoteo del agua.

Finalmente, llegamos a nuestro destino. Allí estaba Babieca esperando. Al verme, mostró su alegría con un largo rebuzno que me llenó de alivio.

—Debes descansar —dijo con autoridad Oirubae—. Los guerreros van a mirar el camino; cuando regresen con noticias, nos vamos.

Preparé a Babieca para partir. Le di agua y cebada, sintiendo la textura áspera de su pelaje bajo mis dedos y el calor de su cuerpo. Luego descansé un buen rato. Cerré los ojos, pero no pude dejar de pensar en la batalla que presencié. Jamás escuché o leí algo parecido.

Regresaron los guerreros. Oirubae me indicó que debíamos irnos.

—No te separes de mí —me dijo nuevamente—. Las arañas y alacranes nos van a seguir y seguramente nos atacarán. Los aitones nos llamarán con sus cantos para que caigamos en esos agujeros infinitos. Finalmente, me dijo —No te acerques a los helechos y a los aitones no los escuches.

Comenzamos el camino hacia las tierras llanas, hacia Coro y el mar. El aire se volvió más seco y cálido, y el olor a humedad y a vegetación se fue transformando en un aroma a tierra polvorienta y a sol. Los árboles comenzaron a escasear, y el terreno se volvió más abierto. Teníamos pocas horas andando cuando un cúmulo de arañas inmensas salió de la nada para atacarnos. Eran enormes, del tamaño de un perro, con cuerpos peludos y negros, y ocho patas articuladas que se movían con una velocidad aterradora. Sus ojos, múltiples y brillantes, reflejaban la luz del sol como

pequeñas perlas negras.

Fue una batalla feroz. Babieca casi es alcanzada por una araña, pero ella, en una acción sorprendente, le dio una coz certera en el centro del cuerpo y la puso fuera de combate. La araña voló por el aire y cayó al suelo, patas arriba, moviendo sus extremidades en un gesto de agonía. Babieca celebró su hazaña con una serie de cortos rebuznos, como si estuviera riendo.



Los guerreros y Oirubae celebraron la acción de Babieca, levantando sus macanas al aire y dando gritos de guerra que resonaron en la llanura.

A medida que empezó a caer el sol, encontramos un sitio propicio para acampar, con un riachuelo cercano

y con buen pasto para la guerrera Babieca. El agua del riachuelo era fresca y clara, y el sonido del agua al fluir era suave y relajante. El cielo se tiñó de naranja y rojo, y el sol se puso detrás de las montañas, dejando un resplandor dorado que se desvaneció lentamente.

Cenamos el tasajo con casabe. La carne estaba seca y salada, y el casabe crujía entre mis dientes.

Me tumbé en la hamaca. Estaba tibia y suave, y el balanceo me arrullaba. Se me acercó Oirubae y me dijo en voz baja:

—Estaremos cerca cuidándote, puedes dormir tranquilo. Ya mañana llegaremos a la tierra árida; desde allí puedes seguir sin nuestra protección. Ya no encontrarás peligros. Descansa.

Cerré los ojos y el cansancio me venció. El sonido del agua, el crepitar de las brasas y el susurro del viento entre las ramas mecieron mi sueño.

En medio de la noche, alguien se metió en mi hamaca. Sentí su peso, ligero y cálido, y su aroma: un perfume dulce a flores de urupagua. Su cabello, suave y sedoso, rozó mi mejilla. Su voz era un susurro, cálido:

—Catire, esta noche seremos uno, tú y yo. ¿Recuerdas lo que te dije? Quiero tener hijos catires como tú.

Traté de hablar, pero las palabras se atascaron en mi garganta. Luché por liberarme, pero su cuerpo era flexible y fuerte, y su piel suave y caliente.

Sus labios se posaron sobre los míos. Su beso estremeció mi cuerpo, y su lengua recorrió mis labios con una suavidad que me desarmó por completo. Me tomó despacio, con una ternura que despertó sentimientos desconocidos para mi corazón. No pude luchar más. Me entregué.

Luego, conversamos el resto de la noche. Su voz era melodiosa y profunda, y sus palabras tejían historias de su tierra, de sus dioses y de su pueblo. El aroma de su cabello, el calor de su piel y el sonido de su risa creaban un mundo aparte, un refugio en medio de la oscuridad. Fue una conversación encantadora que despertó sentimientos desconocidos hasta ahora por mi corazón. Antes de dejarme al amanecer, sus hermosos ojos verdes me miraron profundamente. Eran dos esmeraldas líquidas que brillaban en la penumbra. Sonrió, y la paz se apoderó de mí.

—Adiós, catire —y acarició mi rostro con ternura—. Estaré en tus sueños. Ahora estamos unidos para siempre. Te estaré esperando cuando tu momento de trascender llegue; tomaré tu mano y te llevaré por los médanos, caminando a tu lado por la arena hacia el sol. Como te dijo Diao Manaure, ahora eres un caquetío. Mi caquetío. Se desvaneció como la niebla, dejando tras de sí su perfume y el calor de su cuerpo en mi piel.

Amaneció. Una gran confusión dominaba mi mente: ¿Fue un sueño o fue realidad lo que sentí esta noche? ¿Falté a mis votos de castidad o no?

Todos estos pensamientos fueron interrumpidos por Oirubae.

—Vamos —dijo—. Debemos partir de inmediato. Ellos vienen por ti. Debemos llegar a las tierras áridas pronto; allí pierden su poder y podrás escapar para cumplir tu misión.

Habíamos avanzado un poco cuando sentimos ruidos espantosos entre la vegetación. Oirubae me miró y murmuró:

—Adiós, padre Sangróniz. Las tierras áridas están allí. Nosotros nos quedamos a detenerlos. Rápido, avanza hasta que la tierra árida esté bajo tus pies.

Apuré a Babieca, sintiendo el galope de sus pezuñas contra la tierra, y corrí hacia la llanura árida que se extendía frente a mí.

—¡Que Dios los ayude! —grité, mientras las lágrimas empañaban mis ojos y el viento seco de la llanura acariciaba mi rostro.



La Vela

—¡Padre Sangróniz! —exclamó Aldama al verme aparecer en el horizonte—. ¡Regresó! ¡Sano y salvo! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! Ahora va a contármelo todo. Voy a preparar un guarapo como a usted le gusta.

Aldama corrió hacia mí con los brazos abiertos, su rostro iluminado por una sonrisa que le cruzaba el rostro de oreja a oreja. Tomó las riendas de Babieca, acariciando su cuello sudoroso. El sol ya estaba alto, y el calor comenzaba a hacerse sentir en la piel, secando la humedad de la noche.

—Ahora cuénteme —dijo Aldama, volviendo a mi lado con una totuma llena de guarapo—. ¿Qué pasó? ¿Vio a Manaure?

Tomé la totuma. El guarapo, de color marrón claro, despedía un aroma dulce, con un toque a caña de azúcar y a canela. Bebí un sorbo; el líquido era dulce y el frescor del café mezclado con la panela me reconfortó la garganta reseca, dejando un regusto limpio y revitalizante.

—Estoy agotado —respondí, sintiendo el peso de los días en mis hombros, un cansancio que se extendía hasta los huesos—. Fueron demasiadas situaciones que aún no puedo comprender del todo. Debo

descansar y aclarar mi mente. Te agradezco el guarapo, Aldama. Eres un buen amigo. Mañana hablamos y te cuento todo.

Aldama asintió, pero su rostro mostró decepción y contrariedad. Sus ojos, que habían brillado con entusiasmo, se apagaron ligeramente, y la sonrisa se desvaneció en sus labios. Apretó los labios, como conteniendo las preguntas que bullían en su interior, y finalmente respondió:

—Está bien, padre. Vaya a descansar, recupere sus fuerzas. Yo me encargo de Babieca.

Caminé hacia mi humilde morada, sintiendo la tierra polvorienta bajo mis pies y el calor del sol en mi nuca, que comenzaba a calentar el ambiente. Mis pasos resonaban en el silencio de la mañana, mientras mi mente daba vueltas como un caracol en su concha, atrapando en los recuerdos del viaje.

Me levanté antes de la salida del sol. La oscuridad aún envolvía el pueblo, y el frescor de la noche se aferraba a la tierra como un sudario. El canto de los gallos se escuchaba a lo lejos, y el aroma a tierra mojada por el rocío llenaba el aire, mezclado con el olor a leña de los fogones que comenzaban a encenderse. Me asomé a la ventana y vi al ardiente sol abrirse paso entre el paisaje.

Los primeros rayos de luz, de un color naranja y dorado, se extendían como dedos de fuego sobre las montañas, iluminando las copas de los árboles y

tiñendo el cielo de tonos rosados y violetas. El rocío brillaba en las hojas de los árboles como pequeñas perlas de cristal.

Todo era confusión en mi mente. Toda mi vida había cambiado drásticamente en unos días. Las imágenes del viaje, las visiones del yopo, el rostro de Manaure, la batalla en el río, la noche de la mujer de ojos verdes... todo se mezclaba en un torbellino de sensaciones que me impedía encontrar sosiego. Me arrodillé junto a la cama, sintiendo la aspereza del suelo de tierra bajo mis rodillas, y recé:

—¿Qué prueba me has puesto, Señor? Qué difícil es todo esto, pero es tu designio. Nada pasa en este mundo sin tu venia. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...

—¡Padre! —gritó Aldama desde el patio—. ¡Buen día! Ya estoy preparando el desayuno.

Me vestí con mi sotana, sintiendo la tela áspera y fresca sobre mi piel, y atravesé el patio hasta la cocina. Aldama me esperaba entusiasmado, con una sonrisa que iluminaba su rostro moreno, y en sus manos sostenía una cazuela de barro humeante.

—Padre... Padre, ¿descansó?

—Sí, Aldama —respondí, sentándome en una silla de madera. Descansé bastante.

—Lo primero es desayunar —exclamó Aldama, sirviendo un plato de barro con huevos revueltos,

queso de cabra y un trozo de casabe—. Las gallinas nos han regalado varios huevos. Tenemos queso de cabra que me envió ayer con su esclavo José mi prima doña Rosalía Aldama, y además preparé un buen guarapo como a usted le gusta.

Tomé un sorbo de guarapo, dulce y refrescante, y sentí cómo la energía regresaba a mi cuerpo, calentándome desde el interior.

—Ahora cuénteme —dijo Aldama, inclinándose hacia mí con los ojos brillantes de curiosidad—. ¿Lo encontró?

—Sí —respondí.

Aldama palideció. Su rostro, antes alegre y expectante, se tornó blanco como la nieve. Sus ojos se abrieron de par en par y exclamó:

—¡Entonces es cierto!... ¡La leyenda es una verdad! Todo este tiempo, ¿y aún vive? Pero, ¿cómo?

—Los caminos del Señor son misteriosos —respondí —. No te imaginas lo que viví en la sierra. Allí hay una batalla entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad. Algún día te contaré, pero ahora tenemos cosas que hacer. Debo encontrar a Esteban Martín en Coro, y debo ir a un sitio llamado El Carrizal, que está cerca de aquí.

—¿El Carrizal? —preguntó Aldama—.

—El Carrizal lo conozco. Está a dos leguas al este del

pueblo, cruzando el río Muáco. Al Esteban Martín no lo conozco, pero sé quién nos puede ayudar a encontrarlo: el marido de mi prima Rosalía, don Francisco Xavier Irausquín Falcón. Ese es el hombre que necesitamos.

—Gracias, Aldama —respondí, sintiendo una chispa de esperanza en mi pecho—. Ahora desayunemos, y me ocuparé de los asuntos de la iglesia, a ver cómo ayudo al padre Manuel y a sus feligreses.

La iglesia de La Vela, aún en construcción, era la misión del padre y doctor don Manuel Talavera. A ella había dedicado años de trabajo y aún no la había podido ver culminada. Su salud ya no era la misma, y por eso fui designado para ayudarle en el cuidado de las almas del Puerto Real de La Vela de Coro. La construcción había sufrido los embates de los piratas que desembarcaban por aquí para ir a saquear Coro; dos veces fue incendiada por los corsarios. Todo esto había retrasado su finalización.

Caminé hacia la iglesia, sintiendo la arena crujir bajo mis alpargatas, y el sonido seco y rítmico acompañando mis pasos. El olor a cal y a madera recién cortada se mezclaba con el aroma a sal y a mar, que llegaba desde la costa en una brisa suave y constante. El sol ya calentaba fuerte, y el sudor comenzaba a perlarse en mi frente, resbalando por mi sien. Al llegar, encontré al padre Talavera dirigiendo la construcción del techo de la iglesia, con un sombrero de paja que protegía su rostro del sol y una

mano en la cadera, con la otra señalando las vigas.

—¡Ten cuidado, te vas a caer! —gritó el padre Talavera a un indio que caminaba por las vigas de madera—. Estos indios me van a matar de un susto —murmuró, y luego, al verme, su rostro se iluminó—. ¡Padre Bernardo Sangróniz! ¿Cómo está, hijo? —exclamó alegremente—. Ya me dijo Aldama de su partida a la sierra. ¿Cómo se le ocurre irse así sin avisarme? —increpó frunciendo el ceño y señalando hacia la sierra.



Tomó mi brazo con firmeza. Su mano era cálida y áspera, curtida por los años de trabajo en la misión, y su agarre era fuerte, como el de un hombre

acostumbrado a enfrentar adversidades. Hubo un silencio incómodo, mientras sus ojos recorrieron mi rostro en busca de alguna señal, y luego soltó una carcajada que resonó en la nave vacía de la iglesia, rebotando en los muros de piedra.

—¡Me perdí esa aventura, hombre! ¡Imperdonable! ¡Imperdonable! —repetía mientras me llevaba del brazo hasta la sacristía—. Tomemos algo de vino para celebrar que regresaste a salvo —exclamó mientras servía el vino—. Estoy seguro de que el Señor no se va a molestar por esta libertad de tomar un poco del vino de consagrar para celebrar tu regreso. Está más que justificado, más que justificado —exclamaba, agitando su dedo índice con una solemnidad que contrastaba con su sonrisa.

La sacristía era una habitación muy modesta. Olía a cera, a incienso y a madera vieja. Había una cama estrecha con un colchón de lana, una pequeña mesa con dos sillas de madera desgastada por el uso, un mueble donde estaban las barricas con el vino y la harina para confeccionar las hostias y otro mueble para las ropas ceremoniales que usaba el padre Talavera. También estaba el sagrario temporal, una caja de madera tallada, ya que el sagrario original de la iglesia había sido destruido por los piratas hugonotes que saquearon el pueblo en su último ataque. La madera del sagrario despedía un aroma a cedro e incienso, y al abrirlo, se veía el copón de plata pulida que brillaba a la luz de la vela.



El padre Talavera llenó dos copas de barro con vinotinto. El líquido, de un color rubí oscuro, reflejaba la luz de la vela que ardía en la mesa, creando destellos rojizos.

—Este vino francés es bueno, pero... ¡Nada como los españoles, padre Sangróniz! ¡Nada! —exclamó Talavera mientras alzaba su copa—. Lo compré a los holandeses de Curazao que vinieron una noche hace poco, ¡bendito sea el contrabando!, con perdón de su majestad, el Rey —exclamó, inclinando su cabeza como pidiendo perdón—. Ahora —dijo, tomando un sorbo y dejando la copa sobre la mesa—, deme una descripción detallada de los hechos, por favor. ¿A qué

fue usted allá?

Bebí un sorbo de vino. Coloqué la copa sobre la mesa y miré a los ojos del padre Talavera. La luz de la vela danzaba en sus pupilas, creando sombras que se movían en su rostro, acentuando las arrugas de preocupación y curiosidad.

—Fui a buscar a Manaure —respondí en voz baja, mientras mis dedos rozaban el borde de la copa—. No por curiosidad ni por aventura, sino porque sueños y visiones me lo pidieron. Y lo encontré, padre Talavera. Lo encontré en un lago escondido en las profundidades de la sierra, donde el río Akarite fluye bajo la montaña. Manaure está allí, como un espíritu que no puede trascender, junto a sus guerreros, todos ellos atrapados entre la vida y la muerte por una maldición que los persigue.

Me pidió ayuda, padre Talavera. Me pidió que traiga de vuelta a su gente desde Aruba, para que puedan regresar a la tierra donde nacieron y encontrar la paz que les ha sido negada durante más de cien años.

El padre Talavera se inclinó hacia mí, sus ojos brillando con intensidad.

—¿Y sabe usted cómo hacer eso? —preguntó en voz baja, casi un susurro, como si temiera que alguien pudiera escuchar—. ¿Tiene algún plan?

—Todavía no lo sé del todo —respondí—. Pero sé que alguien de su tribu me guiará.

Debo buscar a alguien llamado Manuel Irausquín, que está destinado a ayudar en esta misión. Manaure me dijo que debo buscar también a Esteban Martín en Coro. Debo ir a El Carrizal. Pero más que eso, no sé. Solo sé que debo confiar en la voluntad del Señor.

Talavera guardó silencio un momento, su mirada perdida en la llama de la vela. Luego, levantó su copa y dijo:

—Entonces, padre Sangróniz, que el Señor ilumine su camino. Y cuente conmigo para lo que necesite.

—Pero ahora, desde el principio: cuénteme todo lo que vio y vivió en esa sierra. Cada detalle, por favor. Porque estoy seguro de que el diablo y sus ángeles caídos no son los únicos que habitan en esas montañas, y quiero saber exactamente con quién estamos tratando.

Tomé un sorbo de vino para aclarar la garganta. La luz de la vela tembló, y las sombras danzaron alrededor de nosotros, mientras comenzaba a relatar mi historia, desde el momento en que crucé la aridez de la costa hasta el instante en que la serpiente blanca se alzó en el río Akarite, y la noche en que la mujer de ojos verdes se deslizó en mi hamaca. Mis palabras fluían como el agua del río, arrastrando los recuerdos que hasta ese momento había guardado en mi corazón.

La confesión

—¡Ave María Purísima! —exclamé, arrodillándome ante el padre Talavera. El golpe de mis rodillas contra el suelo de tierra apisonada resonó en la pequeña sacristía, y sentí la aspereza del barro seco a través de la tela de mi sotana.

El padre Talavera respondió, sorprendido por mi repentina acción:

—...Sin pecado concebida.

Me santigüé mientras decía, sintiendo el gesto familiar de mi mano trazando la cruz en el aire:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados — respondió el padre Talavera, su voz grave y solemne, aunque sus ojos mostraban preocupación. La luz de la vela tembló, y su sombra se alargó en la pared de adobe.

—Confieso que he pecado... —comencé, y las palabras brotaron como un río desbordado. Le conté todo lo acontecido en la sierra: el rito pagano del que fui parte, las visiones del yopo, mi encuentro con Manaure y, finalmente, mi entrega a Yara en aquella

noche de pasión y misterio. Mi voz temblaba al relatar los detalles, y el calor de la vergüenza subía a mis mejillas.

—Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío —recé, sintiendo el peso de mis palabras y el aroma a cera e incienso que me envolvía—: por ser Vos quien sois, Bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido. También me pesa que podáis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de vuestra divina gracia, me propongo firmemente nunca más pecar y cumplir la penitencia que me fuera impuesta. Amén.

El silencio se prolongó unos instantes. El padre Talavera inclinó la cabeza, sus dedos rozando el borde de la mesa de madera, y finalmente habló:

—Hijo mío, tu penitencia es muy sencilla y muy difícil al mismo tiempo —explicó, su voz suave pero firme—. Debes hacer lo que sabes que debes hacer. Hay muchas almas dependiendo de ti. Cumple con ellos, y el Señor te enviará un mensaje por medio de su madre indicando que estás absuelto de tus pecados y que estás en paz con el Señor. Puedes ir en paz, y que Dios te acompañe en la dura prueba que tendrás.

Me santigüé mientras decía, sintiendo el peso del perdón aliviar mi conciencia:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Me levanté lentamente, sintiendo el dolor en mis rodillas por el tiempo arrodillado. El padre Talavera me miró, y su rostro, antes sereno, se transformó en una mezcla de asombro y desconcierto.

—¡Hijo mío! —exclamó—. ¡Hijo mío! Después de todo lo confesado por ti, ¡voy a necesitar otra copa de vino! ¡Y que Dios me perdone! Esto... esto... es muy fuerte —exclamó mientras se tomaba la copa de vino que tenía servida antes de mi intempestiva confesión, bebiendo de un solo trago. El líquido rubí dejó un rastro en sus labios, y sus manos temblaban ligeramente al servirse otra copa. El aroma a vino se intensificó en el aire de la sacristía.

—Padre Sangróniz —exclamó mientras ponía su mano en mi hombro. Su palma era cálida y firme, y su peso me ancló al momento presente—. Yo soy una rara mezcla de hombre de Dios y hombre de ciencia. Doy por cierto que hay situaciones y hechos que no pueden ser explicados e imposibles de entender por el conocimiento científico existente en este momento. Caemos entonces en el campo de lo espiritual, donde los designios del Señor también son difíciles de entender, y no nos queda más que decir que... hágase su voluntad, así en la tierra como en el cielo. Lo único cierto es que cuentas con mi apoyo. Te brindo mi mano para ayudarte en lo que este humilde sacerdote y científico pueda.

—Gracias, padre Talavera —respondí, tomando su mano en señal de agradecimiento. Sabía que podía

contar con usted. Voy a necesitar abandonarlo un poco para poder hacer las diligencias requeridas para cumplir mi misión.

—Yo comenzaré por hacer lo mío —dijo en voz baja, mirando a nuestro alrededor como si temiera que alguien pudiera escuchar—. Hablaré con el obispo Escalona y Calatayud en Santa Ana de Coro para pedir la autorización para fundar el pueblo de indios en el sitio del Carrizal. Hay que andar con premura en estas diligencias. El obispo se toma su tiempo… y se lo toma con vino —sonrió con complicidad—. Esa última parte no la desapruebo, por supuesto. Además, debo pensar cómo decirle las razones, sin mentir y sin entrar en mucho detalle, si no es capaz de echarme al Santo Oficio y excomulgarme.

El Carrizal

—Padre, ya está todo listo —exclamó Aldama, jadeando por el esfuerzo de los preparativos—. Agua, bastimento y Babieca también está lista.

Sus palabras llegaron entrecortadas, y pude ver el brillo del sudor en su frente mientras se secaba con el dorso de la mano. El sol de la mañana ya comenzaba a calentar, y el aroma a tierra seca y a cuero de las alforjas llenaba el aire.



—Vamos entonces, Aldama —exclamé entusiasmado,

sintiendo una chispa de emoción en mi pecho—.

—¡A conocer El Carrizal!

Monté a Babieca, sintiendo el calor de su lomo bajo mis piernas y el movimiento rítmico de su respiración. Aldama caminaba a mi lado, su paso firme y seguro sobre la tierra polvorienta. Avanzamos por sabanas áridas, un paisaje de tonos ocres y amarillentos que se extendía hasta el horizonte. Algunos cujíes, de troncos retorcidos y copas verdes, se alzaban aquí y allá como centinelas solitarios, ofreciendo pequeñas manchas de sombra sobre la tierra reseca. Abundaban las plantas de cocuy, con sus hojas largas y espinosas que se erguían hacia el cielo como lanzas verdes, y el aire olía a tierra caliente.

El sol picaba fuerte; el sonido de los pasos de Aldama, el crujir de la tierra bajo sus alpargatas y el resoplido rítmico de Babieca eran los únicos acompañantes en aquella inmensidad.

Llegamos al río Muáco. Apenas le corría un hilo de agua, un delgado hilillo que serpenteaba entre las piedras calientes y redondeadas. El agua era clara y fresca, y al acercarme, sentí su frescor en el rostro, un alivio en medio del calor abrasador. El suelo, de arena amarillenta y guijarros, crujía bajo nuestros pies. Cruzamos fácilmente el río, no sin antes detenernos para que Babieca tomara algo de agua. La mula hundió su hocico en el hilillo de agua, bebiendo con avidez mientras su cola se movía lentamente,

espantando los insectos que zumbaban a su alrededor.

Continuamos nuestro tránsito por la sabana. El paisaje comenzaba a cambiar: las colinas se dibujaban en el horizonte, cubiertas de una vegetación más tupida que contrastaba con la aridez de la llanura. Aldama se detuvo de repente y exclamó, señalando hacia delante con su brazo extendido:

—¡El Carrizal!



Sus palabras resonaron en la llanura como un eco. Ante nosotros se extendía una sabana rodeada por colinas por el sureste y el noroeste, como un abrazo de tierra que protegía aquel valle. Un suave viento se colaba entre los cardones y tunas, creando un susurro que parecía una canción antigua.

—Estas tierras, hasta donde sé —continuó Aldama, señalando con su mano—, pertenecen al capitán Irausquín, quien fue hombre de la Compañía Guipuzcoana. Combatió férreamente el contrabando por muchos años, pero el Rey terminó el contrato de la compañía y el capitán se quedó sin trabajo. Ahora el capitán Irausquín es un importante comerciante de Paraguaná. La cubierta perfecta para un negocio más lucrativo: el contrabando. Aprendió de los mejores, a los que persiguió durante años. Ahora es dueño de las balandras *Santiago* y *San Fernando*, con las que hace sus travesías entre Aruba, Curazao y otras islas, inglesas y francesas.

—Caminemos un poco más, Aldama —dije pausadamente, sintiendo que algo se movía en mi interior—. Vamos hacia esos árboles.

Señalé hacia un grupo de cardones que se alzaban al final de la sabana, sus copas verdes recortándose contra el cielo azul. Mientras caminaba, de repente, reconocí el sitio. Lo había visto antes. Las palabras de Manaure resonaron en mi mente como un eco lejano:

"Todo lo que viste vendrá a ti en su momento, y sabrás que eso es lo que tienes que hacer, a dónde tienes que ir, en quién debes confiar."

Entonces, algo quedó claro en mi mente.

Como un destello de luz, la visión se completó en mi interior. Aquí, en este valle rodeado de colinas, construiríamos la iglesia, y a su alrededor los

caquetíos levantarían sus casas. Este sería el lugar donde encontrarían paz y donde la misión que Manaure me había encomendado comenzaría a tomar forma.

—Aldama —dije, volviéndome hacia él—, regresemos a La Vela. Necesito encontrar al capitán Irausquín. Iremos a Coro a buscarlo.



El capitán Irausquín

Don Manuel Francisco Benito Irausquín de Sus y Reynaque llegó a Coro con diecisiete años, como Avaluador de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Su desempeño fue sobresaliente y se ganó la plena confianza de los representantes de la Guipuzcoana. Construyó una importante fortuna comprando en subastas los bienes incautados a los contrabandistas para luego revenderlos; también adquirió varias balandras, también en remates. Se casó con Juana María Falcón Villavicencio a los veinte años, y con ella tuvo cuatro hijos: Nicolasa, Manuela Josefa, Isabel María y Francisco Xavier Eustasio. Juana María Falcón era hija de una de las familias más poderosas y ricas de Coro. Manuel y Juana María construyeron una hermosa casa en Coro para la familia: la casa de los Irausquín.

El Puerto Real de La Vela no tiene fecha cierta de fundación. Era el puerto natural de Coro y, como tal, se desarrolló paulatinamente. Desde allí se vigilaba la presencia de los piratas franceses, ingleses y holandeses que venían con la intención de saquear Coro. La guarnición asentada en el puerto "velaba" para combatir y avisar de la amenaza de los piratas; de allí viene su nombre: La Vela, o la vigilancia de Coro. En el puerto se desarrollaba una intensa actividad. Varias balandras estaban ancladas, entre

ellas la balandra *Santiago* del capitán Irausquín. El sonido de las olas rompiendo contra el muelle y el crujir de la madera de los barcos creaban una sinfonía constante.

—¡Padre Sangróniz! ¡Padre Sangróniz! —gritó Aldama, corriendo hacia mí con el rostro encendido por la emoción—. ¡El capitán don Manuel Irausquín está en La Vela! Llegó anoche de Curazao en la balandra Santiago. Podemos hablar con él hoy mismo.

—¡Gracias a Dios, Aldama! —exclamé con entusiasmo, sintiendo un impulso de esperanza en el pecho—. Vayamos en su búsqueda.

Caminamos hacia el muelle. El sol calentaba con fuerza, y el olor a sal y a mar se hacía más intenso a medida que nos acercábamos. El suelo de madera del muelle crujía bajo nuestros pies, y el viento salado acariciaba mi rostro.

Al llegar al muelle, vimos a la balandra Santiago; los esclavos y marineros estaban cargando y descargando mercancías. El capitán Irausquín, de pie en la cubierta, daba órdenes con voz firme y segura.

—¡Pedro! ¡Mucho cuidado con todos esos libros y muebles! —gritó—. Son de don Juan Vicente Bolívar. Hay que pasarlos a la nao *San Fernando* para que las lleven a Choroní y desde allí a San Mateo. Esos mantuanos caraqueños pagan muy bien… Y pregunta al capitán Camejo dónde tienes que acomodarlos.

—Capitán don Manuel —dijo un esclavo, acercándose temeroso—. Hay un vecino que llaman Aldama y un cura que quieren hablar con usted. ¿Qué les digo, amo?

—Diles que vengan, Jacinto —respondió, volteando hacia el muelle para observarlos con curiosidad—.

!Arrimadlos en el bote!

—Don Manuel, los va a recibir a bordo —indicó Jacinto con un ademán señalando el bote—. Vengan por aquí.

—¡Amo! —anunció Jacinto al llegar a cubierta—. Capitán don Manuel... aquí están los visitantes en el bote.

El capitán Irausquín se volvió hacia nosotros. Era un hombre de contextura fuerte y mirada vivaz, que denotaba inteligencia y determinación. Su rostro, curtido por el sol y el viento del mar, estaba surcado por finas arrugas alrededor de los ojos y su mano, al extenderla, era firme y áspera.

—Manuel —dijo con un pronunciado acento vasco—. Mi nombre es Manuel.

Palidecí. Extendí mi mano temblorosa hacia el capitán Irausquín. El contacto de su mano, cálida y segura, despertó en mi mente la experiencia vivida con el Yopo. Recordé las palabras de Manaure: *"Todo lo que viste vendrá a ti en su momento"*. El rostro de

Manuel en la visión, era el mismo rostro que ahora tenía frente a mí. Me quedé en silencio.

—¿Está bien, padre? —preguntó el capitán Irausquín, algo preocupado, inclinando ligeramente la cabeza.



—Sí, estoy bien —respondí, mientras subíamos a la cubierta de la Santiago y recuperaba la compostura—. Mi nombre es Bernardo Sangróniz y soy el sacerdote ayudante del padre Talavera en La Vela. Vengo a usted para pedir su ayuda, pero primero debo contarle una historia fantástica, que quizás sea difícil para usted creerla, pero solo así usted podrá entender mi petición...

—¿Es sobre Diao Manaure? —interrumpió el capitán Irausquín, apuntando con su dedo índice a mi rostro. Quedé petrificado. Las palabras se atascaron en mi garganta. El viento salado, el crujir de la madera, el grito de las gaviotas, todo pareció detenerse por un instante. Entonces comprendí la dimensión de la misión encomendada y la conjunción de fuerzas espirituales involucradas. No era casualidad que estuviera aquí, frente a este hombre, en este momento.

—Así es —respondí, mi voz apenas un susurro—. Así es —repetí mientras no dejaba de apretar la mano del capitán Irausquín, como si necesitara anclarme a esa realidad.

—Tengo una semana desvelado —comentó el capitán con cierto disgusto, soltando mi mano y llevándose la suya a la nuca—. Soñando todas las noches lo mismo. Diao Manaure aparece y señala desde los médanos hacia el mar. ¿Cómo sé que es Manaure? No lo sé, pero ese nombre me viene a la mente. Así que lo escucho, padre Sangróniz. Quiero poder dormir en paz otra vez. Cuénteme su historia a ver si eso me ayuda —dijo pausadamente, su mirada fija en la mía, buscando respuestas.

Pasamos horas caminando y conversando en la cubierta de la balandra *Santiago*. El sol ascendía lentamente, y la luz del mediodía se reflejaba en el agua, creando destellos dorados que bailaban en las olas. Mientras tanto, los esclavos del capitán

Irausquín bajaban y subían mercancías; de tanto en tanto, Jacinto nos traía guarapo y agua. El guarapo, era dulce y refrescante; aliviaba mi sed. Aldama nos observaba atentamente, pero comenzó a sentirse mal por el movimiento de la *Santiago*. Corrió a la borda y comenzó a vomitar. Los esclavos y marineros se reían y hacían comentarios jocosos entre ellos, sus risas resonando en la cubierta. La algarabía se terminó cuando el capitán Irausquín le gritó a Jacinto:

—¡Jacinto, tráele agua y un limón a este hombre antes de que pierda el sentido de tanto vomitar! —Luego, volviéndose hacia Aldama—. Y usted, Aldama, mire al horizonte; eso le ayudará un poco con el mareo.

El agua fresca y el limón ayudaron a Aldama a recuperarse, aunque su rostro seguía pálido. Me miró con gratitud mientras se secaba la frente con el dorso de la mano.

—Todo lo que me cuenta es increíble, padre Sangróniz —dijo el capitán, negando con la cabeza y apoyándose en la barandilla de madera—. De no ser por las pesadillas con Manaure toda esta semana, ya lo hubiese tirado por la borda junto al pobre de Aldama.

Comencemos por lo más sencillo: El Carrizal. Esas tierras están en la sabana de Taratara. Me las estaban invadiendo poco a poco, y tuve que sacar a varios invasores que derribaron los mojones y desaparecieron las marcas. Por eso acordé, por una buena suma, con don Pedro y don Juan de la Colina y

Peredo, a los cuales usted conoce bien, padre Sangróniz —comentó con picardía, levantando una ceja—, para que presentaran al gobernador la petición para la composición de estas tierras, y yo no presentaría oposición a esta solicitud.

—¿Mis cuñados? —respondí, sorprendido.

—Sí, los mismos. Ellos tienen unas ideas interesantes que han presentado al obispo Escalona y Calatayud y al Regidor Perpetuo de Coro. Como saben, la defensa de Coro contra los piratas es complicada: hay mucho espacio abierto y una costa muy larga. Sus cuñados tienen la idea de crear pueblos de indios en la Sabana de Taratara, así los caquetíos vigilarían esa zona y podrían advertir de la llegada de los piratas, e inclusive combatirlos. No sé si sabe que los caquetíos son indios libres por orden del Rey de España y son fieles a su majestad. Esa idea concuerda en parte con su misión, padre Sangróniz, ¿verdad?

—Sí, claro —exclamé entusiasmado, sintiendo cómo la esperanza crecía en mi pecho—. Hablaré con ellos y los ayudaré a formar los pueblos que sean necesarios en la sabana de Taratara. ¡Alabado sea Dios!

—No dé las gracias a Dios tan rápido, padre Sangróniz —dijo el capitán, levantando una mano y arrugando el ceño—. Aquí creo que más bien está la mano del diablo. Porque, conociendo como conozco a ese par de sinvergüenzas, investigué qué hay detrás de esa idea tan aparentemente noble. La respuesta fue… ¡Cocuy!

—¿Cocuy? —exclamé, sintiendo cómo el calor del sol se mezclaba con una súbita inquietud. Mi voz se elevó,

y el nombre resonó en la cubierta, atrayendo la mirada de los marineros que se detuvieron un instante.

El capitán Irausquín sonrió, con una sonrisa pícara, y se inclinó ligeramente hacia mí, bajando la voz hasta casi un susurro.

—Sí, padre. Cocuy. Esa planta espinosa que crece en las tierras áridas de la sabana, la misma que vio al cruzar el río Muáco.

¿Sabe lo que es el cocuy? No solo sirve para que los indios fabriquen sus hilos. Su corazón, ese tronco fibroso que parece una piña, es codiciado por los contrabandistas. Lo destilan y obtienen un aguardiente fuerte, capaz de despertar a los muertos, que en las islas holandesas pagan a precio de oro.

Tus cuñados, padre, no quieren salvar almas ni vigilar piratas. Quieren tener el control de la sabana para explotar el cocuy sin que nadie los moleste. Los caquetíos son el pretexto perfecto para poner indios libres que trabajen la tierra bajo su control. Una mano de obra barata, leal y vigilante,. Todo en nombre de la caridad cristiana.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. El sol brillaba implacable y el sudor resbalaba por mi frente.

—¿Y usted qué opina, capitán? —pregunté finalmente

—¿Apoya esa idea o la rechaza?

—Yo estoy dispuesto a ayudarles con mis barcos. El contrabando de cocuy puede ser lucrativo, pero las almas de los caquetíos, y la palabra de Manaure, valen más que cualquier aguardiente. Lo ayudaré a buscar a Esteban Martín en Coro, y lo ayudaré a llegar a Aruba. Pero quiero saber una cosa, padre Sangróniz. ¿Usted realmente ha visto a Manaure? ¿Usted ha hablado con él? ¿Él realmente cree que usted puede traer a su pueblo de vuelta?

—Sí, lo creo —respondí, sintiendo la certeza en mi corazón, porque la Virgen me lo mostró en la sierra **y** luego hablé con él.

El capitán Irausquín me miró largamente. Luego, extendió su mano nuevamente. La estreché, sintiendo su calor, su fuerza y su determinación.

—Entonces, padre Sangróniz —dijo, con una sonrisa que iluminó su rostro curtido—, tenemos un trato.



El Cocuy

—Amo, capitán don Pedro —dijo un esclavo, asomándose a la puerta—, su cuñado, el cura, está esperándolo en la sala. Con pasos apurados se acercó don Pedro, y elevando los brazos al cielo exclamó, su voz resonando en el zaguán de la casa:

—¡Cuñado! ¡Qué milagro que nos visites! Nos tienes abandonados. Esa construcción de la iglesia de La Vela no te da tiempo para nada. Tu hermana Ana se va a contentar mucho por tu visita. ¡Ana! ¡Ana! Mira quién está por aquí...

Doña Ana llegó presurosa. —¡Hermanito! —exclamó con alegría—. ¡Qué gusto verte, pero qué delgado estás! Debes quedarte unos días con nosotros para que Julia te prepare tus platos favoritos y así ganes algo de peso. Ese padre Talavera te hace trabajar mucho.

—¿Y qué te trae por Coro, cuñado? —preguntó don Pedro con picardía, sus ojos brillando con curiosidad.

—El Carrizal —respondí, mirándolo fijamente a los ojos.

La respuesta dejó de una pieza a don Pedro. Su rostro, antes jovial, palideció ligeramente y su sonrisa se desvaneció. Respondió vacilante e inquieto: ¿El Carrizal? ¿El de la sabana de Taratara?

—Sí —respondí, manteniendo mi mirada firme—. Y sé que son tuyas y de Juan, esas tierras se las negociaron al capitán Irausquín. —Mi voz era serena pero firme —. ¿Qué piensan hacer con estas tierras?

—¿Por qué te interesan? —respondió don Pedro, disimulando su preocupación con una sonrisa forzada, aunque sus ojos no lograban ocultar el nerviosismo.

—Voy a traer a los caquetíos que están en la isla de Aruba para fundar un poblado en El Carrizal — respondí.

—¡Hombre! ¡Haberlo dicho antes! —exclamó don Pedro, recuperando su tono jovial—. Eso es lo que queremos hacer. Ya hablé con el obispo y con el Regidor Perpetuo, y están felices con la idea de la fundación de un pueblo allí.

Doña Ana sintió que era hora de salirse de la reunión. Presentía el giro que tomaría la conversación. Además, había visto a su esposo hacerle una seña a su esclavo Esteban para que fuera por su hermano Juan. Se levantó con gracia, y se retiró con una sonrisa cortés, dejando tras de sí el aroma a sus perfumes.

—Las fundaciones que se pretenden hacer en la sabana de Taratara —explicó don Pedro, recuperando su aplomo y gesticulando con las manos—. Estarán cerca del puerto de La Vela. Esto es muy conveniente para que se adoctrinen en la fe cristiana a los indios que vivirán en los pueblos a fundar, y servirán para

abastecer de pescado a Coro. También es mucho más conveniente fundarlos en dicha sabana por estar próximo al Real Vigía de Taima-Taima. El vigía puede estar a cargo de comandar a los indios para combatir a los piratas.

—Y el cocuy —interrumpí bruscamente, sintiendo cómo mis palabras caían como una piedra en un estanque.

La interrupción dejó a don Pedro sin palabras. Su rostro se tensó, y por un instante, sus ojos se desviaron hacia la puerta, como buscando una salida.

—El co... ¡El cocuy!... ¿El cocuy? —respondió, visiblemente perturbado, su voz temblorosa—. ¿Qué hay con el cocuy?

Súbitamente, una figura siniestra en uniforme militar apareció en la sala. El ruido de sus botas contra el suelo de madera resonó con cada paso. Venía acompañado de un pardo armado y mal encarado, cuyo rostro estaba surcado por una cicatriz que le cruzaba la mejilla, y que mantenía su mano sobre el puñal. Era don Juan de la Colina y Peredo, el hermano mayor de Pedro, y de quien se dice maneja todos los burdeles, sitios de juegos y bebidas de Coro, La Vela y Paraguaná.

—Padre Sangróniz —dijo don Juan, su voz fría y controlada. ¿Cómo estás? Qué bueno que regresaste de tu viaje por la sierra sano y salvo; son tierras muy peligrosas.

Ya sabes, tengo ojos y oídos en todos lados, y no se me escapa nada.

Se acercó y puso sus manos sobre mis brazos. Su tacto era frío, y el olor a tabaco y a vino rancio emanaba de él como un aura pestilente.



—Juan —dijo Pedro, con voz nerviosa—, el padre Sangróniz vino a conversar sobre nuestra Sabana de Taratara y está preocupado por los caquetíos y nuestras ideas... Qué bueno que viniste... muy oportuna tu presencia...

—¡Suficiente, Pedro! ¡Cierra la boca! —gritó don Juan, su rostro desencajado por la ira, los ojos inyectados en

sangre.

—Estas son nuestras tierras —dijo, señalando el suelo con un dedo acusador—. Son nuestras ideas y ya están aprobadas por el obispo y el Regidor Perpetuo. Ningún curita va a venir a entrometerse en nuestros asuntos. Así que mida sus palabras, Sangróniz.

Su mirada me estremeció hasta los huesos. El pardo que acompañaba a don Juan colocó su mano sobre el puñal y se adelantó en mi dirección; sus pasos eran lentos y amenazadores. El corazón me latía con fuerza en el pecho, y sentí el sudor frío en mi nuca.

—¡Tranquilo! —gritó don Juan, levantando su mano para detenerlo—. Ya creo que el curita entendió —dijo pausadamente, y luego dejó escapar una risa burlona.

—Cuñadito, lo dejo para que almuerce con su hermana doña Ana. Su esclava Julia, como ya sabe, es una magnífica cocinera que aprendió su arte con los hindúes en la isla de Trinidad. Prepara el talkari de chivo y las arepas peladas como nadie. Así que disfrútelo... mientras pueda.

—¡Vamos! —exclamó don Juan, retirándose con su siniestro acompañante. El eco de sus botas se fue apagando mientras se alejaban.

El incómodo silencio reinante fue roto por doña Ana, quien llegó para invitarnos a pasar al comedor. Su voz sonaba alegre y despreocupada, como si no hubiera percibido la tensión.

—Bernardo, hermanito, y don Pedro —dijo, con una sonrisa que intentaba suavizar el ambiente—, vengan a compartir el almuerzo, por favor. Ya está bueno de discusiones. Julia nos preparó platillos deliciosos.

Nos fuimos al comedor y disfrutamos de las delicias que preparó la negra Julia. El olor a especias llenaba la estancia: comino, cúrcuma, cilantro y un toque de chile que picaba suavemente en la nariz. El talkari de chivo era tierno y jugoso, bañado en una salsa de color amarillo intenso, y las arepas peladas, calientes y suaves, se deshacían en la boca con un sabor a maíz fresco. El vino, de un color rubí oscuro, acompañaba la comida, y su aroma a frutas maduras y a roble se mezclaba con el de las especias.

Durante el almuerzo, todos esquivaron el tema de la sabana de Taratara, El Carrizal y el cocuy. Solo se escuchaban los comentarios sobre la calidad de la comida y las noticias de la familia, mientras el sol entraba por la ventana, iluminando las partículas de polvo que bailaban en el aire.

En la sobremesa, aprovechando la ausencia de doña Ana, don Pedro se inclinó hacia mí y dijo en voz baja, casi un susurro:

—En cuanto al cocuy, como sabes, es la bebida alcohólica de los indios. La hacían sus antepasados, y ellos son maestros en hacer este aguardiente. Hacen el cocuy horneado y estrujado. Pues bien, estas sabanas son propicias para su cultivo. Pensamos

cultivar el cocuy y construir una destilería para hacer licor de cocuy de mejor calidad, el cual es muy barato, y así venderlo a los marineros, pardos y negros libertos en los negocios de mi hermano Juan.

Hizo una pausa, y su mirada se volvió suplicante. Su mano temblaba ligeramente sobre la mesa.

—Cuñado, por favor, por lo que más quiera, no busque problemas con mi hermano. Hasta yo le tengo miedo. Desde que El Mal se llevó a su amada Jacinta y a su hija Eulalia, él perdió el rumbo. De ferviente cristiano, ahora no cree en Dios ni en nada. Solo le interesa el poder y hacerse rico con la miseria humana. Y ese pardo que lo acompaña es la maldad hecha persona. Nadie sabe a cuántos ha matado. Casi nadie sabe su nombre. ¿Sabes cómo le dicen? —Su voz se redujo a un susurro: Cristo al revés…



Cristo al revés

La tradición eclesiástica más comúnmente aceptada es que el apóstol Pedro fue crucificado boca abajo en Roma durante el reinado del emperador Nerón. La tradición dice que, cuando Pedro estaba por ser ejecutado, pidió ser crucificado en una cruz invertida. El motivo de su pedido fue que, por haber negado a Jesús tres veces antes que el gallo cantara, por eso no se consideró digno de morir como lo había hecho Jesús. Sin embargo, esta tradición ha sido utilizada por los devotos de Satán como un símbolo en contra de la cristiandad, asociándolo a la maldad, la crueldad y al pecado, cuando en realidad es todo lo contrario.

Felícito dejó de existir a los pocos años de haber nacido, su nombre fue una ironía de la vida. Ahora es solo "Cristo al revés". Nunca supo quiénes eran sus padres, fue un expósito mestizo que dejaron en la puerta del rancho del administrador de la hacienda Varón, llamado Nicanor Gil. Esta hacienda ubicada en la Sierra de Coro era de José María Manzanos y su esposa doña Nicolasa Acosta.

Este brutal personaje, Nicanor Gil, lo trató como un esclavo; con cada golpe que le dio, con cada insulto, destruyó su alma poco a poco. Hasta que un día, ese día fatídico en que vino a golpearlo e insultarlo una vez más. Entonces su ira se salió de control y fluyó

como un río desbordado, incontenible. Lo mató con la chícura de un solo y certero golpe a la cara, ante el asombro de los negros esclavos que no podían creer lo acontecido. Entonces Felícito tomó la espada corta de Nicanor y corrió fuera de sí a la casa de los amos de la hacienda y los mató.

Estando aún en la casa grande de la hacienda, con la espada en la mano, ante los cadáveres ensangrentados de don José y doña Nicolasa, y temblando aún por la rabia que brotaba a borbollones de su pecho, ocurrió entonces un insospechado acontecimiento.

Negros esclavos insurrectos llegaron a la hacienda Varón y comenzaron a saquearla; buscaban a los amos para matarlos. Eran los negros esclavos comandados por José Leonardo Chirinos, que ya venían de saquear y matar a los dueños de las haciendas Macanilla y El Socorro.

Llegaron donde estaba Felícito. Lo rodearon en silencio; quedaron todos asombrados por la escena que presenciaban.

Repentinamente, el silencio se rompió por los gritos de los negros, quienes levantaron a Felícito en hombros por haber matado a los amos blancos. De la hacienda Varón pasaron a La Magdalena y Sabana Redonda.

Felícito se unió a ellos en esta insurrección. Al día siguiente formó parte de la partida de insurrectos que envió Chirinos a la Cumbre de Curimagua, donde

mataron a don José Tellería y a Pedro Francisco Rosillo. Posteriormente, se fueron a Coro, comandados por Juan Cristóbal Acosta, para tomar la ciudad y hasta allí llegó la insurrección.



Los habitantes de Coro, encabezados por los principales ciudadanos blancos: el doctor Pedro Chirinos, don Diego de Castro y don Pedro García de Quevedo, organizaron y armaron, junto con las autoridades, una milicia que traía, además de otras armas, dos cañones pedreros. Bajo el mando del Justicia Mayor don Mariano Ramírez Valderraín, se prepararon para el ataque; la batalla duró poco, murieron veinticinco negros y quedaron heridos veinticuatro por el lado de los insurrectos al mando de

Juan Cristóbal Acosta. Por el lado de las milicias de los blancos, ni un herido, ni un muerto. El Justicia Mayor Ramírez Valderraín, alegre por el triunfo tan rotundo, mandó a degollar sin más trámite a los negros heridos y prisioneros. En medio de esta batalla, Felícito logró escapar sin un rasguño y los testigos de sus atrocidades murieron, por lo que no existía manera de probar los hechos cometidos por él en la Sierra de Coro.

Así comenzó la nueva y limpia vida de Felícito, pero, como veremos, no todo fue perfecto y eso contribuyó a formar la leyenda de Cristo al revés.



El pacto del mal

Felícito llegó a La Vela en búsqueda de trabajo. Lo consiguió bajando y subiendo cargas a los barcos en el puerto, y vivía en una ranchería en la playa. El olor a sal, a pescado podrido y a sudor impregnaba sus ropas y su piel. Los que más pagaban eran los trabajos nocturnos: el contrabando, donde el silencio y la discreción eran requisitos. En la oscuridad de la noche, el único sonido era el chapoteo de las olas contra el casco de los barcos y el crujir de la madera bajo sus pies descalzos.

Una noche, mientras bajaba un bulto de la balandra *Cinco Hermanos*, una voz salió de lo profundo de la oscuridad. El aire era caliente y húmedo, y el olor a brea y a cuerda de cáñamo se mezclaba con el aroma a mar.

—No has cambiado mucho, hermano —dijo la voz, grave y burlona.

Felícito apretó el puño. El río de ira comenzó a fluir por sus venas. Volteó hacia donde venía la voz, y un negro fornido emergió de las sombras. Su piel, oscura como la noche, brillaba con el sudor del calor nocturno, y sus ojos, pequeños y brillantes, reflejaban la luz de una luna casi invisible. Llevaba una camisa desgarrada que dejaba ver los músculos de su pecho y una cicatriz que le cruzaba el cuello.

—Te recuerdo de la hacienda Varón —dijo el hombre, con una sonrisa que mostraba dientes amarillentos—. Sabes usar bien la espada. Después te viniste con nosotros para Curimagua, y luego te fuiste con el negro Juan Cristóbal pa' Coro. También escapaste sin heridas.

—¿Qué quieres? —respondió Felícito, su voz baja y tensa, como un animal acorralado.

—Tú eres pardo, ahora eres libre también y nadie te busca. A mí sí. Necesito algunas monedas. Quiero irme pa' La Española; allí los negros mandan y son libres. Así que dame lo que te pido, o les digo a los blancos lo de la hacienda Varón.

La noche se hizo más oscura. Felícito sintió el calor de la ira en su pecho, un fuego que le quemaba las entrañas. No dijo una palabra. Saltó sobre el negro con la velocidad de un felino, y sus puños se clavaron en el rostro de su oponente con una furia ciega. El sonido de los golpes, secos y húmedos a la vez, resonó en el muelle. La sangre salpicó su rostro. Golpeó una y otra vez, hasta que el negro cayó al suelo, inconsciente. El cuerpo del hombre yacía inerte, con su respiración entrecortada.

Luego, Felícito sacó su cuchillo. El acero brilló bajo la tenue luz de la luna. Cortó la lengua del hombre y la arrojó al mar con un gesto rápido y preciso.

—Ahora no podrás hablar nunca más, ¡maldito negro! —exclamó Felícito, aún temblando por la ira. Su voz

era apenas un susurro ronco. Limpió el cuchillo en su camisa, sintiendo la textura áspera de la tela contra el acero, y escupió al suelo.

Esta fue otra más de la larga lista de atrocidades que Felícito cometió y que nunca pudieron probarle. Pero todos sabían que era él. Todos le temían. Todos callaban. El Adversario tenía posesión del espíritu y cuerpo de Felícito. Él era su instrumento para destruir la misión encomendada al padre Sangróniz. El Adversario trazó el camino de Felícito desde su nacimiento y ahora movía sus recursos e influencias para ubicarlo en el camino del Sargento Mayor don Juan de la Colina y Peredo, y así adquirir control de la otra pieza clave que necesitaba para completar su plan.

Una noche, cuatro hombres peleaban en una calle de Coro a la salida de un sitio clandestino de juegos. El olor a vino agrio, a sudor y a orín flotaba en el aire, mezclado con el polvo levantado por los golpes. Uno de ellos era Felícito. Lo golpeaban sin piedad. Los puños y las patadas llovían sobre su cuerpo, y el sonido de los golpes secos, se mezclaba con los gritos y las maldiciones de los agresores. La sangre brotaba de su nariz, caliente y salada, y el sabor a cobre llenaba su boca. Sus ojos se nublaban, y el mundo se volvía borroso, una danza de sombras y luces parpadeantes.

El destino quiso que en ese momento llegara don Juan de la Colina y Peredo. Venía de otra noche de

juerga, visitando sus nuevos negocios. Su uniforme militar, impecable, contrastaba con la suciedad del lugar.

Don Juan intervino en la pelea, espada en mano. El acero silbó al cortar el aire, y los hombres retrocedieron, con sus rostros iluminados por el miedo. Salvó a Felícito de una muerte segura. Felícito quedó medio inconsciente, su cuerpo magullado y ensangrentado, y don Juan se lo llevó a su casa para curarlo.

Don Juan escuchó a uno de los hombres que golpeaban a Felícito llamarlo *"Cristo al revés"*. Así que cuando despertó, don Juan se inclinó sobre él, su rostro iluminado por la luz de una vela.

—Así que tú eres el famoso Cristo al revés, ¿cierto? —preguntó don Juan, con una sonrisa fría.

—Sí, así me dicen, don —respondió Felícito, mientras se limpiaba la sangre y la mugre de la pelea. El paño que usaba estaba empapado de sangre.

—Necesito a alguien como tú a mi lado —dijo don Juan, su voz baja y firme—. Mis asuntos requieren ciertas habilidades como las que tú tienes. Te pagaré bien y vivirás en mi casa. ¿Qué opinas?

—Sí, patrón —respondió Felícito. Usted salvó mi vida, se la debo. Aquí está mi mano.

Felícito extendió su mano temblorosa. El apretón fue firme y cálido, pero en sus ojos no había gratitud, solo

una frialdad profunda y un propósito compartido.

Este apretón de manos fue el inicio de la triple alianza a la que el padre Sangróniz se enfrentaría. El odio, la envidia y el mal encontraron a sus mensajeros. Y la oscuridad comenzó a tejer su red sobre la misión que apenas empezaba a florecer.



La tentación

Tentación es la instigación al deseo, a la posibilidad de realizar una acción inmediatamente agradable o beneficiosa que sabemos está prohibida y que seguramente traerá consecuencias dañinas en algún momento. Esta es una de las armas preferidas del Adversario. La ha usado desde que cayó en desgracia, y con bastante éxito.

Su mayor fracaso fueron todos los intentos de tentar al Hijo de Dios: pidiéndole que convirtiera piedras en pan luego de un largo ayuno, luego pidiéndole que se lanzara de una torre para que Dios enviara a sus ángeles para que lo salvaran de caer al suelo, y ofreciéndole múltiples reinos si se arrodillaba ante él. Su mayor éxito fue la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén, cuando comieron del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, tentados por la serpiente enviada por el Adversario. Por eso nos volvimos mortales.

Dos figuras masculinas se encontraban en una habitación. El olor a cera de vela y a incienso flotaba en el aire, mezclado con el aroma a hierbas medicinales y a muerte. Uno de ellos estaba doblado sobre el borde de una cama, sollozando, desconsolado, sosteniendo la mano sin vida de una niña. La pequeña Eulalia yacía sobre el lecho; su

rostro pálido como la cera, sus labios sin color, sus ojos cerrados para siempre. El otro, con su mano sobre el hombro del afligido, trataba de darle consuelo. Su voz era suave, pero temblorosa.

—Juan, hermano —dijo don Pedro, conteniendo el llanto—, comparto tu dolor por la partida de mi querida sobrina Eulalia. Se hizo lo posible, pero ni el médico ni el "curioso" pudieron hacer nada. Fue "El Mal".

—Primero mi amada esposa Jacinta —dijo Juan entre sollozos, su voz rota por el dolor—, luego mi pequeña Eulalia, mi sol, mi alegría. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Debes tener resignación, Juan —continuó diciendo Pedro, apretando el hombro de su hermano—. Son los designios de Dios nuestro Señor. Ya hablé con el obispo Escalona y Calatayud para hacer los arreglos de la misa de cuerpo presente.

—He sido un buen cristiano —reclamó don Juan, levantando la cabeza, sus ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. He sido un buen esposo y padre. He tratado bien a mis esclavos y los he bautizado. ¿Por qué Dios me castiga de esta manera? ¿Dios existe?

De pronto, don Juan se levantó lleno de ira. Su rostro se desencajó, y sus ojos brillaron con una furia salvaje. Comenzó a destruir los muebles de la casa. El sonido de la madera al romperse, los golpes contra el suelo y los gritos de don Juan resonaron en la estancia. Una silla voló por el aire y se estrelló contra

la pared, astillándose. Una mesa fue volteada, y los objetos que había sobre ella cayeron al suelo con un estrépito metálico. Su hermano Pedro trataba de detenerlo sin éxito, sus brazos intentando abrazarlo para contener su furia. Los esclavos corrieron asustados; sus pasos apresurados resonaron en el pasillo. Don Juan repetía una y otra vez, su voz ronca y desgarrada:

—¡Dios no existe! ¡Dios no existe! ¿Dónde está su misericordia?

Su hermano Pedro logró finalmente abrazarlo y calmarlo. Don Juan se derrumbó en un mar de llanto, su cuerpo tembloroso y agotado.

Así comenzó todo. La misa de cuerpo presente de su hija Eulalia fue la última vez que pisó una iglesia. Desde ese día en adelante, se alejó de su familia, de sus amigos y de su fe. Comenzó una vida de entrega al alcohol, a las mujeres y a la brujería. Justamente en la brujería conoció a personas enviadas por el Adversario que lo invitaron a caer en la tentación... y tristemente cayó.

Los hermanos de la Colina y Peredo eran hijos de don Pedro de la Colina Peredo, quien había nacido en el lugar de Magro, jurisdicción de la villa de La Vega, Arzobispado de Burgos. Allí comprobó su condición de hidalgo y persona de calidad; por ello se le concedió el uso de escudo de armas a la familia. En Coro se unió en matrimonio a doña Ana Vélez de

Guevara, ascendió a maestre de campo y ejerció los principales empleos del gobierno en Coro. Tuvo dos hijos: don Pedro y don Juan de la Colina y Peredo. Don Pedro llegó al rango de capitán y don Juan al de sargento mayor. Pedro se casó en Coro con doña Ana Sangróniz y tuvieron un hijo, Diego de la Colina. Por su parte, Juan se casó con Jacinta Sangróniz, hermana de Ana, y tuvieron una hermosa niña llamada Eulalia. Ana y Jacinta eran a su vez hermanas del padre Bernardo Sangróniz.

Los Sangróniz provenían de una noble familia de Algorta, un poblado ubicado en la desembocadura del río Nervión, en Vizcaya. Estaban emparentados con el marqués de Desio. Sus padres vinieron a las Indias en busca de riquezas. Ana, Jacinta y Bernardo fueron la primera generación de los Sangróniz nacida en las Indias, y eran hijos de don Pedro de Sangróniz, quien fue regidor de Coro, y de doña María de Golpellares y Piña.

Los hermanos de la Colina y Peredo poseían extensas propiedades en los alrededores de Coro y en la península de Paraguaná. Para ello utilizaron sus rangos militares y así componer las tierras de su interés.

Los primeros pobladores españoles utilizaron el método de composición de tierras para apropiarse de extensos territorios. El procedimiento a seguir en la composición de tierras era breve: se hacía la petición al Gobernador don Diego de Osorio, y este, sin

preámbulos, la admitía. Luego se procedía a la entrega del título. El peticionario era compelido a pagar cierta cantidad de dinero por la composición de tierras, y si esta no era suficiente, el resto lo compensaba con servicios prestados al rey, por él o sus antepasados.

No se practicaba la mensura, el deslinde ni el amojonamiento de las tierras, pues estas se concedían en la misma forma en que se describían en la solicitud de composición. Los hermanos de la Colina y Peredo pagaron 450 reales de plata para componer las tierras en la Sabana de Taratara, que incluían a El Carrizal, y tal como fue acordado, sin oposición del capitán Irausquín.

El plan del Adversario estaba tomando forma y avanzaba. Las piezas se estaban juntando. Don Juan consideraba a Felícito un empleado de confianza, pero en realidad Felícito lo controlaba a él y lo introdujo profundamente en la brujería. Para ello se necesitaban sacrificios humanos, y quién mejor que un poderoso oficial de su majestad para ocultar estas atrocidades.

Los sacrificios

En la historia de la humanidad encontramos situaciones donde seres humanos se han comido a sus congéneres para tratar de obtener su fuerza, sus conocimientos, sus habilidades, por necesidad, como parte de una ceremonia funeraria o por simple placer de comerse a un enemigo vencido. Acciones que se pueden comprender solamente cuando las ubicas en el contexto histórico-cultural donde ocurrieron. Pero sacrificar a un ser humano para sacar sus vísceras y revisarlas con el fin de tratar de adivinar el futuro, eso es algo que está fuera de nuestra capacidad de comprensión.

Las civilizaciones que lo practicaron, como por ejemplo los etruscos, desaparecieron. Los romanos los absorbieron, tomando de ellos lo positivo, como los acueductos, el diseño de columnas, el circo con gladiadores y el sistema de numeración.

Una característica fundamental de los etruscos, que no fue adquirida por los romanos, fue el fatalismo: la completa anulación de la personalidad humana por los designios de la divinidad. Todo tiene un principio y un final decidido por los dioses. Cada ser al nacer tiene su destino escrito; de allí la angustia y la imperiosa necesidad por conocer su futuro. Por eso la suprema importancia de la adivinación para ellos.

Ninguna otra civilización desarrolló tantas maneras para intentar adivinar los designios de sus deidades como los etruscos. Entonces, si todo estaba fatalmente escrito por los dioses, ¿por qué esforzarse tanto en adivinar el destino?

Porque creían también que el hombre, cumpliendo ciertos ritos, podía cambiar su destino, extender su vida, saber los peligros que venían y conocer lo que preparaban sus enemigos. Pero no para adquirir el poder para comunicarse con los ya fallecidos. Este fue el engaño que usó el Adversario como tentación para atraer a don Juan a su plan: la oportunidad de comunicarse con su esposa e hija ya fallecidas.

Los ritos aruspicinales comenzaron a realizarse en un solar abandonado en Coro. Ese sitio fue elegido porque allí existió un cementerio caquetío. Allí, bajo la mirada de Felícito, realizaron una excavación lo suficientemente grande para mantener a una persona acostada en el piso.

La recubrieron con adobes de bahareque y le construyeron una escalera de acceso. Seguía esta fosa el patrón de construcción de las antiguas *mikve* judías, pero su propósito era radicalmente diferente y no tenía nada que ver con esta religión. Era otra forma de engaño del Adversario para que quienes descubrieran el sitio pensaran que los judíos celebraban allí ritos sangrientos, y así perturbar la armoniosa convivencia que se desarrollaba en Coro entre las comunidades judías y cristianas. Al

Adversario le encanta que reine el odio y la violencia; él se nutre de estas situaciones. Esta fosa permitía que la sangre derramada quedara contenida, así como las vísceras de los sacrificados para la ceremonia de adivinación.

Felícito, el arúspice, el ungido del Adversario, llevó a cabo los rituales de adivinación. Comenzaron con chivos. Luego fueron más allá. Don Juan trajo a uno de sus esclavos, Casimiro se llamaba; ya estaba viejo y no podía trabajar.

—Lo prometido, Felícito —gritó don Juan mientras arrojaba a su esclavo Casimiro al foso—. Ahora es tu turno. Quiero escuchar tus predicciones.

El cuerpo de Casimiro golpeó el fondo de la fosa con un sonido sordo. El anciano gritó, su voz quebrada por el miedo y la desesperación:

—¡Amo don Juan, sáqueme de aquí, por Dios! ¡Les he servido bien desde que llegó su padre de España y también a su esposa, la difunta doña Jacinta! — exclamaba Casimiro entre sollozos.

Felícito tomó un pequeño cuchillo. El acero brilló bajo la luz de las antorchas. El rostro del anciano estaba marcado por el terror. Entró a la fosa, y gritó:

—¡Harugaaa!

Cesaron los gritos y las súplicas. Un largo silencio se apoderó del lugar, roto solo por el crepitar de las antorchas.

El olor a sangre se hizo más intenso, impregnando el aire como una niebla espesa.



Felícito emergió de la fosa. Sus manos estaban cubiertas de sangre, roja y brillante, que goteaba sobre la tierra seca. Sus ojos brillaban con una luz extraña, y su respiración era entrecortada.

—Don Juan —dijo, su voz baja y grave, con una urgencia que no había mostrado antes—, debemos mudar el lugar de sacrificios y llevarnos las cajas canópicas. La Santa Inquisición ya sabe de su existencia y van a venir por nosotros. Y algo más: el nuevo sitio está esperándonos a barlovento de La Vela. Debemos movernos rápido. Hay alguien más

interesado en el mismo lugar —dijo Felícito con preocupación.

También supo que allí, en esas tierras, había algo que podría acabar con los planes de su amo y señor. Pero no supo vislumbrar con exactitud qué era aquello.

—Esto sí es una contrariedad —dijo don Juan, frunciendo el ceño y paseando sus ojos por el solar—, pero estos sacrificios dan resultados, mi amigo. Estamos un paso adelante de nuestros enemigos. Ahora solo hay que rellenar la fosa con tierra y agregarle vasijas rotas de los indios caquetíos y osamentas de animales. Así se confundirán y no seguirán excavando. Voy a vender este solar a un judío, un tal Senior, que quiere construir una casa para su familia. Ahora ponte a trabajar y rellena esa fosa —replicó don Juan, su voz fría y calculadora.

—No he terminado, don Juan —dijo Felícito, con una sonrisa burlona—. Lo que queda de Casimiro nos será útil. La caja canópica me permitirá controlarlo y convertirlo en nuestros ojos y oídos. Lo enviaré tras el padre Sangróniz para que nos informe sus pasos.

En medio de la noche, una figura desgarbada, tambaleante y sin vientre, se deslizó sigilosamente entre los cujisales, cardones y tunas. Era lo que quedaba del cuerpo del esclavo Casimiro. Su piel era grisácea, y sus ojos, vacíos y sin vida. Salió en la búsqueda del padre Sangroniz, quien viajaba a la sazón de Coro a La Vela.

La noche era oscura y silenciosa. La luna se ocultaba tras las nubes, y el único sonido era el arrastrar de los pies de la criatura sobre la tierra seca, un susurro fantasmal que se perdía en el viento. Los cujisales, con sus ramas retorcidas, parecían alargar sus brazos para detenerlo, pero la figura seguía avanzando, implacable, guiada por la voluntad de su amo. La criatura se deslizaba hacia su objetivo, llevando consigo la oscuridad y el odio.



El adversario

Satanás es llamado también el Adversario.

«*Mantengan su juicio, sean vigilantes. Vuestro adversario, el Diablo, anda al acecho como león rugiente, buscando a quién devorar*» (1 PEDRO 5:8).

El regreso a La Vela fue difícil. Todo lo que parecía prometedor antes del viaje, de pronto cambió a dificultad tras dificultad. El sol calentaba con fuerza, y el polvo del camino se levantaba en pequeñas nubes que se pegaban a la ropa y a la piel. Sus pensamientos buscaban afanosamente una manera de resolver este problema. ¿Cómo manejar la situación con sus cuñados? ¿Cómo tener acceso a las tierras de El Carrizal? Lo único que parecía estar claro es quién es el Adversario, pero ¿ellos son el Adversario? ¿Hay alguien más que aún no veo?

En medio de todos estos pensamientos, una figura conocida descansaba a la sombra de un cují junto a otra persona. El padre Sangróniz entrecerró los ojos para distinguir las siluetas bajo el sol cegador. ¡El padre Talavera!

—¡Padre Sangróniz! —exclamó sonriente el padre Talavera, levantándose con esfuerzo y sacudiéndose el polvo de su sotana—. La juventud se impone. Hace algunos años ni me hubieses visto el polvo —dijo,

sonriendo—. Y aquí estoy descansando mis viejos huesos a la sombra en compañía de alguien a quien debes conocer. Te presento a Esteban Martín.

Un hombre de visibles rasgos indígenas, de cabello largo y negrísimo que caía sobre sus hombros, se puso de pie. Sus ojos, de un azul fulgurante que contrastaba con su piel morena, brillaban con inteligencia y una cierta inquietud. Extendió su mano al padre Sangróniz.

—Por fin nos conocemos, padre Sangróniz —dijo Martín, su voz grave y pausada—. Tenemos mucho que hablar. Pero mejor continuemos, si el padre Talavera está de acuerdo.

Martín dirigió una mirada inquieta al camino, sus ojos azules recorriendo los matorrales y los cardonales que bordeaban el sendero.

—No mire al camino, padre Sangróniz —dijo Martín en voz baja, sin apartar la vista de los matorrales—. Lo vienen siguiendo. Hay una sombra acechando detrás de un cardonal.

El padre Sangróniz sintió un escalofrío recorrer su espalda. El sol seguía caliente, pero una frialdad interior se apoderó de él. Volvió la cabeza lentamente, pero no vio nada más que los cardonales, con sus espinas largas y afiladas, moviéndose con el viento.

—Continuemos el camino —dijo Martín, tomando su bolsa de bastimento y su arma—. Veremos si cambia

de opinión y deja de seguirlo.

Con un gesto, los invitó a seguir el camino.



—¿Cómo le fue en Coro? —preguntó el padre Talavera, su voz suave pero curiosa.

—Me siento perturbado —contestó el padre Sangróniz. Fui a ver a mis cuñados, quienes son ahora los dueños de la Sabana de Taratara. Juan ha perdido el rumbo desde la muerte de mi hermana y su hija. Hablamos, pero no lo reconozco. Anda con un pardo que infunde mucho temor. Si no lo detiene Juan, no sé qué hubiese pasado —comentó muy consternado.

—Y eso no es lo peor, hijo mío —respondió el padre

Talavera, bajando la voz y mirando a ambos lados del camino—. La Santa Inquisición lo está vigilando. Anda reuniéndose con personas que practican los ritos oscuros del Adversario. Están siguiendo una práctica de los etruscos, conocida como aruspicina: la adivinación por medio del examen de las entrañas de los animales. La cual han llevado a un nivel, según ellos, superior. Están usando seres humanos para leer sus vísceras y adivinar el futuro.

—¡Pero esto es atroz, padre Talavera! —exclamó el padre Sangróniz, sintiendo cómo el horror se apoderaba de él—. ¡Qué pasó con mi cuñado Juan! Dios mío, qué dolor tengo —dijo, mientras se secaba las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos.

La conversación fue bruscamente interrumpida por un disparo que realizó Esteban Martín. El estampido resonó y el olor a pólvora quemada llenó el aire. El disparo fue hacia un cardonal situado a un lado del camino.

—¡Le di! —gritó Martín mientras corría hacia el lugar donde disparó—. ¡Estoy seguro de que le di!

Al llegar al sitio, se quedó paralizado ante lo que encontró. El padre Talavera y el padre Sangróniz llegaron detrás de él, y sus rostros se llenaron de estupor y horror.

En la tierra yacía un hombre, o lo que alguna vez fue un hombre. Su vientre estaba pegado al espinazo, como si las vísceras hubieran sido arrancadas. Su

rostro era demacrado, los pómulos marcados y la piel grisácea, tensa sobre los huesos. Sus ojos, vidriosos y vacíos, miraban hacia el cielo sin verlo.



El padre Talavera se arrodilló ante él. El polvo del camino se levantó alrededor de sus rodillas mientras hacía la señal de la cruz sobre el cuerpo. Sus labios se

movieron en una oración, y luego roció agua bendita sobre la criatura.

Las gotas cayeron sobre la piel grisácea, y por un instante, el cuerpo se estremeció. El ser, con su último aliento, susurró:

—Amén, padre Talavera. Perdón... él dijo... *haruga*.

Acto seguido, el cuerpo se deshizo en cenizas. El viento sopló, llevándose las partículas grises y blancas que se esparcieron por el aire como una niebla fantasmal. Todos quedaron en silencio, sus ojos fijos en el lugar donde el cuerpo había estado. El olor a ceniza y a azufre flotó brevemente, y luego desapareció, como si nunca hubiera existido.

El resto del camino hasta La Vela transcurrió en silencio. Todos sumidos en sus pensamientos, tratando de entender lo que había sucedido. Solo el viento silbando entre los cujisales acompañaba su marcha.

—Vamos a la sacristía —dijo el padre Talavera al llegar. Necesitamos hablar y tomar algo para aclarar nuestras gargantas. Tengo un vino portugués que no está mal, no está mal... claro, nada como los españoles —dijo, intentando aligerar el ambiente con una sonrisa.

Se sentaron todos alrededor de la mesa, a la luz de una vela. El padre Talavera sirvió el vino. El líquido, de un color rubí oscuro, reflejaba la luz de la vela

como un espejo. El aroma a uvas maduras y a roble llenaba la pequeña estancia.

—Este evento que presenciamos hoy me confirma que estamos ante una gran amenaza —comenzó a explicar el padre Talavera, tomando un sorbo de vino—. Como saben, yo, además de sacerdote, soy un hombre de ciencia. Durante mis viajes a Italia, tuve la oportunidad de conocer las huellas de una antigua civilización ya desaparecida: los etruscos. Este pueblo practicaba el rito aruspicinal. El arúspice era una especie de sacerdote que interpretaba los mensajes de las diversas fuentes; una de ellas era la adivinación por medio del examen de las entrañas de los animales. Aquí estamos en presencia de una horrible degradación de este método, que ya era horrible en sí mismo. Están usando seres humanos en vez de animales. Esto revela, sin la menor duda, la presencia del Adversario.

—¿Qué le dijo ese engendro antes de morir? —preguntó Esteban Martín, inclinándose hacia delante, sus ojos azules brillando a la luz de la vela.

—Lo primero que puedo decir es que me conocía, pues dijo mi nombre —respondió el padre Talavera, con voz grave—. Lo segundo, era creyente. Respondió *amén* a mi oración de la extremaunción. Pidió el perdón. Y lo último, lo último fue... dijo *haruga*, que quiere decir "víctima a sacrificar" en el lenguaje de los etruscos. Fue sacrificado para usar sus vísceras para la adivinación, y luego fue transmutado en lo que sea

que vimos. ¡Toda una herejía!

—Pero ahora sabemos con certeza a quién nos enfrentamos —dijo el padre Sangróniz, sintiendo una mezcla de miedo y determinación—. Todo esto es obra del Adversario.

—¿Y quién es el Adversario? —preguntó Esteban Martín, su voz firme pero curiosa.

—Pronto lo sabremos, Martín —respondió el padre

Talavera, levantando su copa de vino—. Pronto lo sabremos. —Hizo una pausa y luego añadió con una sonrisa—. Por cierto, ¡qué puntería tienes, Esteban Martín! Más que justificada tu fama.



Isidro Nava

—Bien, ahora debemos pensar qué hacer —dijo el padre Sangróniz, frotándose las sienes con los dedos.

—Sí, lo primero que debemos saber es: ¿por qué les interesa El Carrizal? —respondió el padre Talavera, inclinándose sobre la mesa, la luz de la vela proyectando sombras en su rostro.

—Debemos ir allá y revisar —dijo Esteban Martín, su voz firme, sus ojos azules brillando con determinación.

—Hablaré con Aldama para que prepare todo para irnos —dijo el padre Sangróniz—. Debemos recorrer esas tierras palmo a palmo. Saldremos mañana temprano.

La mañana siguiente, Aldama tenía todo preparado. Aunque estuvo ausente parte de la noche, amaneció y ya tenía a Babieca bien cargada, con agua, alimentos y lo necesario para dormir en el campo. Babieca resoplaba suavemente, meneando la cola, su pelaje brillante bajo los primeros rayos del sol.

— ¡Buen día, Aldama! —saludó el padre Sangróniz, acercándose—. ¿Cómo van los preparativos?

—Todo a punto, padre —respondió Aldama, ajustando las correas de las alforjas. Ya Babieca está lista, bien

alimentada y cargada con lo necesario.

Aldama se quedó en silencio mientras le daba vueltas a su sombrero con las manos, mirando al padre Sangróniz con una sonrisa nerviosa.

—¿Qué pasa, Aldama? —dijo el padre Sangróniz sonriendo—. ¿Qué quieres decirme?

—Bueno, padre —respondió Aldama en voz baja, acercándose un paso—, ha llegado alguien que dice que nos ayudará en el recorrido. Dice conocer estas tierras como nadie. No se, me da mala espina, no creo que sea de confiar —comentó, mientras sus dedos hacían girar el sombrero entre sus manos, evidenciado nerviosismo.

—Muy bien, Aldama —interrumpió el padre Sangróniz, colocando una mano en el hombro de su buen amigo.

—Tranquilizate, veamos quién es y qué nos dice.

En ese momento llegaron el padre Talavera y Esteban Martín, intercambiando saludos. El sol ya calentaba, y el aroma a café recién hecho flotaba en el aire de la mañana.

—Aldama nos va a traer una persona que dice conocer muy bien las tierras a donde vamos —explicó el padre Sangróniz—. Lo cual me parece excelente, pero tengo curiosidad por saber cómo llegó a nosotros y quién es.

—Está en la casa —respondió Aldama—. Ya lo llamo.

¡Isidro! ¡Isidro! ¡Ven aquí, hombre! —gritó hacia la casa, su voz resonando en el patio. Hizo una pausa y luego dijo: —Disculpen, voy a ver qué le pasa. Ya regreso.

Aldama se retiró con pasos rápidos hacia la casa. Pasaron algunos minutos y, finalmente, regresó solo, para sorpresa de todos. Su rostro mostraba desconcierto.

—Me disculpan —dijo Aldama, alzando las manos—, pero no está. No sé dónde está.

De pronto, por el camino se dibujó entre las luces del amanecer una figura magra y de caminar enérgico. El sol, aún bajo, proyectaba una sombra alargada que se movía con paso firme. Poco a poco se vislumbró a un indio, de larga cabellera negra con algunos cabellos blancos que brillaban como hilos de plata. Llevaba un mapire colgando de su hombro, una espada terciada en su cintura y su mano sostenía una larga vara de madera bien trabajada, tallada con figuras geométricas.

—¡Buen día para todos! —exclamó, su voz clara y fuerte—. Soy Isidro Nava, y debo guiarlos en esta travesía. Soy caquetío y los llevaré a donde deben ir. Diao Manaure, mi señor, me dijo que debía venir aquí a encontrarlos. ¡Y aquí estoy!

Todos quedaron en silencio, sorprendidos por este

personaje y su mensaje. El viento movió su cabello largo, y sus ojos, oscuros y brillantes, recorrieron el grupo con una calma serena.

—Este indio está en el hueso —exclamó Esteban Martín



Isidro sonrió amablemente, sin mostrarse ofendido, y replicó:

—Ya amaneció. Deberíamos partir, si están de acuerdo.

—Bienvenido, Isidro —respondió el padre Sangróniz, esbozando una sonrisa y extendiendo su mano. Isidro la estrechó con firmeza.

—¿A dónde iremos primero? —preguntó el padre Talavera, ajustando su sotana.

—A la Piedra de Martín —respondió Isidro, señalando hacia el este con su vara—. Está cerca de donde el río Muáco entra al mar.

—Aldama —dijo el padre Sangróniz, volviéndose hacia su amigo—, es mejor que no nos acompañes. Cuídate y cuida la casa, por favor.

Aldama quedó en silencio, frustrado por no poder ir. Contempló a los viajeros partir, sus ojos siguiendo las siluetas que se alejaban por el camino polvoriento, y dijo para sí:

—Ya me enteraré cuando regresen.

Comenzaron la travesía en la búsqueda de las ansiadas respuestas. El sol se elevaba lentamente, calentando la tierra reseca. De repente, un inesperado aguacero los recibió en la sabana de Taratara. Las gotas gruesas y frías golpeaban sus rostros y empapaban sus ropas. El olor a tierra mojada se intensificó, y el barro comenzó a pegarse a sus alpargatas, haciendo el camino resbaladizo. El sonido de la lluvia contra las hojas de los cujíes y cardones era un murmullo constante que llenaba el valle.

Después de algunas horas de caminata, llegaron a la Piedra de Martín. La formación rocosa, rojiza, se alzaba imponente sobre el mar, con sus paredes erosionadas por el viento y el tiempo.

—Estoy agotado —dijo Esteban Martín, dejándose caer sobre la arena—. Y este anciano está como si nada. No puedo dar un paso más.

Los demás sonrieron, viendo a Esteban Martín sentado en la arena, su rostro sudoroso y su respiración entrecortada.

—Esta piedra es el santuario de Diao Manaure —explicó Isidro, apoyándose en su vara y señalando la cima de la roca con un gesto amplio—. Aquí se reunían los caquetíos y agradecían a la naturaleza por todo lo que nos da. Él se sentaba en la parte más alta y allí se comunicaba con el creador.

—Ahora entiendo por qué el nombre de Piedra de Martín —respondió el padre Sangróniz, observando la roca con admiración—. Así bautizaron a Diao Manaure: Martín Manaure.

—¿Ahora qué hacemos aquí? —preguntó el padre Sangróniz, volviéndose hacia Isidro.

—Tú debes subir esta noche a la cima de la piedra, padre Sangróniz —respondió Isidro, su voz grave y solemne—. Tal como lo hacía Diao Manaure. Tú recibirás el mensaje del creador, y sabremos qué hacer y a dónde ir.

—Eso está muy bien —dijo Esteban Martín, recostándose en la arena—.

Yo me quedaré aquí, tranquilo, descansando. Ya no siento mis pies.

Isidro miró a Esteban Martín y sonrió. Tomó una tapara de su mapire y se la ofreció.

—Toma este guarapo de urupagua —dijo Isidro, acercándole la tapara—. Eso te ayudará, don Martín.

Esteban Martín tomó la tapara. Bebió un sorbo; el líquido era dulce y ligeramente amargo.

Llegó la noche. El manto de estrellas apareció fulgurante, como miles de diamantes esparcidos sobre un terciopelo negro. La suave brisa de los alisios del noreste acariciaba los rostros de los viajeros, haciendo fresca la noche. El olor a mar llegaba desde la costa cercana, y el sonido de las olas rompiendo en la distancia era un murmullo constante.

—Es hora —dijo Isidro al padre Sangróniz, señalando la piedra con su vara.

El padre Sangróniz comenzó a subir trabajosamente hacia el tope de la formación rocosa. La roca era áspera y caliente bajo sus manos, y el viento silbaba a su alrededor. Una vez allí, se sentó y comenzó a mirar al cielo, buscando una señal, buscando algo que llamara su atención. Las estrellas parpadeaban sobre él, y la brisa movía su cabello. Pasaron horas, y nada ocurrió. Solo el silencio y el viento.

—¿Hasta cuándo va a estar allí el padre Sangróniz? —preguntó Esteban Martín, bostezando.

—Está siendo observado por el creador —respondió Isidro, su mirada fija en la silueta del padre en la cima

de la piedra—. Es su primera vez. Todo a su tiempo.

Pasaron horas, y todos se quedaron dormidos, inclusive el padre Sangróniz.

Comenzó a despuntar el amanecer. Los primeros rayos



de sol, de un color naranja y dorado, se extendían como dedos de fuego sobre el horizonte. El padre Sangróniz ya había bajado de la Piedra de Martín y estaba con el sol a su espalda, mirando a sus compañeros, quienes comenzaron a despertar. Escucharon su voz recitando:

"Tú eres benedicta, carrera de la mar, en que los peregrinos non pueden peligrar; Tú los guías,

Señora, que non puedan errar; mientras por Ti se guíen, pueden salvos andar."

Se miraron unos a otros, buscando respuestas a lo que recitaba una y otra vez, sin parar, el padre Sangróniz. Su voz era monótona, como si hablara desde un sueño.

—Está en un trance —dijo presuroso el padre Talavera, levantándose—. Está dormido aún. Hay que despertarlo. —Se acercó al padre Sangróniz y colocó su mano en su hombro—. ¡Bernardo Sangróniz, hijo, despierta! ¡Despierta! —dijo angustiado, mientras golpeaba suavemente con la palma de su mano el rostro de su entrañable amigo.

Finalmente, el padre Sangróniz despertó. Parpadeó varias veces, como si emergiera de un sueño profundo. Luego de unos minutos de silencio y de saborear un guarapo que le preparó Isidro, miró hacia la Piedra de Martín y esbozó una sonrisa.

—Estamos en grave peligro —dijo, su voz aún ronca—, pero estamos bajo la advocación de la Madre de Dios. Ella nos da su protección contra el Adversario. Luego de un naufragio llegará a esta costa un lienzo de la Virgen. Lo encontrarán unos indios, y lo llevarás al pueblo de El Carrizal. El templo que construiremos llevará su nombre. Es la misma visión que tuve en la ceremonia del yopo con Manaure, pero ahora vi más detalles. Ese naufragio será por una tormenta creada por el Adversario. No quiere que el lienzo llegue a

nuestras manos. Sabe que eso sellará su derrota —dijo calmadamente.

—Digamos unas oraciones en agradecimiento por lo que ahora conocemos —propuso el padre Talavera.

Luego de terminados los rezos, comenzaron a recoger el campamento. Una vez preparada Babieca, los cuatro viajeros hicieron un círculo; sus rostros eran serios y expectantes.

—¿Ahora qué? —preguntó Esteban Martín—. ¿A dónde vamos?

—Diao Manaure reveló en mi sueño que debemos ir a Taima-Taima —respondió el padre Sangróniz—. El lugar de los ancestros. Ellos ya una vez lucharon contra el mal y lo vencieron. El arma está allí. El zorro plateado dirá dónde está. Hay que seguirlo.

—Taima-Taima está al levante, pasando la colina alta que se ve allí —dijo Isidro, señalando la colina con su dedo.

Comenzaron su viaje a Taima-Taima. Caminaron bordeando la costa, sintiendo el aroma a sal y a algas, y el sonido de las olas rompiendo contra la playa. El viento salado acariciaba sus rostros, y la arena crujía bajo sus pies. Encontraron un pequeño valle que se cerraba a medida que se adentraba en tierra firme. En la ladera que entraba a la arena de la playa encontraron un camino que subía gradualmente al tope de la colina. Al completar la subida, Isidro se

detuvo y señaló hacia una explanada situada más abajo y sonrió.

—Taima-Taima —dijo, su voz llena de emoción.

Hay lugares que son mágicos, que son especiales, que transmiten tranquilidad. Así era Taima-Taima.

El olor a hierba fresca y a tierra húmeda llenaba el aire, y el viento susurraba entre los árboles.



Armaron el campamento y, luego de cenar y alimentar a Babieca, se sentaron alrededor del fuego. Las llamas crepitaban, lanzando chispas hacia el cielo estrellado, y el aroma a leña quemada y de comida se mezclaban.

—En este lugar vivieron nuestros ancestros —explicó

Isidro—. Aquí llegaron los caquetíos hace miles de años para poblar esta tierra, cuando Paraguaná era una isla y el puente de arena de los médanos aún no existía. Ellos, como nosotros ahora, enfrentaron a lo que ustedes llaman el Adversario y lo derrotaron. —Hizo una pausa, mientras el fuego iluminaba su rostro—. El Adversario envió grandes bestias que atacaron a nuestra gente para evitar que se establecieran aquí. El agua que salía en este pozo era la clave para la vida, y él quería dominarlo.

—¿Dónde encontramos las armas? —preguntó Esteban Martín, inclinándose hacia adelante.

—Paciencia, don Esteban —respondió Isidro—. Debemos esperar al mensajero: el zorro plateado. Él nos llevará a donde nuestros antepasados guardaron como ofrendas las armas que usaron para vencer al Adversario. Ahora esperemos. Él vendrá.

Esperaron por dos días en el lugar. Caminaron por la explanada y encontraron restos de vasijas, huesos de grandes bestias, piedras para afilar armas de los ancestrales caquetíos. Aprovecharon para pescar, sintiendo el tirón del sedal y el frescor del agua salada, y escucharon las historias del padre Talavera y de Isidro alrededor del fuego.

—Más al poniente, sobre una colina con vista al mar, hay un sitio llamado Curuchuchu —comentó Isidro, señalando hacia el horizonte—. Allí se encuentran marcas en las rocas de nuestros ancestros caquetíos.

Nuevas marcas aparecen cada vez que uno de los guerreros de Diao Manaure desaparece en la lucha contra los enviados del mal. Ellos no pueden trascender y quedan como una marca en la roca. Cuando la misión del padre Sangróniz esté completa, trascenderán y caminarán por los médanos hacia el sol, con el cabello al viento como un árbol de dividive. Algún día iremos allí y lo verán. Es un sitio sagrado para nosotros.

Disfrutaron de los atardeceres, viendo cómo el sol se hundía en el mar, tiñendo el cielo de tonos naranjas, rojos y violetas. Caminaron alrededor del pozo artesiano, sintiendo el frescor del agua que brotaba de la tierra. Una noche, dos ojos brillantes en la oscuridad revelaron a Isidro la presencia del tan esperado mensajero.

—Ya nos está observando —comentó Isidro al grupo, su voz baja y emocionada—. Mantengamos la calma. Él nos dirá cuándo seguirlo.

Esperaron tranquilos, tal como pidió Isidro. El zorro se movió alrededor del grupo, observándolos desde diferentes ángulos. Sus ojos, de un verde brillante. Finalmente, se acercó tímidamente y se dejó ver. Era un hermoso zorro plateado, su pelaje brillando como la luz de la luna. Se escuchó su voz, un susurro que parecía venir del viento mismo, y desapareció.

Volvió nuevamente, y se escuchó su voz otra vez. —Padre Sangróniz, venga —dijo apresurado Isidro—.

¡Sigamos al zorro!.

El zorro se desplazó bordeando el pozo artesiano y tomó rumbo a un grupo de cujíes. Allí, debajo del más grande y frondoso, desapareció en una cueva.

—Aquí solo puede entrar uno de nosotros —dijo Isidro.



Es muy pequeña la entrada. Creo que usted es el indicado, padre.

—De acuerdo —respondió el padre Sangróniz— Isidro, por favor, mantenga la antorcha detrás de mí para poder ver bien la entrada, y luego me la acerca. El padre Sangróniz se agachó y entró en la cueva.

La tierra era fría y húmeda bajo sus manos, y el olor a roca y a tierra antigua llenaba sus fosas nasales. Extendió su mano hacia atrás, y sintió el calor de la antorcha al tomarla. La luz danzó sobre las paredes, revelando pinturas rojas, negras y blancas que cubrían las rocas. Continuó adentrándose y llegó a un espacio más amplio donde estaban pintadas escenas de batallas de los primitivos caquetíos contra las grandes bestias. Las figuras, estilizadas y dinámicas, mostraban a los guerreros lanzando flechas y lanzas contra criaturas enormes. El padre Sangróniz se detuvo a verlas cuidadosamente, pasando la antorcha frente a ellas. Las pinturas eran impresionantes, mostrando a todo un pueblo luchando y venciendo a las bestias.

En el fondo de la cueva encontró una vasija decorada con marcas de muchas manos superpuestas en toda su superficie, y con muchos huesos de las bestias yaciendo a su alrededor. Muchos de los huesos aún tenían puntas de flechas de color negro clavadas. El padre Sangróniz comprendió que eso era lo que buscaba y tomó la vasija para salir de la cueva. Entonces, el zorro apareció en el camino para salir. Ambos se miraron por un instante a los ojos. Los ojos verdes del zorro le parecieron familiares, y eso lo estremeció y comprendió quién estaba frente a él.

El zorro se echó a un lado, sin dejar de mirar al padre Sangróniz, dándole espacio para salir con la vasija sin dificultad. Afuera le esperaba ansioso Isidro.

—¿Está bien, padre? —preguntó alegre—. Ya veo que encontró la respuesta. Regresemos al campamento.

Comenzaron a caminar y escucharon al zorro salir de la cueva. El zorro se detuvo, los miró y se fue veloz, no sin antes dejar escuchar su voz.



El padre Sangróniz lo estuvo mirando con mucha atención hasta que desapareció. Isidro entendió que había un vínculo mágico y sonrió.

Llegaron al campamento y todos comenzaron a bombardearlos con preguntas.

—¡Silencio, por favor! —dijo con tono autoritario el

padre Talavera—. Veamos qué hay dentro de la vasija.

El padre Talavera tomó la vasija y la dejó caer. Se rompió en dos partes, y de su interior salieron espadas de piedras negras, puntas para flechas y lanzas, cuchillos y hachas, todas de un color negro brillante. Talavera tomó una y la examinó detenidamente mientras todos lo observaban ansiosos, esperando su opinión.

—Durante mi viaje a Italia —comenzó a explicar el padre Talavera, sosteniendo el arma bajo la luz del fuego—, uno de los padres de mi orden era aficionado a estudiar las rocas. Cuando vi en su colección una igual a esta piedra, captó mi atención por ese color negro brillante; era preciosa. Me dijo que la trajo del volcán Etna, cerca de Catania. ¡Esto es obsidiana! Es usada para la protección, la limpieza y la purificación. Está relacionada con la madre tierra y representa la materialización de la luz en el mundo terrenal. Esta es la piedra más filosa que ha creado la naturaleza, y al mismo tiempo es frágil. Pero es una roca de origen volcánico, y aquí en estas tierras no hay volcanes.

Así que... ¿De dónde vino? —preguntó, mirando al grupo.

—Ahora recuerdo —dijo el padre Sangróniz— que en las pinturas en las paredes de la cueva hay una especie de canoa, donde vienen guerreros con espadas, lanzas y hachas que tienen bordes hechos con piedras de ese color. Y en la siguiente piedra del dibujo, aparecen entregándolas a los antepasados de los caquetíos, quienes las usaron contra las bestias.

—Ahora todo tiene sentido —dijo Esteban Martín, tomando una de las espadas y sintiendo su peso—. Las piezas se están uniendo. Creo que por mi experiencia militar puedo fabricar las armas con estas piedras..

—Le ayudaré, don Martín —dijo Isidro, sonriendo—. Mis flechas son las mejores. Vuelan como pájaros.

—Vamos a la cueva —dijo el padre Talavera—. Quiero ver las pinturas en detalle.

Se dirigieron al sitio donde estaba la cueva, bajo el inmenso cují. La entrada era pequeña y oscura, y el olor a tierra antigua emanaba de su interior. El padre Talavera entró y le dieron la antorcha; luego entró Esteban Martín y finalmente Isidro. Todos quedaron sorprendidos con las pinturas en la roca. Era una narrativa épica, tal como describió el padre Sangróniz. Se detuvieron frente a los dibujos de embarcaciones que traían las armas hechas con las rocas de obsidiana y las observaron con curiosidad.

—¿Quiénes eran estos indios? —preguntó Esteban Martín—. ¿De dónde vinieron?

Los indios que vienen en las embarcaciones —respondió el padre Talavera, señalando las figuras con la antorcha—, sus atuendos... los he visto antes. Recuerdo dibujos similares en Yucatán.

Cuando vine de España, estuve allá un tiempo con Fray Diego de Landa, a quien conocí antes de venir a La Vela.



Son los antecesores de los mayas. Los llamaban putunes o itzaes. Eran navegantes y mercaderes marinos. Su territorio se llamaba Acalán, que traducido significa "tierra del pueblo de las canoas". Ahora todo comienza a tener sentido, porque estos indios sí tenían acceso a zonas volcánicas y a minas de obsidiana. Si se fijan en los dibujos de las canoas de los Putunes, la proa y la popa son más elevadas que la línea de borda, a diferencia de las canoas hechas de un solo tronco de los caquetíos. Como habrán visto, las canoas de los caquetíos tienen la misma línea de flotación de proa a popa.

—Ahora esta parte del dibujo es muy reveladora —continuó el padre Talavera, moviendo la antorcha lentamente—. Todo ocurrió aquí. Este es el lago que está allí afuera. Miren estos huesos de las bestias

amontonadas aquí en el suelo. Tienen aún clavadas puntas de flechas de obsidiana y tienen marcas de las espadas.

Repentinamente, un fino polvillo comenzó a caer del techo de la cueva, advirtiéndoles que debían salir de allí. El polvo era frío y fino como harina. Lo hicieron rápidamente. Al salir, se escuchó un estruendo, y una nube de polvo rojizo salió por lo que fue la entrada de la cueva, cubriéndolos a todos.

Quedaron inmóviles tosiendo y frotándose los ojos, esperando que se despejara la nube de polvo. Al despejarse, se miraron y estallaron en risas por verse todos pintados de rojo y por la alegría de haber escapado de una muerte segura.



No se imaginaban los duros momentos que vendrían, todos los peligros a los que se enfrentarían. El Adversario también se estaba organizando y comenzaba a mover sus piezas. En El Carrizal nunca deberá ser construida una iglesia.

—En el viaje de regreso a La Vela —comentó Esteban Martín, sacando a relucir su experiencia militar, mientras se sacudía el polvo rojo—. Debemos pasar por El Carrizal para que conozcamos el lugar. Acordaremos un sitio para reunirnos y en donde esconder nuestras armas.

El sitio tendrá un nombre, y solo con hacer llegar el nombre del lugar acordado a cada uno de nosotros sabremos entonces a dónde ir sin mayores explicaciones.

—Buena idea, Esteban —respondió el padre Talavera.

—Conozco bien el lugar —dijo Isidro—, y hay un sitio muy bueno para este propósito. Hay un bosque de cardones que es ideal. Dentro de él nos podemos ocultar fácilmente, y hay buenos sitios para esconder nuestras armas.

—El Carrizal parece destinado a ser el sitio donde daremos la batalla para vencer al Adversario y sus adláteres —dijo el padre Sangróniz—. ¡Como en toda batalla, el conocimiento del terreno es fundamental! ¡La geografía, mis amigos! ¡La geografía! —apuntó el padre Talavera, levantando su dedo índice con solemnidad.

El hallazgo

La noche comenzaba a caer, y las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo, como testigos silenciosos de la batalla que se avecinaba.

Este bosque de cardones es inmenso, con ejemplares de varios metros de altura que se alzan como centinelas espinosos contra el cielo azul. Sus troncos, gruesos y verdes, están cubiertos de espinas largas y afiladas que brillan bajo el sol como agujas de cristal. Allí es posible encontrar una que otra tuna, con sus pencas carnosas y sus frutos rojos y amarillos, y algunos cujíes entreverados, cuyas copas ofrecen pequeñas manchas de sombra en medio de la aridez.



El bosque está poblado por numerosos pájaros que hacen nido en los cardones, los cuales, con sus espinas, les dan protección a sus polluelos. El aire se llena con el canto de los pájaros, un coro de trinos y gorjeos que cambia de tono según la hora del día. Entre abril y mayo, los cardones florecen y se cargan de frutos llamados datos, que alegran el ambiente con sus colores rojos, blancos y amarillos, y atraen a multitud de pájaros que llegan para comerlos. El dato tiene propiedades medicinales y además es delicioso. Era usado por los caquetíos para diversos fines curativos, como malestares estomacales. El olor a flores silvestres flota en el aire, mezclado con el aroma dulce de los frutos maduros.

—Está muy bueno este sitio —afirmó Esteban Martín, recorriendo el bosque con la mirada—, y está estratégicamente situado.

Comenzó a dibujar líneas en la arena con su espada. La punta de acero trazaba surcos en la tierra polvorienta, y poco a poco, las líneas se convirtieron en un mapa.

—Para venir aquí —explicó Esteban, señalando con la espada—, caminaremos desde La Vela por la costa, pasamos la Piedra de Martín y llegamos al río seco, que Isidro llamó el Muáco viejo. De allí nos vamos tierra adentro hacia el sur, hasta este bosque de cardones en donde nos encontramos. El sitio para la construcción de la iglesia que nos mostró hace un rato el padre Sangróniz está exactamente a una legua al

sur. Quien esté allí no nos verá venir desde el norte, porque pensarán que quien venga desde Coro o La Vela llegará al sitio por el poniente y tendrá su vigía apostado en ese lado —comentó entusiasmado, levantando la vista del mapa y mirando a sus compañeros.



El padre Sangróniz observó el mapa trazado en la arena, sintiendo una mezcla de admiración y gratitud. Sus ojos se humedecieron ligeramente, y su voz tembló al hablar:

—Quiero agradecerles que hayan aceptado participar en esta misión que nos ha encomendado la Virgen. Con su protección lograremos traer a los caquetíos.

No dudo, por un segundo, que aquí está su mano generosa. Ha reunido a los mejores.

Todos respondieron con un sonoro «¡Amén!».

—Ahora debemos regresar a La Vela —comentó el padre Talavera, ajustando su sotana—. Tenemos mucho que hacer.

Comenzaron su camino rumbo al sur, a la sabana donde se construirá la iglesia. Como de costumbre, Isidro, con su andar enérgico y su conocimiento del sitio, se desplazaba adelantado al grupo. Sus pies apenas parecían tocar el suelo, y su vara marcaba el ritmo de la marcha.

—Este Isidro me asombra —comentaba Esteban Martín, caminando con dificultad—. Camina como si flotara. Yo termino agotado, con los pies adoloridos, y él, como si nada.

Todos los demás se rieron del comentario. El sol calentaba sus rostros, y el sudor resbalaba por sus frentes.

Ya estaban cerca del lugar que indicó el padre Sangróniz para la construcción de la iglesia cuando ocurrió lo inesperado. Isidro se agachó de repente y colocó su cuerpo pegado al suelo, y les hizo señas a los demás para que hicieran lo mismo. Regresó donde estaba el grupo, su rostro serio y sus ojos vigilantes.

—Están llegando varios esclavos y soldados al sitio —comentó en voz baja, señalando hacia el sitio—. Traen

bastimento y herramientas. Debemos regresar por otra ruta.

—Observemos qué están están haciendo allí— exclamó con firmeza Esteban Martín—. Vayamos detrás de esas tunas. Nos darán buena cobertura.



Se movieron sigilosamente detrás de un grupo de tunas, cuyas pencas carnosas y espinosas ofrecían un refugio perfecto.

Observaron por varios minutos al grupo de esclavos y soldados al mando de un militar, que el padre Sangróniz identificó como su cuñado, el capitán don Pedro de la Colina y Peredo. El grupo de hombres descargaba herramientas y otros enseres: picos, palas,

machetes, y grandes calderos de cobre que brillaban bajo el sol. Se preparaban para construir unos bohíos para los esclavos. El sonido de los golpes de los machetes al cortar la maleza y el crujir de la madera al ser transportada llegaba hasta ellos, mezclado con las voces de los hombres dando órdenes.

—Pareciera que vienen a construir el alambique para el licor de cocuy —dijo el padre Sangróniz, frunciendo el ceño.

El padre Talavera, observando con atención, dijo:

—Sí, así parece. Mejor regresemos por la ruta que trazó don Esteban en el bosque de cardones. Vámonos. Esto se está moviendo más rápido de lo que yo esperaba. Este asunto del cocuy es la cubierta perfecta para lo que desea el Adversario.

Se retiraron sigilosamente, sus pasos apenas susurrando sobre la tierra seca. El sol comenzaba a declinar, alargando las sombras sobre la sabana, mientras el grupo se adentraba nuevamente en el bosque de cardones, con la certeza de que la batalla se acercaba.

Los ángeles caídos

—Capitán Irausquín —dijo el padre Sangróniz, con una sonrisa que iluminaba su rostro—, bienvenido a mi casa. Gracias por acudir a mi llamado. Necesitamos ir hasta Aruba para conversar con el cacique Baracuyra, bautizado Juan. Él es quien guía en la isla de Aruba al pueblo caquetío. Necesitamos saber cuántos indios debemos transportar y así saber cuántas balandras necesitamos para ello. ¿Puedo contar con usted, capitán Irausquín?

El capitán Irausquín extendió su mano, firme y cálida, y respondió con su acento vasco:

—Cuente conmigo, padre. Me entusiasma mucho la misión y tiene mi total apoyo. Yo tengo dos balandras, la *Santiago* y la *San Fernando*. Con las balandras se puede barloventear muy bien y pasar los bajos; también se pueden usar remos si nos agarra una calma chicha. En caso de necesitar otros navíos, podemos contar con mi buen amigo Polibio Zea, capitán de la balandra *Cinco Hermanos*, o con la balandra *Corazón de Jesús* del capitán Javier García Castañeda. A estos últimos hay que pagarles, ya que van a dejar de traer mercancía de contrabando por traer a los caquetíos. A mí no tiene que pagarme. Siento algo especial participando en esto; hay algo que aún no sé qué es y hace que mi corazón me diga:

tienes que hacerlo, es importante.

—¡Gracias, capitán! —exclamó el padre Sangróniz, sintiendo una oleada de esperanza—. Ahora quiero presentarle al resto de los participantes en esta aventura. Venga por aquí, por favor.

El capitán Irausquín levantó una mano, deteniéndolo. —Antes de ir a conocerlos, hay algo importante que debe saber —dijo, bajando la voz—. Todas las naos que se mueven entre Curazao, Aruba, Bonaire y San Thomas son vigiladas por los espías del corsario puertorriqueño Miguel Henríquez. Este mestizo tiene una gran fortuna y controla a mucha gente que le debe dinero o favores. Nada se mueve en esta costa sin que él lo sepa; hasta los holandeses le temen. Debo hablar con él antes de emprender estos viajes, para evitar sorpresas. Seguramente nos va a pedir algo a cambio: puede ser oro o un favor. ¿Está de acuerdo, padre Sangróniz?

—¡Claro que sí! —respondió el padre Sangróniz sin dudar—. Agradezco que me lo hayas dicho. Si es oro, tengo el que me dio Diao Manaure. Si es un favor, se lo deberemos y cumpliremos cuando nos lo pida. Tiene mi palabra. Solo tenemos una oportunidad de traer a esta gente; debemos tener éxito y es vital remover todos los obstáculos de nuestro camino.

—¡Excelente! —dijo el capitán Irausquín asintiendo con satisfacción—. Hablaré con él muy pronto. Tenemos negocios que resolver en Curazao, y además

él asistirá a mi matrimonio con Eleonora Sterling. Ella es una bella mujer y muy inteligente; espero que la conozca algún día. Henríquez es muy amigo de la familia Sterling y por eso asistirá a la boda la próxima semana. Ahora sí —dijo, con una sonrisa—, vamos a conocer a los valientes que nos acompañarán en esta odisea.

Llegaron a un amplio solar, en buena parte techado con palmas secas que creaban un techo de sombra y penumbra. Allí, Isidro y Esteban Martín trabajaban en la preparación de las armas con la obsidiana negra que encontraron en la cueva en Taima-Taima. El sonido rítmico de la piedra al ser pulida contra la madera llenaba el aire, junto con el susurro del viento entre las hojas de los árboles cercanos. Aldama los observaba atentamente, sin decir palabra, con visible preocupación y escondido entre la vegetación. Luego de unos instantes se retiró sigilosamente y sin decir una palabra.

—Amigos —dijo el padre Sangróniz, con un gesto amplio—, aquí está el capitán Manuel Irausquín. Se los presento. Él nos ayudará con su experiencia y sus balandras a cumplir nuestra misión. Creo que ya algunos de ustedes le conocen.

Irausquín se acercó y extendió la mano a Esteban Martín. El apretón fue firme. —Qué bueno verte de nuevo, Esteban —dijo el capitán—. Me alegra que estés con nosotros.

—¿Y usted —dijo mirando a Isidro Nava—, quién es?

—Isidro Nava —respondió tendiendo su mano al capitán—.



—¡Isidro Nava! —exclamó Irausquín. ¡Qué honor conocerle, finalmente! Es usted una leyenda. La gente de la Guipuzcoana le recuerda mucho por sus conocimientos de los caminos de la sabana de Taratara. Bastante que lo perseguimos, sin éxito debo decir, cuando yo trabajaba para la Compañía. ¿Y cuántos hijos tiene ya? Su fama con las mujeres también es reconocida —sonrió con picardía.

—Hasta ahora, son setenta y dos hijos. —respondió Isidro, con una sonrisa serena.

—¡Setenta y dos hijos! —exclamó Esteban Martín, mirando asombrado a Isidro—. ¡Esto es increíble! Isidro, eres hombre de pocas palabras, pero de mucha acción —y soltó una carcajada que resonó en el solar.

El capitán Irausquín se acercó a la mesa donde estaban las armas de obsidiana. Sus dedos rozaron el filo de una punta de flecha, sintiendo la textura lisa y fría de la piedra negra.

—Estas piedras negras son fascinantes —dijo, levantando una de las puntas para examinarla a la luz del sol—. ¿Dónde las encontraron? ¿Cómo se llaman?

—Es obsidiana negra, Manuel Francisco —respondió el padre Talavera, que llegaba en ese momento y dio un efusivo abrazo al capitán—.

—¡Padre Nicolás de Talavera! —exclamó el capitán, devolviendo el abrazo—. Mi amigo, mi confesor y el mejor cliente para los vinos... ¡de consagrar, por supuesto! Qué bueno verle formar parte de este grupo.

—Gracias, hijo —respondió el padre Talavera, sonriendo—. Me alegra verte a ti también. Ya sé que te casas la semana que viene con Leonor Sterling en Curazao. Me parece muy bien. Después del fallecimiento de Isabel Rosalía has estado muy solo; necesitas una compañera, y tu hija María Josefa, una madre.

El capitán asintió, con melancolía en sus ojos.

—Me entusiasma verlos a todos trabajando para llevar adelante nuestra misión —dijo el padre Talavera, tomando la palabra con autoridad—. Ahora, las novedades. La razón del inicio de la construcción en El Carrizal por los hermanos de la Colina y Peredo se debe a que Juan se enteró de que la Santa Inquisición lo tiene vigilado. Decidió vender el solar donde practicaba sus terribles rituales y mudarse a otro sitio. Y ese sitio es El Carrizal. Allí presiento que nos vamos a enfrentar al Adversario y sus adláteres.

Hizo una pausa, y su mirada recorrió el rostro de cada uno de los presentes. El viento movió las hojas de palma del techo, creando un susurro que parecía acompañar sus palabras.

—Creo que las armas que debemos usar, en caso de ser necesario, son las preparadas con la obsidiana negra de Taima-Taima —continuó—. Ninguna otra deberá ser usada, ya que no tendrá efecto alguno. Las vamos a rociar, el padre Sangróniz y yo, con agua bendita para aumentar su poder. Debemos ser cuidadosos contra quién las usamos. Los esclavos y soldados son inocentes de lo que está ocurriendo; debemos actuar solamente contra don Juan de la Colina y Peredo y contra el llamado Cristo al revés. Este último es el más peligroso y comprometido con el Adversario.

—Ahora —dijo, levantando un dedo—, se estarán preguntando por qué dije en caso de ser necesario, ¿verdad?

Todos asintieron en silencio, sus ojos fijos en el padre Talavera. El sol se filtraba por las rendijas del techo, creando haces de luz que iluminaban las partículas de polvo en el aire.

—Este enfrentamiento con el Adversario es un combate espiritual, de fe, de oración —continuó el padre Talavera, su voz grave y solemne—. Lex orandi, lex credendi: la Iglesia cree lo que reza. Este principio, formulado en el siglo V por Próspero de Aquitania, nos recuerda que la ley de la oración establece la ley de la fe. El padre Sangróniz y yo, invocando la protección de Dios, los enfrentaremos primero con la oración del Padrenuestro.

Luego, siguiendo el ritual del exorcismo, haremos el signo de la cruz, la imposición de las manos, el soplo o la aspersión con agua bendita, la proclamación del Evangelio. Finalmente, mostraremos a los atormentados el crucifijo, *que es fuente de toda bendición y gracia*. La señal de la cruz sobre los exorcizados significa *la potestad de Cristo sobre el diablo*.

Hizo una pausa, y su mirada se volvió más intensa.

—Pero, como podrán entender, estos ángeles caídos son capaces de todo con el fin de lograr cumplir su misión maligna. Cuando el Adversario se sienta abatido, los hará arremeter con fuerza. Y allí entran ustedes y las armas de obsidiana negra. No duden en usarlas. El Adversario no dudará en tratar de acabar

con nuestras vidas. Este es el plan de batalla. La consolidación de este triunfo vendrá el día que en la Iglesia de El Carrizal se celebre la primera santa misa y recibamos el mensaje de la Madre de Dios.

El silencio que siguió fue profundo y cargado de significado. Los rayos del sol iluminaron las armas de obsidiana negra, que brillaban en la mesa de trabajo.

Aruba

—Ya regresó el capitán Irausquín de Curazao —dijo Aldama al padre Sangróniz, entrando apresurado al cuarto—. Trajo a su esposa y a sus esclavos para la casa de los Irausquín en Coro. Mandó a decir que pronto vendrá para La Vela y saldrán para Aruba.

—¡Qué buena noticia, Aldama! —respondió entusiasmado el padre Sangróniz, sintiendo cómo la esperanza crecía en su pecho—. Ahora debo prepararme y avisar al padre Talavera de mi ausencia.

A los dos días llegó el capitán Irausquín a la casa del padre Sangróniz. El olor a sal y a mar lo precedía, y su rostro mostraba una sonrisa de satisfacción. Se sentaron en la pequeña sala, y el capitán lo puso al tanto de las diligencias realizadas en Curazao.

—Hablé con Henríquez y le conté la historia —comentó el capitán, inclinándose hacia adelante—. Quedó sorprendido. Me manifestó que no quiere nada a cambio, que él respeta mucho estas cosas. Nos desea mucha suerte y, si sabe de algún movimiento de naos que trate de perjudicarnos, nos avisará.

—Muy buena noticia, Manuel —respondió el padre Sangróniz, esbozando una sonrisa—. ¿Me permite que le llame Manuel? Así lo conocí en mi viaje del Yopo, y así se presentó usted cuando lo conocí a bordo de la

Santiago. ¿Recuerda?

—No faltaba más, padre —respondió el capitán, con una sonrisa cálida—. Sí, Manuel está bien. ¿Sabe? Siento por usted un especial afecto. Presiento que nuestra amistad será buena y larga. Ahora —dijo, cambiando el tono—, ¿cuándo partimos para Aruba?

—Mañana, Manuel —contestó el padre Sangróniz, con los ojos brillando de emoción—. Mañana saldremos.

Salieron muy temprano en la mañana para la isla de Aruba. El sol apenas comenzaba a asomarse sobre el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y dorados.

El olor a sal y a mar llenaba sus pulmones mientras la *Santiago* se deslizaba sobre las olas. Mientras navegaban, el padre Sangróniz observaba a la tripulación moviéndose con agilidad en la cubierta, sus pies descalzos aferrándose a la madera húmeda, sus manos tirando de las jarcias con precisión. Recordaba que navegar en el mar siempre le había maravillado, especialmente esa destreza que muestran el capitán de un barco y su tripulación para navegar con la proa dirigida en contra de la dirección del viento y, aun así, avanzar en la dirección correcta.

Los vientos alisios del noreste les acariciaban y les brindaban su frescura, constantes y predecibles, dando forma a la geografía y a la vegetación de la costa. El árbol de dividivi, con su copa inclinada hacia el suroeste, era un hermoso ejemplo de ello, al igual

que los médanos, que unen a tierra firme con la península de Paraguaná y que constantemente cambian de forma y ubicación por la mano del viento.

—¿En qué piensa, padre? —preguntó el capitán Irausquín, acercándose—. Le veo alegría dibujada en el rostro.

—Sí, estoy alegre —respondió el padre Sangróniz, sintiendo la brisa en su rostro—. Navegar me levanta el ánimo. Tengo espíritu marinero. —Sonrió—. ¿Cuándo llegaremos a Aruba? ¿A dónde iremos?

—En unas pocas horas estaremos en Aruba —explicó el capitán, señalando el horizonte con su mano—. Barloventear toma su tiempo, y además debemos acercarnos a la costa con precaución. Si está despejado el panorama, recalamos, soltamos anclas y bajamos el chinchorro para acercarnos a la playa.

—¿Qué es un chinchorro? —preguntó intrigado el padre Sangróniz.

—Un bote, padre —respondió sonriendo el capitán—. Un bote. Es jerga marinera. Comenzaremos a buscar al cacique Baracuyra en un sitio que se llama Dos Playas, en la parte noreste de la isla. Lo conozco porque allí nos aprovisionamos de carne de tortuga y de sus huevos en temporadas. Cuando hemos ido a Dos Playas, he visto a los indios huir de nuestra presencia; deben pensar que somos cazadores de esclavos. Isidro Nava me explicó que allí desemboca un río llamado Tambu, y cerca está Arikok. Este es un

sitio sagrado de los caquetíos, y hay varias cuevas. En una de ellas, llamada Warerikiri, me dicen que hay dibujos como los de Taima-Taima.

—Tienes razón, Manuel —respondió el padre Sangróniz, sintiendo cómo las piezas encajaban—. Todo encaja. Tengo el presentimiento de que vamos en el camino correcto. Lástima que Aldama no pudo acompañarnos. Insistió tanto en venir, pero con lo mal que se sintió cuando te visitamos en la *Santiago*, no lo creí conveniente.

—Sabia decisión, padre —dijo el capitán, asintiendo—. Estoy de acuerdo. Una persona en ese estado se convierte en peso muerto; no es útil para nada, y en una balandra todos tenemos deberes. Ahora debo ocuparme de algunas cosas con la tripulación… —Hizo una pausa y sonrió con picardía—. Y hablando de deberes, le invito a que ayude al cocinero con nuestro almuerzo. Alguien me dijo que tiene buena sazón para cocinar, que lo aprendió de Julia, la esclava de su hermana doña Ana. Y hoy toca *talkarí* de chivo con arepa pelada.

El padre Sangróniz sonrió, mientras sentía el calor del sol y la brisa salada en su rostro.

La *Santiago* pasó por frente de toda la costa noreste de Aruba, buscando la presencia de otras naos. Pasaron Cudarebe y retornaron con el viento a favor rumbo a Dos Playas, tal como dijo el capitán Irausquín.

—Llegamos, padre —exclamó el capitán, señalando la costa—. Ya tiramos anclas, y esta belleza es Dos Playas. Creo que el nombre del lugar se explica por sí solo.



Mis hombres van a bajar el chinchorro e iremos a tierra. Debemos tener cuidado porque el mar aquí es muy bravo y nos puede hacer naufragar el chinchorro. Así que prepárese —dijo, con tono serio—, y le recomiendo que deje la sotana en la balandra. Si tenemos que nadar, le estorbará.

Tal como dijo el capitán Irausquín, llegar a tierra firme fue toda una odisea. Las olas rompían con fuerza contra la playa, y el chinchorro se elevaba y caía con cada embate. El agua salada salpicaba sus rostros, y el olor a mar y a arena mojada llenaba sus sentidos. Afortunadamente, los hombres del capitán

Irausquín eran experimentados y lograron hacer fácil lo que parecía difícil. Una vez en la playa, sacaron el chinchorro del mar y se sentaron en la arena a descansar del esfuerzo realizado. La arena era blanca y suave, y el sol calentaba sus cuerpos.

Mientras descansaban, una figura se dejó ver en el tope del acantilado que separa las dos playas.

—Mi capitán —dijo uno de los marinos, señalando al acantilado—, tenemos compañía.



—Padre Sangróniz —dijo el capitán Irausquín, levantándose—, creo que es la persona que buscamos. Vamos a su encuentro. —Se volvió hacia sus hombres —. Ustedes busquen abrigo del viento, aseguren el chinchorro, descansen y esperen nuestro regreso. Ubiquen un vigía adelantado para que no los tomen por sorpresa. No disparen, a menos que estén en peligro; aquí el viento hace que el eco de un disparo

viaje lejos.—Vamos, padre —dijo el capitán—. Veamos quién es y qué quiere.

A medida que avanzaban, un indio alto, semidesnudo, con arco, flechas y macana, se acercó al capitán y al padre Sangróniz. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Bienvenidos —dijo, con voz profunda y cálida—. Soy Baracuyra, también llamado Juan. Les esperaba. Diao Manaure envió el mensaje de su llegada a la princesa Wadirikiri, y yo anoche vi sus rostros en mi sueño. Tú debes ser el padre Sangróniz —dijo, señalándolo—, y tú el capitán Irausquín.

—Así es —respondió el padre Sangróniz, sintiendo una oleada de emoción—. Aquí estamos, tal como prometí a Diao Manaure. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Dónde podemos reunirnos?

—Debemos ir a la cueva donde está la princesa Wadirikiri —respondió Baracuyra, señalando hacia el interior de la isla—. Ella tiene mensajes para ustedes. La cueva está a dos horas de camino. Luego pasaremos la noche en Arikok y regresaremos en la mañana a este mismo sitio. Capitán —dijo, volviéndose hacia Irausquín—, si le parece, puede decirles a sus hombres que regresen al mar y vengan mañana.

—Sí —respondió el capitán—. Les diré que regresen. No trajimos bastimento para pasar la noche en tierra firme; en la *San Fernando* estarán mejor. Ya regreso —dijo mientras se dirigía al encuentro de sus hombres

—. Voy a dar las órdenes a mi tripulación.

—¿La princesa Wadirikiri es su hija? —preguntó intrigado el padre Sangróniz.

—No —respondió Baracuyra, con una sonrisa enigmática—. La princesa Wadirikiri es un espíritu cautivo en una cueva, como Diao Manaure lo es en el lago donde está la madre Urupagua. La princesa desobedeció a su padre, y él la condenó a estar allí hasta trascender. Su espíritu permanece allí dentro y nos protege. Nos conecta con Diao Manaure y con Yara —dijo, mirando fijamente al padre Sangróniz—, a quien usted conoce bien, padre.

El padre Sangróniz palideció al escuchar la respuesta de Baracuyra. Recordó esos hermosos y profundos ojos verdes; su voz aún retumbaba en su mente: *"Catire, esta noche seremos uno, tú y yo. ¿Recuerdas lo que te dije? Quiero tener hijos catires como tú. La unión de sangre entre la nación caquetía y la española debe continuar."*

El camino hasta la cueva de la princesa Wadirikiri transcurría a lo largo de la costa, muy árida, expuesta a los vientos alisios. El sol calentaba con fuerza, y el polvo se levantaba bajo sus pies. Llegaron a una cueva donde encontraron agua para refrescarse y beber. El agua era fresca y clara, y al beberla, sintieron cómo la vida regresaba a sus cuerpos.

—¿Esta es la cueva de la princesa Wadirikiri? —preguntó el padre Sangróniz.

—No —respondió Baracuyra—. En esta la Cueva del Agua, vivieron nuestros ancestros, y como en Taima-Taima, también dejaron sus mensajes en las paredes y combatieron a las grandes bestias que querían el control del agua, y las vencieron. Muy cerca está Arikok —dijo, señalando hacia el este—; allí está mi pueblo. Allí descansaremos esta noche, luego de visitar a la princesa Wadirikiri.



—Todo esto es increíble —comentó el capitán Irausquín, observando las pinturas en las paredes de la cueva—. Todas estas historias, todos estos sitios están entrelazados, unidos. Es un eterno combate entre el bien y el mal.

—Sí —respondió Baracuyra, con voz grave—. Todos somos parte de ellas. Unas veces ganamos y otras veces perdemos. En tu caso, capitán Irausquín —dijo, mirándolo fijamente—, todas las primeras niñas de cada generación de tu familia se las llevaron los helechos. Allí perdimos. Pero aún podemos salvar a las niñas que vienen. Por eso debemos vencer al Adversario y liberar nuestros espíritus de estas ataduras malignas.

El capitán Irausquín quedó paralizado al escuchar las palabras de Baracuyra. Vinieron a su mente las palabras de su querida Nekane, cuando aún era un niño: *"¡Manuel Francisco Benito! ¡Ven! Deja de andar en esa parte del río; tu amona ya te dijo muchas veces que no debes ir allí, cerca están los helechos y el lugar de los helechos está prohibido para esta familia."* Ahora entendía todo y la razón por la cual su amona lo envió a Coro, un sitio árido donde no hay helechos. Entendió que las leyendas que escuchó de su familia, las que creía frutos de la imaginación de su amona, eran aterradoras verdades. Una lágrima recorrió su rostro.

El camino hasta la cueva fue muy rápido. Una fuerte energía movía al capitán Irausquín y al padre

Sangróniz, reflejada en su decidido paso al caminar. Las historias que les contó Baracuyra encendieron sus espíritus. Al fin llegaron a la cueva de la princesa. Baracuyra encendió unas antorchas que estaban en la entrada de la cueva con un pedernal. El chisporroteo de la piedra y el olor a humo llenaron el aire mientras la llama cobraba vida. Entraron, y luego de un corto trecho entre penumbras y cientos de murciélagos que salían de las oquedades asustados por el fuego, llegaron a una gran caverna. Tenía un agujero en su techo por donde penetraba la luz del sol, creando un haz de luz dorada que iluminaba el centro de la cueva.

Entonces, una figura de una hermosa mujer comenzó a formarse en medio de los rayos de sol. La luz se arremolinaba y danzaba, y poco a poco, la silueta tomó forma. Finalmente, una hermosa joven en todo su esplendor se mostró ante los visitantes. Baracuyra inclinó su cabeza en señal de respeto, y lo mismo hicieron el padre Sangróniz y el capitán Irausquín. La princesa comenzó a hablar en caquetío, y Baracuyra traducía al español sus palabras.

—Me siento alegre de verlos aquí y que hayan podido llegar con bien —dijo la princesa; su voz era como el susurro del viento—. Diao Manaure envía sus saludos y mensajes.

Diao Manaure dice: *"La noche propicia para llevar a mi pueblo hasta El Carrizal es la noche de la segunda luna grande. El mar estará alto y calmado; la luz de la madre luna los iluminará para hacer seguro su*



su viaje. El predilecto del Adversario, que aún no se ha mostrado, se mostrará. Será doloroso descubrirlo. Mi pueblo dejará todo aquí; solo llevarán semillas, artes de pesca y pedernal. La madre de su Dios pronto llegará por mar a las manos de los caquetíos en El Carrizal. Viene desde un lugar lejano, y el nuevo lugar sagrado en El Carrizal será dedicado a ella. Solo se necesitan dos flechas enviadas por la mano segura de un caquetío, y los mensajeros del Adversario caerán, y los que estaban ciegos volverán a ver la luz. Ahora deben regresar; los mensajes han sido dados."

Todos comenzaron a caminar hacia la salida, y la princesa habló nuevamente, esta vez en español:

—Bernardo —dijo, su voz clara y nítida—, permanece aquí un momento más. Alguien quiere verte. Le voy a

prestar mis ojos y mi voz.

El capitán Irausquín y Baracuyra comenzaron a salir de la cueva, intrigados por el mensaje. El padre Sangróniz permaneció inmóvil, su corazón latiendo con fuerza.

La imagen del rostro de la princesa comenzó a cambiar. Los rasgos se transformaron lentamente, y unos hermosos y unos profundos ojos verdes miraron amorosamente al padre Sangróniz. Una voz conocida estremeció el alma de Bernardo al escuchar:

—*Chacamba cudanga, Aterí Cati.*

¡Era Yara!

El padre Sangróniz sintió que el tiempo se detenía. La voz de Yara, suave y cálida, llenó la cueva como una caricia. Las palabras en caquetío resonaron en su corazón, y supo que ella estaba cerca, que lo vigilaba y lo amaba desde el mundo espiritual.

El capitán Irausquín y Baracuyra esperaron a la entrada de la cueva. Al fin salió el padre Sangróniz. Todos guardaron silencio. Solo el capitán Irausquín preguntó:

—¿Algo que debamos saber, padre Sangróniz?

—Nada que pueda compartir en este momento —respondió el padre Sangróniz, visiblemente conmovido, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas—. No se preocupen, susurró.

—Vayamos a Arikok —dijo Baracuyra—. Allí comeremos y pasaremos la noche. Tenemos mucho de qué hablar.

Arikok era un pequeño poblado de chozas muy cercano a la cueva donde más temprano se habían refrescado en su camino a la cueva de la princesa Wadirikiri. La cercanía a una fuente constante de agua dulce era condición indispensable para un poblado en esta árida isla, que una vez fue llamada junto a las islas de Bonaire y Curazao *"Las Islas Inútiles"* por no haber oro y plata en ellas. El olor a tierra, a humo de fogatas y a comida flotaba en el aire. A la entrada del poblado había una cruz de madera que llamó la atención tanto del padre Sangróniz como del capitán Irausquín, y se detuvieron frente a ella.

—¿De dónde viene esta cruz de madera? —preguntó el padre Sangróniz, tocando la madera con sus dedos—. Está muy bien hecha, y la madera es de buena calidad.

—Fue un regalo de los primeros sacerdotes de tu religión a un antiguo cacique en esta isla, Simas se llamaba —respondió Baracuyra—. Desde entonces, esta cruz está con nosotros como símbolo de alianza entre nuestros pueblos. Ahora se quedará aquí, donde pertenece; no la llevaremos con nosotros a tierra firme.

Los pobladores salieron a recibirlos con alimentos y los invitaron a la choza más grande, donde se reunieron y compartieron. El olor a pescado asado, a

casabe y a frutas llenaba el ambiente. Los niños los observaban con curiosidad, hacían comentarios y reían. Finalmente, Baracuyra se levantó, y todos guardaron silencio.

—En dos lunas grandes dejaremos esta isla —afirmó Baracuyra, su voz resonando en la choza—. El padre Sangróniz habló con Diao Manaure y se comprometió a llevarnos a tierra firme.

El nombre de Diao Manaure fue repetido por los presentes con veneración y respeto, como una oración que se elevaba hacia el cielo.

—Mañana debemos saber cuántos somos —continuó Baracuyra—. Usaremos los nudos en la cuerda. Cada jefe de familia me entregará su cuerda con nudos mañana después del amanecer. Ya la noche está aquí; vayamos con nuestras familias a descansar.

Todos se retiraron. Solamente quedaron alrededor de la hoguera los visitantes, Baracuyra y dos ancianos. Ellos eran los *Boratios*, especie de médicos y consejeros espirituales del poblado de Arikok. El fuego crepitaba, lanzando chispas hacia el cielo estrellado, y el olor a leña quemada y a hierbas aromáticas envolvía el círculo.

—Nuestro corazón se alegra por su presencia —dijo uno de los Boratios, llamado Macuarima, su voz era profunda y serena—. Más aún cuando sabemos que Diao Manaure no nos ha abandonado y lucha por nosotros a través de ustedes. Como han podido ver,

llevamos una vida muy difícil aquí. Los esclavistas nos persiguieron; los filibusteros de la Cofradía de los Hermanos de la Costa vinieron y se llevaron nuestras cosechas y algunas mujeres. Ahora la compañía de los holandeses nos ha sacado de nuestras tierras ancestrales por no jurarles lealtad, y aquí estamos desapareciendo poco a poco.

—Queremos ayudar en la batalla contra el mal que está por venir —comentó otro Boratio, llamado Aterima, extendiendo sus manos—. Aquí están estas puntas de flecha hechas con piedras negras que nos dejaron nuestros ancestros en la cueva de las pinturas en la roca. Son suficientes; no necesitarán más. Diao Manaure nos dijo que ustedes deben tenerlas.

—Estas son las mismas piedras que encontramos en la cueva de Taima-Taima —comentó asombrado el capitán Irausquín, tomando una de las puntas—.

—Las recibimos con humildad y respeto —dijo el padre Sangróniz, inclinando su cabeza.

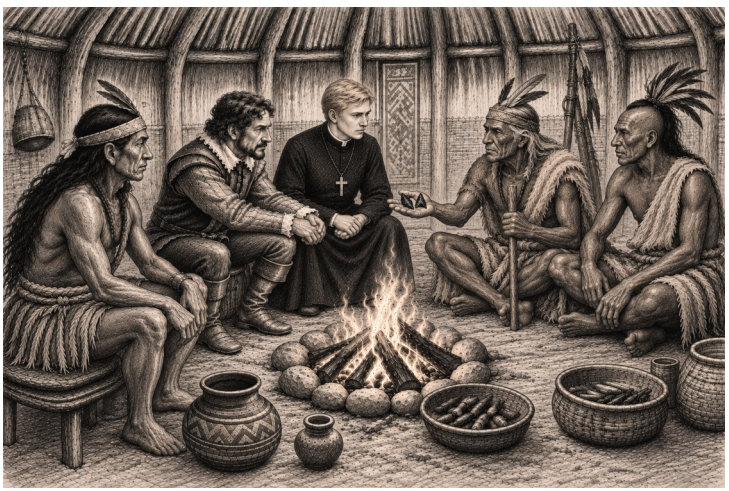
Los Boratios y Baracuyra sonrieron satisfechos, mientras los visitantes miraban las piedras con admiración.

—Las hamacas están dispuestas para su descanso —dijo el boratio Macuarima—. Descansen.

Fue una noche larga para el padre Sangróniz. El encuentro con Yara le dejó mucho en qué pensar. No podía creer que un hijo de los dos venía en camino,

que de ese encuentro tan hermoso e inolvidable vendría un hijo. Yara le dijo que ella lo cuidaría, pero que un día llegaría a su puerta y, sin necesidad de una explicación, él sabría que era su hijo. *"Deberás enseñarle a ser un buen caquetío en este mundo nuevo, de hombres venidos de tierras situadas más allá del mar. Nuestro mundo caquetío está condenado a desaparecer, porque somos gente de palabra, cumplimos lo que prometemos, y eso, aunque te parezca increíble, un día causará nuestro fin. Te acompañaré siempre como te prometí, y caminaré contigo por los médanos cuando llegue tu momento de trascender."*

En su corazón, una mezcla de alegría y temor se agitaba, pero también una profunda paz, como si Yara estuviera a su lado, susurrándole al oído que todo estaría bien.



La traición

El regreso fue rápido, con el viento a favor. La *Santiago* surcaba las olas con agilidad, y la brisa salada acariciaba los rostros de los viajeros. Antes del mediodía, las costas de La Vela se dibujaron en el horizonte, y pronto estuvieron atracando en el muelle. El olor a sal, a madera mojada y a pescado llenaba el aire, mezclado con el bullicio del puerto.

—¡Bienvenidos! —exclamó Esteban Martín, acercándose al muelle con paso firme—. ¿Cómo estuvo el viaje? ¿Lograron encontrar a Baracuyra?

—Gracias, Esteban —respondió el padre Sangróniz, saltando del chinchorro a la arena—. Nos fue bien. Encontramos a Baracuyra, ya sabemos la fecha y a cuántos caquetíos vamos a traer desde Aruba. Ahora más tarde les informo a todos en la casa del padre Talavera. Debemos reunirnos y comenzar a trabajar. —Hizo una pausa, observando el rostro preocupado de Esteban—. ¿Aquí cómo han estado las cosas? ¿Dónde está Aldama?

—Las novedades no son buenas —respondió Esteban, consternado, sus ojos sombríos—. Las armas que preparamos desaparecieron, y con ellas, Aldama. Despertamos esta mañana y se había ido, con las armas y Babieca.



Isidro anda rastreándolo para encontrar las armas y traer de vuelta a Aldama... espero que con vida. Isidro no tenía buena cara. Recogió sus armas en silencio y solo me dijo: *"¡Volveré!"*

El padre Sangróniz sintió que el suelo se movía bajo sus pies. La noticia cayó como un balde de agua fría.

—¿Aldama se llevó las armas y a Babieca? —respondió, asombrado—. No lo puedo creer. ¿Aldama, mi amigo? —Su voz tembló—. Ahora entiendo el mensaje de la princesa Wadirikiri: "*El predilecto del Adversario, que aún no se ha mostrado, se mostrará. Será doloroso descubrirlo.*"

—¿Ya el padre Talavera lo sabe? —preguntó consternado.

—No, aún no —respondió Esteban Martín—. Isidro se fue a seguir a Aldama, y yo me vine para acá a esperarlos. —Miró hacia el muelle—. ¿Y el capitán Irausquín?

—El capitán no va a bajar al muelle todavía —respondió el padre Sangróniz, recuperando la compostura—. Debe organizar algunas reparaciones para la *Santiago*; bajará más tarde. Le enviaré un mensaje con Jacinto. —Tomó aire—. Ahora vamos a la casa del padre Talavera.

Isidro Nava era toda una leyenda viviente. Conocía la provincia de Coro como nadie, y sus habilidades en el manejo del arco eran legendarias. Ya estaba tras la pista de Aldama. Al ir con Babieca cargada con las armas, se retrasaban sus pasos. Encontró sus huellas en el camino a las áridas sabanas de Taratara, marcadas en la tierra polvorienta, y comprendió a dónde se dirigía Aldama: a El Carrizal, a encontrarse con los hermanos de la Colina y Peredo, y con Cristo al revés. Era vital alcanzarlo antes de que llegara allí. El sol calentaba con fuerza, y el sudor resbalaba por su frente mientras aceleraba el paso, su vara marcando el ritmo en la tierra seca.

Cuando llegó al río Muáco, supo que era tarde. Las huellas cruzaban el lecho seco del río, y la arena mostraba las marcas de las pezuñas de Babieca y los

pies de Aldama. Ya había cruzado y ya debía estar con los adláteres del Adversario. Continuó entonces con cuidado, moviéndose entre los cujíes y cardones, y se dirigió al Bosque de Cardones. Desde allí podría acercarse y observar al enemigo.

De pronto, escuchó un fuerte trote de una bestia que se dirigía hacia él. El sonido de los cascos golpeando la tierra seca resonaba en la llanura. Sacó su espada, el acero brillando bajo el sol, y se preparó para pelear. Allí apareció Babieca, quien lo saludó con un rebuzno largo y alegre. La mula se había escapado de sus captores luego de que descargaran las armas, y trataba de regresar a su corral. Dos negros esclavos venían persiguiéndola, sus gritos y maldiciones flotando en el viento. Cuando se encontraron de frente con Isidro, blandiendo su espada, corrieron desesperados de regreso a El Carrizal para avisarle a su amo.

—Babieca, eres sorprendente —susurró Isidro, acariciando su cabeza—. Vámonos a casa. Estos malvados regresarán, y armados. El padre Sangróniz se pondrá feliz de verte.

Entretanto, en la casa del padre Talavera, llegaban el padre Sangróniz y Esteban Martín para reunirse con él y darle las malas nuevas. La pequeña sala olía a cera, a incienso y a madera vieja. El padre Talavera escuchó las novedades, su rostro mostraba preocupación.

—Esto sí es una contrariedad —comentó, molesto—. Esta traición nos ha puesto en desventaja. Tomemos un poco de vino —dijo, acercándose al mueble donde los guardaba—. Solo para tranquilizarnos, aclarar nuestras mentes y ayudarnos a pensar. Tengo uno bueno, portugués.

—Nos quedamos sin armas para enfrentarlos —afirmó Esteban Martín, observando al padre Talavera servir el vino—, a menos que Isidro las encuentre. Ellos ahora lo saben y tomarán ventaja de ese hecho. La pregunta es: ¿qué podemos hacer?

—Tenemos algo más de obsidiana negra —afirmó el padre Sangróniz, tomando su copa—. La trajimos desde Aruba. Las piedras estaban en una cueva donde había pinturas en las rocas iguales a las de Taima-Taima, según me dijo el boratio llamado Aterima. Manuel las traerá pronto.

—¡Hijo mío! —exclamó el padre Talavera, su rostro iluminándose—. Me has devuelto el alma al cuerpo. Brindemos por eso.

—El factor sorpresa ha vuelto a nuestro lado —dijo Esteban Martín, levantando su copa—, y con más fuerza. Creen que nos han dejado sin armas. ¡Qué sorpresa se van a llevar!

En ese momento, la puerta se abrió y entró el capitán Irausquín. Su rostro mostraba una sonrisa cansada, pero satisfecha.

—¡Parece que he llegado justo a tiempo! —exclamó—. Una copa para este marino, por favor.

—¡Bien merecida la tienes, Manuel! —dijo el padre Talavera, sirviendo el vino—. Bienvenido seas, hijo mío. Luego conversaron largo rato sobre lo ocurrido con Aldama y de lo acontecido en la visita a la isla de Aruba.

—¿Dónde están las rocas de obsidiana negra que trajeron de Aruba? Las necesitamos para hacer más armas — pregunto Esteban Martín entusiasmado—

El capitán Irausquín se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó una pequeña bolsa de cuero que contenía dos puntas de flecha.

—Eso es todo lo que tenemos, dos puntas para hacer flechas —respondió lacónicamente el capitán.

—Estamos perdidos —dijo Esteban Martín, llevándose la mano a la frente.



—No, no es así, Esteban —dijo el padre Sangróniz con tono firme y decidido—. Eso es lo que necesitamos para vencer. Dos flechas, una para cada adlátere del Adversario. La princesa Wadirikiri nos dijo: "*Solamente se necesitan dos flechas enviadas por la mano segura de un caquetío, y los mensajeros del Adversario caerán, y los que estaban ciegos volverán a ver la luz.*" El boratio llamado Aterima también nos dijo: *"Aquí están estas puntas de flechas hechas con las piedras negras que nos dejaron nuestros ancestros en la cueva de las pinturas. No necesitarán más. Diao Manaure nos dijo que ustedes deben tenerlas."*

—¿Y quién es el caquetío de la mano segura? —respondió Esteban Martín.

—La mano de la leyenda —respondió el capitán Irausquín con una sonrisa—.

—¡La mano de Isidro Nava!

En ese momento, la puerta se abrió y la figura de Isidro Nava se dibujó a contraluz. La luz del sol y su silueta, erguida y firme, llenó el umbral. Todas las miradas se dirigieron a él.

—Cuando las cosas son ciertas —exclamó Esteban Martín, levantándose de su silla.

—¡Isidro, hombre! —dijo el padre Talavera—. ¡Bienvenido! ¿Qué noticias nos traes? ¿Encontraste las armas? ¿Qué pasó con el traidor de Aldama?



Isidro venía cansado luego de perseguir al traidor. El polvo del camino cubría su ropa y su rostro, y el sudor brillaba en su frente. Se sentó pesadamente en una silla, tomó algo de vino y guardó silencio por unos instantes, saboreando el líquido y sintiendo cómo el calor se extendía por su cuerpo.

—Hay buenas y malas noticias —explicó con voz serena, colocando la copa sobre la mesa—. No logré alcanzar a Aldama. Tienen las armas en la ranchería que armaron en El Carrizal. —Hizo una pausa, y una sonrisa se dibujó en su rostro—. La buena es que su mula Babieca, padre Sangróniz, se les escapó y la encontré por casualidad. La venían persiguiendo dos negros esclavos de los hermanos de la Colina y

Peredo. Al verme con la espada en la mano, corrieron asustados. Ya deben haber avisado a sus amos. Babieca está en el corral de su casa a buen recaudo, padre —dijo, mirando al padre Sangróniz—. Le dejé agua y comida. Esa mula venía con una alegría de regreso a su casa, padre, que ni le cuento.

—¡Brindemos por la intrépida Babieca! —exclamó el padre Sangróniz. —¡Salud! —exclamaron todos.



La respuesta

Antes del amanecer, con las primeras luces del alba, salió Isidro en búsqueda de lo requerido para confeccionar las flechas. El cielo se teñía de tonos rosados y violetas, y el rocío brillaba en las hojas de los árboles. A media mañana ya estaba de regreso. Traía varas de madera rectas y flexibles, cuero para hacer trenzas y plumas de halcón macagua, cuyos colores pardos y negros brillaban bajo el sol. Todo un arte que heredó de sus antepasados. Se sentó detrás de la casa, en un pequeño patio de tierra apisonada, y en silencio comenzó a llevar a cabo su trabajo. El sol calentaba su espalda, y el viento movía su cabello largo mientras sus manos hábiles trabajaban con precisión.



El padre Sangróniz y Esteban Martín lo observaban con una mezcla de curiosidad y respeto. Isidro levantaba cada flecha y miraba con detenimiento la rectitud de la vara, pasando sus dedos por la madera para sentir su textura y su curvatura. Luego comenzó a amarrar cada punta de obsidiana negra a las varas con tiras de cuero, ajustando los nudos con firmeza. Colocó las plumas que le darían estabilidad a la flecha cuando saliera volando en la búsqueda del blanco deseado, alineándolas con precisión para asegurar su vuelo. Finalmente, se levantó, sacudiéndose el polvo de la ropa, y dijo, alzando las flechas hacia el cielo:

—Que estas plumas, regalo del halcón macagua, las hagan volar directo al corazón del mal. Ya estamos listos para la buena batalla.

Se reunieron los tres amigos para admirar la obra realizada. Las flechas eran perfectas, con un equilibrio impecable. Le preguntaban a Isidro sobre cada detalle, y él respondía con paciencia, explicando el propósito de cada elemento.

—Le hice un arreglo especial en la punta de las flechas —explicó Isidro, sosteniendo una de ellas—. Usé una antigua técnica de los caquetíos que permite al enemigo sacar la flecha de la herida, pero la punta se queda adentro.

La conversación fue interrumpida por la llegada del padre Talavera, cuyo rostro mostraba una gran sonrisa.

El aroma a comida recién hecha llegaba desde la puerta de su casa.

—Creo que es menester recompensar el buen trabajo realizado —exclamó, extendiendo su brazo con un elegante ademán en dirección a la puerta—. Ya el almuerzo está listo. Les invito a sentarse a la mesa.

—¡Ya era hora, padre! —dijo Esteban Martín, tomando del brazo a sus amigos para llevarlos en dirección a la casa—. Ese sabroso olor que sale de su cocina me estaba volviendo loco.

Entraron en la casa, y el olor a pescado, a hierbas y a coco llenó la estancia. La mesa estaba servida con platos de barro humeantes.

—Espero disfruten este sancocho de pescado —dijo el padre Talavera, sirviendo los platos—. Luego tenemos chivo al coco, hay arepas peladas para el que guste, y un vino portugués que no está mal, pero...

—¡Nada como los españoles! —respondieron todos en coro, riendo y levantando sus copas.

El almuerzo transcurrió alegre. El sancocho era caliente y sustancioso, con trozos de pescado blanco y tierno, acompañado de yuca y plátano. El chivo al coco era jugoso y aromático, con una salsa cremosa y ligeramente dulce que se deshacía en la boca. Las arepas peladas, calientes y suaves, se deshacían al morderlas. Todos disfrutaron de la excelente cocina del padre Talavera, y el vino fluyó, calentando sus

corazones.

Al final del almuerzo, el padre Talavera limpió sus labios con un paño y adoptó una expresión más seria.

—Quería contarles que, estando en Coro por diligencias de la iglesia —comentó—, fui a visitar a doña Rosalía Aldama y aproveché para preguntarle por su primo, el tal Aldama, que trabajaba para el padre Sangróniz. Su respuesta no me sorprendió. Me dijo que no tiene ningún primo que trabaje para el padre Sangróniz, que ella no sabe quién es él, y que nunca ha enviado nada para el padre con sus esclavos. Es evidente que la mano del Adversario está detrás del engaño del falso Aldama.

Todos quedaron en silencio, procesando la información.

—Es decir —respondió el padre Sangróniz, su voz grave y temblorosa—, que desde antes de mis sueños con Manaure, ya el Adversario sabía de los acontecimientos que venían y puso a tal Aldama en mi camino para estar informado, sabotear mis planes, e incluso podría haberme matado.

—Así parece, padre —respondió Isidro Nava, con voz serena—. Lo bueno es que ya no tiene quien le informe, y como dijo Esteban, el factor sorpresa está de nuestro lado otra vez.

—Ahora debemos preparar el plan de batalla —apuntó Esteban Martín, colocando sus manos en la mesa—.

Aunque la experiencia militar es mi fuerte, e Isidro conoce muy bien el terreno, me temo que no es suficiente. Este enfrentamiento tiene características muy especiales, y los que saben cómo luchar contra el Adversario son los representantes de la iglesia, especialmente usted, padre Talavera. —Hizo una pausa—. Lo primero que debemos hacer es observarlos y entender cuáles son sus debilidades, cuándo son más vulnerables, para así poder elegir el mejor momento de atacar y tener nosotros la ventaja. Isidro y yo haremos esa tarea desde el bosque de cardones.

—Es importante que entendamos que la victoria en esta batalla, si bien es muy relevante, es una primera acción —explicó el padre Talavera, levantando su copa —. El trabajo y la oración deben continuar hasta que el templo esté terminado y El Carrizal sea liberado de la influencia del Adversario. Recordemos que estos ángeles caídos fueron creados también por Dios. Eran buenos por naturaleza, pero se volvieron malos por sí mismos al creer en las mentiras del Adversario.

—Dios, en su infinito amor por todos nosotros, nos ofrece también el perdón de los pecados —dijo el padre Sangróniz—, si hay verdadero arrepentimiento y obediencia incondicional a Dios nuestro Señor. Por lo que debemos dar oportunidad al que se arrepiente y vuelve al rebaño del Señor.

—Llegado el momento —continuó el padre Talavera,

con voz firme—, el padre Sangróniz y yo los enfrentaremos siguiendo el *Rituale Romanum* del año 1614, *De Exorcismis et Supplicationibus Quibusdam*, que quiere decir "De los Exorcismos y Ciertas Súplicas". Nuestro obispo me ha concedido licencia para llevar adelante esta delicada y caritativa tarea, la cual debe ser ejercida con humildad y confianza. La oración, el crucifijo y el agua bendita serán nuestras armas, como ya les dije tiempo atrás. Invocaremos a Dios creador y defensor del género humano, y luego entraremos con oraciones imperativas que estarán a mi cargo. Las letanías a los santos, el rezo de los salmos, la proclamación del Evangelio, la recitación del Símbolo de la fe y el Padrenuestro estarán a cargo del padre Sangróniz.

Tomó un trago de vino y continuó, dirigiéndose a Isidro:

—Isidro, solo usarás las flechas si nuestras vidas están en peligro y hay un ataque inminente. Repito lo dicho por el padre Sangróniz: al arrepentido hay que ofrecerle misericordia y consuelo.

Entretanto, en El Carrizal se desarrollaba una frenética actividad. El sol calentaba con fuerza, y el polvo se levantaba en nubes mientras los esclavos trabajaban bajo la mirada de Felícito y el traidor sin nombre, antes llamado Aldama. Azotaban sin misericordia a los esclavos de los hermanos de la Colina y Peredo para que terminaran la fosa para los sacrificios que tenían planeados. El sonido de los

látigos cortando el aire y el golpe contra la piel desnuda resonaba en la llanura, mezclado con los gemidos y el llanto de los esclavos.

—Ya pronto culminaremos la fosa y el altar —dijo Felícito, dirigiendo su mirada al traidor sin nombre. Sus ojos brillaban con una luz maligna, y el sudor resbalaba por su frente.

—Así es, mi fiel seguidor —afirmó el traidor sin nombre, su voz era fría y calculadora—. Pero debemos dejar de usar viejos esclavos para estas ceremonias. Debemos usar niñas. Ellas, con su vigor e inocencia, nos darán respuestas más claras que nos permitirán convencer a los hermanos de entregarse a nuestra causa, y así someteremos a nuestro control estas tierras. Nunca vendrán los caquetíos a construir nada, y será el fin de estos curitas entrometidos y sus amigos. —Hizo una pausa, y una sonrisa sádica se dibujó en su rostro—. Una vez concluida la fosa, llevaremos a los esclavos a Coro. Tú, Felícito, robarás una niña y la traerás para realizar el sacrificio. Yo buscaré y traeré a los hermanos de la Colina y Peredo. Así cerraremos el ciclo y nuestro reino avanzará.


La Buena Batalla
N
O
E
S
Mar del Norte
Taima-Taima
Piedra de Martín
Bosque de Cardones
Río Muaco
La Vela
a Coro
Guardia del puente a Coro
Camino a El Carrizal
El Carrizal
Rio Coro
Escala Gráfica
0 2 4 6 8 10 km

La buena batalla

Tal como fue acordado, una vez que se alejaron lo suficiente, se acercaron con cuidado al sitio donde estuvieron trabajando los esclavos. Encontraron una fosa cubierta con mosaicos con símbolos demoníacos, cajas canópicas y varios filosos cuchillos ceremoniales alineados en el borde de la fosa, seguramente para ser usados durante el sacrificio. También observaron dos gruesos troncos de árbol clavados al piso cerca de la fosa para amarrar a las víctimas del sacrificio. Varias pilas de leña estaban dispuestas alrededor de la fosa para iluminar el sitio en la noche. Veían con horror e impotencia los maltratos a los que sometían a los esclavos este par de siniestros personajes.

Al segundo día de observación, notaron que hacían preparativos para llevarse a los esclavos a Coro. Se acercaba el momento de la buena batalla. Vieron partir a Cristo al revés y al traidor sin nombre con los esclavos rumbo a Coro.

Una vez que se alejaron lo suficiente, se acercaron con cuidado al sitio donde estuvieron trabajando los esclavos. Encontraron una fosa cubierta con mosaicos con símbolos demoníacos, cajas canópicas y varios filosos cuchillos ceremoniales alineados en el borde de la fosa, seguramente para ser usados durante el sacrificio. También observaron dos gruesos troncos de

árbol clavados al piso cerca de la fosa para amarrar a las víctimas del sacrificio. Varias pilas de leña estaban dispuestas alrededor de la fosa para iluminar el sitio en la noche.



— Qué ambiente tan pesado se siente aquí —comento Estaban Martín— nunca había visto algo como esto. Debemos regresar a informar a nuestros compañeros. ¿Qué piensas Isidro? No has dicho una palabra…

—Esta gente se fue a Coro a llevar a los esclavos y a traer a la persona que van a sacrificar, por eso dejaron todo dispuesto. —comentó Isidro—. Ellos pasarán la noche en Coro, buscarán a su víctima y regresarán mañana junto con don Juan de la Colina y Peredo. El otro hermano no creo que venga, espero no

equivocarme, porque solo tengo dos flechas con punta de piedras negras. Mañana en la tarde estarán por aquí, así que mañana en la noche será la buena batalla. Regresamos a La Vela.

Entretanto, en una casa en Coro, Gumersinda, una niña de diez años, hija de pardos libres, no quería salir a comprar el casabe que le pidió su madre.

—Mamá se está poniendo oscuro, no quiero ir —dijo Gumersinda entre sollozos.

—La casa de don José Félix está al cruzar la esquina, ni que tuvieras que ir a Churuguara. ¡Hágame el favor! Busque lo que le pedí —gritó la madre—. Si no, te voy a dar con esta vara…

Gumersinda salió corriendo a cumplir lo solicitado. Al cruzar la esquina estaba Cristo al Revés esperando. La tomó de un brazo, la levantó y con la otra mano tapo la boca de Gumersinda, quien se quedó paralizada del miedo. La amordazó y la amarró.

— Si gritas te cortare la lengua, así que calladita —Le dijo Felícito al oído antes de meterla al saco.

Las lágrimas inundaron el rostro de Gumersinda. Pasado un rato, la madre salió a casa de don José Félix a buscar a Gumersinda, con la vara en la mano.

— Ya me va a oír esa niña, le voy a dar con esta vara para que aprenda —dijo la madre molesta.

Al hablar con don José Félix y comprobar que su hija

nunca llegó, salió desesperada a la calle y en medio del silencio de la noche, un grito desgarrador estremeció al vecindario.

—¡Gumersinda! —gritó desesperada la madre.

Los vecinos salieron a ver qué pasaba y se encontraron a una madre desconsolada, sostenida a duras penas por don José Félix.

— Se robaron a Gumersinda —gritó don José Félix—

¡Vamos a buscarla, no debe estar lejos!

Fueron inútiles todos los esfuerzos de los vecinos por encontrar a Gumersinda, nadie vio nada. Solamente un vecino comentó que vio a un jinete pasar con una mula cargada con sacos, pero que no llevaba ninguna niña. Esa noche en la casa de Gumersinda nadie durmió por el dolor y el pesar de la madre por haberla obligado a salir a comprar el casabe.

La puerta de la casa de don Juan de la Colina y Peredo retumbó con los fuertes golpes de alguien llamando a su puerta. Pedro, uno de los esclavos de don Juan, acudió y abrió la puerta. Casi se le salen los ojos de las órbitas al ver la figura siniestra que estaba golpeando la puerta. El otrora bonachón, Aldama, se había transformado en una ser que infundía miedo, su mirada era penetrante y sus ojeras oscuras.

¿A quién anuncio? —preguntó Pedro con voz temblorosa—

—Dile a don Juan que Samael está aquí. —respondió la figura siniestra.

Pedro se quedó inmóvil mirando al ser tan funesto que tenía enfrente.

Muévete, negro, ¿qué miras? —gritó Samael al esclavo Pedro—.



—Sí, sí... don Samael, ya voy —contestó Pedro mientras corría a la habitación de don Juan.

—Amo don Juan, allí está un señor llamado don Samael buscándolo.

— Ya voy, hazlo pasar a la sala —respondió don Juan.

Al llegar a la sala, don Juan se detuvo un instante a mirar a Samael y exclamó: —¿Qué pasó con el bonachón de Aldama? Menudo cambio, Samael, menudo cambio.

—Valió la pena el esfuerzo, don Juan, ya no podrán con nosotros —respondió Samael—. Gracias al falso Aldama conocemos sus planes y logramos quitarles las armas que ya una vez nos hicieron tanto daño en el pasado. Vine para avisarle que todo está listo; mañana en la noche haremos el sacrificio culminante y ya nadie podrá detenernos.

— ¡Qué buena noticia Samael! Mañana partimos a primera hora, voy a dar órdenes a mis esclavos para que preparen todo. Nos encontraremos en el camino hacia La Vela, justo antes de llegar al puente sobre el río Coro.

— Y tu hermano, ¿va a venir? —preguntó Samael—

—No —respondió don Juan—, la guarnición está movilizada para encontrar a la hija de un cabo mayor del regimiento que desapareció y él está comandando la búsqueda; debe quedarse.

—Eso no me gusta —respondió Samael—. Debe detener esa búsqueda; Felícito tiene a esa niña. Ella será sacrificada en nuestra ceremonia mañana en la noche.

—No puedo detener la búsqueda, Samael —respondió don Juan—. Eso levantaría sospechas y no nos

conviene. Lo que haré es decirle a mi hermano que ellos se dediquen a buscar solamente en los caminos a Churuguara, Dabajuro y Paraguaná y que yo personalmente me encargaré del camino a La Vela. Así quedará despejado para Felícito y para nosotros el camino hacia El Carrizal.

—Bien pensado, don Juan —respondió Samael.

—Pedro, ven aquí —gritó don Juan—. Busca al ordenanza de guardia y dile que venga inmediatamente. —Luego se dirigió a Samael—. Yo me encargo, puedes irte tranquilo. Pero antes de que te retires, tengo una pregunta, ¿por qué una niña?

— Porque son muy importantes y siempre las usamos para dominar a quienes nos interesa y para saber el futuro. Es el caso de los helechos, su creador no les dotó de flores, entonces se rebelaron contra él y se apropiaron de una niña en cada generación de la familia Irausquín, sus flores, así las llaman los helechos. — respondió sonreído Samael.

—¿Estás hablando de la familia del capitán Irausquín?, ¿el que trabajó para la Guipuzcoana? ¿El dueño de la "Santiago" y de la "San Fernando"? — preguntó asombrado don Juan. Sí, por eso su abuela lo envió para la provincia de Coro. —Por el calor y la aridez, aquí no crecen los helechos y, por tanto, no se pueden llevar a sus hijas —respondió Samael—. Pero eso pronto terminará; mañana en la noche cambiará todo.

—Entonces llegó la hora —comentó Esteban Martín—, rompiendo el incómodo silencio que guardaron todos al enterarse de lo acontecido en El Carrizal y por lo que está por ocurrir.

—Ya estamos claros en la forma en que el rito de Exorcismo se realizará. Ese es el punto clave de esta batalla y al que debemos proteger a toda costa, solo así podremos salvar a la víctima —continuó explicando Esteban Martín – Ya Isidro determinó la mejor posición para disparar las flechas y estará allí oculto.

Los padres avanzarán de manera frontal hacia los adláteres del Adversario. Yo con el capitán Irausquín seremos el foco de distracción, la diversión en términos militares, nos ubicaremos en el flanco derecho, lo que hará que descuiden el flanco izquierdo, que es desde donde atacara Isidro con las flechas. Nos ubicaremos en el bosque de cardones, desde allí vigilaremos y esperaremos la hora propicia para avanzar según lo acordado.

—Tenemos solo dos flechas con punta de obsidiana negra —explicó Isidro— y ellos son tres. Creo que nuestra prioridad para usar las flechas son Cristo al Revés y el falso Aldama; ellos son los más peligrosos. ¿Qué opinan?

—Estoy de acuerdo —dijo el padre Talavera—, don Juan de la Colina y Peredo es un alma extraviada que puede ser rescatada. Lo conozco desde que nació; a él

y a su hermano Pedro los bauticé en la iglesia de Santa Ana de Coro. Por eso estoy de acuerdo con Isidro.

—Sabemos todos al peligro que nos enfrentamos y nuestras vidas están en riesgo; tanto el padre Talavera como yo daremos una misa mañana y antes de la misa estaremos esperando a los que quieran confesarse y comulgar durante la misa —dijo el padre Sangróniz—

Tal como acordaron los adláteres del Adversario, se encontraron en el camino a La Vela, antes del puente sobre el río Coro. Allí seis soldados resguardaban por turnos el puente. Por allí habían llegado los piratas que saquearon Coro en varias oportunidades, por eso estaba esa guarnición destaca allí.

—Buenas tardes, mi sargento mayor —saludó el cabo de guardia—.

— Buenas tardes, cabo, descanse, ¿alguna novedad que reportar? —preguntó el sargento mayor don Juan de la Colina y Peredo—.

—Ninguna, mi Sargento Mayor —respondió el cabo—.

—Oído, cabo —dijo el sargento mayor don Juan de la Colina y Peredo—. Si pasan por aquí los curas Sangróniz o Talavera, los señores Esteban Martín, Isidro Nava, o el capitán Irausquín me los detienen y los remiten a Coro con escolta; están bajo investigación de la Real Hacienda por contrabando, ¿entendido?

—¡Entendido, mi sargento mayor!

—respondió el cabo de guardia.

—Esta persona viene conmigo, vamos a La Vela. —dijo el Sargento Mayor señalando a Felícito.

—Muy buena la orden para detener a los enemigos —comentó Samael una vez que se alejaron del puesto de guardias—. Hay que usar todo nuestro poder para acabar con ellos. Todo va muy bien, muy bien, ya siento el aroma de la victoria. Esta noche verá a su hija y a su esposa, don Juan, ¡las verá! —gritó Samael y una mueca satánica se dibujaba en su rostro mientras cruzaba una mirada cómplice con Felícito, su fiel Cristo Al Revés.

Entretanto, en la iglesia de La Vela, ya había concluido la misa; todos se confesaron y comulgaron. Las flechas con puntas de obsidiana negra fueron bendecidas e impregnadas con agua bendita.

— Debemos prepararnos para irnos al bosque de cardones a esperar – Dijo Estaban Martín.

—Vamos a mi casa entonces, voy a terminar de cargar a Babieca con lo necesario y partimos —respondió el padre Sangróniz.

Una vez en la casa del padre Sangróniz, cada uno preparo sus armas. Los padres, sus hábitos, biblias, agua bendita e incienso. Esteban Martín y el capitán Irausquín cargaban espadas, cuchillos, pistolas y arcabuces. Isidro Nava acariciaba en silencio su arco y

revisaba cada detalle, cada amarre, la tensión de la cuerda e igual con cada flecha; ya su espada estaba afilada y pulida. Babieca llevaba agua, comida y otros enseres necesarios para pasar la noche en descampado.



—Ya va a llegar la noche, preparemos todo. Felícito trae a la niña. Amarradla al palo. —Ordenó Samael—, don Juan, encienda las fogatas, necesitaremos alumbrarnos para la ceremonia.

Felícito sacó a Gumersinda del saco. La niña ya no podía sostenerse en pie, el viaje dentro del saco, la falta de alimento y agua la afectaron mucho.

Don Juan sintió en el corazón un lejano sentimiento de piedad. Se arrodilló y le dio agua y alimentos a la niña.

—Me recuerdas a mi hija, ¿cómo te llamas?

—Gumersinda es mi nombre —respondió la niña y comenzó a llorar de nuevo. don Juan se levantó y la contempló por unos segundos. Al notar este momento de debilidad rápidamente se acercó Felícito y le preguntó:

—¿Tiene lo necesario para encender el fuego, don Juan?, ya llega la noche.

— Sí —respondió don Juan— ya me encargo.

Entretanto, Samael se preparaba, cambiando su atuendo, por una toga roja, que brillaba a la luz del fuego. Una vez encendidas todas las piras de madera, Samael llamó a don Juan.

—Venga don Juan, ya llega lo que tanto ha esperado,

¡Arrodíllate ante mí! —exclamó Samael.

Don juan se acercó seguido por Felícito y se arrodilló ante Samael. Acto seguido, Felícito descargó un terrible golpe en la cabeza de don Juan, dejándolo inconsciente en el suelo.

—Amarra a este pobre iluso al otro poste; con el completaremos los sacrificios necesarios para esta noche en la que comenzaremos a dominar estas

tierras y a sus habitantes.

Comencemos la ceremonia, Felícito —ordenó Samael.



Ya Lucifer está asomándose en el horizonte; su luz opaca a la del resto de las estrellas, como debe ser. Pronto elevaré mi trono por encima de las estrellas de Dios; escalaré las cimas de las nubes y seré superior al mal llamado Altísimo. ¡Yo seré el Altísimo!

En el bosque de cardones, ya los pájaros cesaban sus cantos; llegaba la noche. Los animales e insectos nocturnos comenzaron a emerger y otros ruidos comenzaron a multiplicarse en el bosque. Los padres Talavera y Sangróniz, mantienen un tenso silencio mientras observan; ya están listos para avanzar y enfrentarse al traidor Aldama y a Felícito, solamente

esperan el momento indicado. Entonces Isidro Nava toma su arco, las flechas y comienza a caminar sigiloso para tomar su posición.

El capitán Irausquín lo detiene y le dice: —Caquetío, apunta bien y mira al diablo a los ojos.

Isidro lo ve, sonríe y le responde: —Así será—.

Todos esperaron a que Isidro tome posición, para moverse. Isidro da la señal y luego de persignarse, el padre Talavera, con crucifijo en mano, comienza por invocar a Dios, luego comienza a rezar las oraciones imperativas y el padre Sangróniz con botellas de agua bendita en sus manos, inicia con el padrenuestro, luego de persignarse. Esteban Martín y el capitán Irausquín se mueven al flanco derecho, como fue acordado.

Samael y Felícito comienzan a escuchar a lo lejos a los padres Talavera y Sangróniz. Voltean y miran asombrados hacia donde vienen los rezos y letanías.

— ¡Esto ilusos!, creen que van a poder con nosotros — grita Samael lleno de ira— Ya no tienen sus piedritas negras, se las robamos —Exclama en tono burlón— mientras ríe a carcajadas. Felícito entretanto, empuña sus armas y se apresta a atacar a los padres.

—Espera, mi fiel perro guardián. Quiero que estén más cerca, quiero ver sus rostros cuando mueran y ver cuando sus almas atormentadas abandonen sus cuerpos inmundos. — ordenó Samael a Felícito.

Los padres siguen avanzando en medio de la noche, se acercan, sus cuerpos y rostros se iluminan claramente con el resplandor del fuego de las piras ubicadas alrededor del foso de sacrificio.

—A ellos Felícito!, ¡mata a esos infelices! —grita Samael y comienza a reír.

Al ver el movimiento de Felícito, Esteban Martín y el capitán Irausquín aparecen espada en mano. Felícito se desconcierta por un momento y duda, lo que aprovecha Esteban Martín para atacarlo y se traban ambos en feroz lucha. Esteban, en un movimiento ágil y rápido, hunde su espada profundamente en el vientre de Felícito y ve con asombro cómo este no acusa los estragos de tan profunda herida. Ante este insólito hecho, Esteban retrocede; Felícito se abalanza sobre él y lo derriba. Entonces Felícito levanta su espada para acabar con Esteban Martín, pero el golpe es detenido por la espada del capitán Irausquín con quien se enfrasca en un fuerte combate.

Ya los padres están a metros del traidor Aldama, quien comienza a mostrarse en su verdadera forma, es Lucifer, el Diablo.

—¡Es él en persona! —grita el padre Talavera al padre Sangróniz—. ¡Es el Adversario!

El capitán Irausquín cae herido por la espada de Felícito, quien le da un corte en su brazo derecho y este se dispone a rematarlo. Entonces una flecha cruza sobre las piras en dirección a Felícito; este

vuelve la mirada y ve con horror lo inevitable: la flecha bendita con punta de obsidiana negra se clava en su pecho.

Mira incrédulo cómo brota una sustancia negra y apestosa de su pecho. Felícito suelta su espada y coloca sus manos en la flecha para sacarla de su cuerpo; con gran esfuerzo logra sacar la flecha, pero la punta de obsidiana negra queda atascada dentro de su pecho.



Felícito cae arrodillado al piso y comienza a dar alaridos por el dolor que le produce la obsidiana negra

que tiene adentro. Es el fin, cae de bruces al suelo y su cuerpo comienza a quemarse desde adentro.

Samael, mira con temor lo ocurrido y no lo puede creer; decide entonces atacar a los padres. Samael se abalanza sobre ellos y los derriba. El padre Talavera desde el suelo continúa con sus oraciones y muestra el crucifijo al Adversario. El padre Sangróniz le arroja agua bendita al adversario, lo que le produce un fuerte dolor.

Este los mira y decide ir a matar al padre Talavera, de un manotazo le arranca el crucifijo y le dice mirándolo a los ojos.

—¿Crees que esta cruz de madera te va a salvar de mi poder? Soy yo, ¡Lucifer!. Después de Dios no había nadie más poderoso que yo; ahora es mi momento. Abriré la puerta para Anteo y entonces el guardián del noveno círculo del infierno será traído por medio de su madre, la tierra, a mi presencia. Juntos liberaremos a los gigantes y seré su amo, dominaré a la tierra y entonces yo seré el Altísimo.

Samael levantó su mano transformada en garra para terminar al padre Talavera, pero el padre Sangróniz se levantó y lo roció en su espalda con las dos botellas de agua bendita.

Adolorido, Samael se volteó hacia el padre Sangróniz y le dice —¿Por qué tratas así a tu fiel sirviente Aldama?— En ese instante su cara cambió y mostró la del bonachón Aldama, y comenzó a reír en tono burlón.

—¡Eres un imbécil! No mereces ser sacerdote, vas a



tener un hijo con Yara, lo sé, yo sé todo. Pero tranquilo, vas a morir ahora y yo me encargaré de tu hijo. Él ocupará el puesto de Felícito; será mi perro guardián. Siento la ira saliendo de tu pecho.

El padre Sangróniz se quedó inmóvil, desconcertado, mirando fijamente al Adversario.

Eso es lo que me hace grande y poderoso, el odio, la mentira, el pecado. ¡Te veo en el infierno, padre Sangróniz!.

Los ojos de Isidro se cerraron, sintió los latidos de su corazón,súbitamente levanto su arco tensado con la flecha en posición de disparo. Abrió sus ojos y su mirada y la del Adversario se cruzaron. Abrió sus

dedos y la cuerda de su arco empujó con fuerza la flecha hacia el corazón del Adversario.

Todos miraron cómo la flecha se hundió en el pecho del Adversario y cómo se desplomaba pesadamente al suelo; un gesto de desconcierto se notaba en su rostro. El Adversario gritó sus últimas palabras:

—¿Creen que esto es mi fin? ¡Pues no!, nunca me he ido, nunca me iré, vivo en el corazón de los hombres de poca fe y de los que creen que no existo.



El padre Talavera se levantó, se acercó al Adversario y le ordenó: —Retírate, Satanás, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; retírate por la fe

y la oración de la Iglesia; retírate por la señal de la cruz. El cuerpo del traidor Aldama, Samael, el Adversario o Lucifer se volvió polvo.

Isidro llegó a donde se escenificó la batalla para ayudar al capitán Irausquín que estaba herido.

—No es grave —dijo Isidro—, es una herida superficial.

Buscaré agua para lavarla, le daré unas puntadas y la vendaré. Tenemos al capitán Irausquín para rato.

—¿Cómo estás, Esteban?—preguntó el padre Talavera.

—Bien, el orgullo un poco maltrecho; me desconcertó el hecho de haberle dado tan buena estocada al Cristo al revés y que no le pasara nada. Allí me tumbó y casi no la cuento; gracias al capitán Irausquín aún estoy vivo. Ahora vamos a ocuparnos de la niña y del pobre don Juan; debe tener un dolor de cabeza que ni les cuento —agregó Esteban—.

—Padre Sangróniz, no has dicho una palabra. ¿Está usted bien? —preguntó el padre Talavera—.

—No estoy bien, padre, esas palabras que me dijo el Adversario aún están dando vueltas en mi cabeza —respondió el padre Sangróniz.

—Luego hablamos de eso, muchacho, tengo mucho que decirte al respecto —explicó el padre Talavera—. Ahora vamos a ocuparnos de la niña y de don Juan.

Esto no ha terminado, es solo una batalla en esta guerra; aún queda mucho por hacer.

Isidro se quedó con el capitán Irausquín mientras el resto se dedicó a liberar y atender a la niña.

—¿Cómo te llamas, criatura? —preguntó Esteban Martín—.

—Gumersinda me llamo —respondió la niña—. Mi mamá me va a castigar por no haber comprado el casabe donde don José Félix y además perdí el peso que me dio.

— No te preocupes Gumersinda, tu mamá estará feliz de verte y no creo que te castigue, por el peso no te preocupes, yo te daré uno para que no tengas problemas.

—Gracias, don… don, ¿cómo se llama usted?

—Esteban Martín, para servirle — respondió Esteban con una sonrisa—

—Gracias, don Esteban, es usted muy bueno, ¿el oficial está difunto? —preguntó Gumersinda señalando al sargento mayor don Juan de la Colina y Peredo.

—No está muerto, pero va a desear estar muerto por

el dolor de cabeza que va a tener, por el golpe que le dieron. —respondió Esteban y ambos sonrieron.

—Mi papá trabaja para él, mi papá es cabo mayor del ejército de su majestad.

—Seguramente te está buscando Gumersinda, pronto lo vas a ver —dijo Esteban Martín en tono tranquilizador.

El padre Talavera se ocupaba del sargento mayor don Juan de la Colina y Peredo, quien continuaba inconsciente. El padre lavó su herida y le colocó un vendaje.

—Lo voy a dejar atado de pies y manos; no sé cómo va a reaccionar cuando despierte —comentó el padre Talavera a Esteban Martín—. Es mejor prevenir.

—¿Qué hacemos con todo esto, la fosa, los cuchillos?

—preguntó Esteban Martín.

— Debemos enterrar todo esto, no debe quedar rastro. Luego rociaremos el descampado con agua bendita y colocaremos una cruz, pero eso lo haremos luego, por ahora esperemos a que despierte don Juan —Contestó el padre Talavera.

Pasaron algunas horas, llegaba el amanecer y don Juan no despertaba de los efectos del golpe recibido. Decidieron entonces llevarlo a La Vela, a la casa del padre Sangróniz para atenderlo mejor. El camino a La Vela fue complicado, llevar al capitán Irausquín herido, a don Juan inconsciente y a una niña no fue tarea fácil, pero al fin llegaron.

—Ven, Gumersinda, siéntate aquí, te voy a dar agua para que te refresques. Esta caminata ha sido larga y para después tengo algo que sé que te va a gustar: dabudeque con miel. —dijo el padre Sangróniz mientras le daba una tapara con agua fresca del tinajero.

— Dabudeque es mi favorito padre, mi mamá me lo da con guarapo en las tardes —respondió Gumersinda.

— Ya acomodamos a don juan en su cama padre, le colocamos unas telas húmedas en la frente para refrescarlo, pero aún no despierta —comento Isidro Navas— Fue un golpe muy fuerte el que le dio Cristo al revés, espero que sobreviva. Ahora tenemos que avisar a la familia de Gumersinda que ella está bien y e informar al capitán don Pedro sobre la situación en que se encuentra su hermano.

—Yo voy a Coro, yo los conozco desde pequeños y creo que soy la persona más indicada para contarle a Pedro lo que sucedió. Si se lo cuenta otra persona, no lo va a creer. Si salgo ahora, llegaré antes de la noche a Coro —dijo el padre Talavera.

Entretanto, el capitán Irausquín llegaba a La Vela acompañado por Esteban Martín. Llegaron a la casa donde el capitán Irausquín almacenaba la mercancía y los aparejos necesarios para reparar a la Santiago y a la San Fernando. Los recibió su esclavo Jacinto, quien al verlo herido corrió para asistirlo y llevarlos a su habitación.

—Gracias, Jacinto, agradezco mucho tu ayuda.. Tráenos agua, por favor; el viaje en estas condiciones ha sido agotador.

—Si amo, ya les traigo agua, ¿quieren que les mande a preparar comida?



Mi mujer Sebastiana la puede preparar en un santiamén; ya sabe lo sabroso que ella cocina —dijo Jacinto.

—Claro, Jacinto, dile a Sebastiana que nos prepare de comer; demos la oportunidad a don Esteban Martín de conocer la sazón de Sebastiana. —Jacinto, por favor, también trae algo de algún licor blanco y tela

limpia para cambiar los vendajes de la herida del capitán. — Dijo Esteban Martín.

— Enseguida don Martín— respondió Jacinto.

Esteban Martín se ocupó de remover los vendajes, limpiar la herida y colocar vendajes limpios.

—Gracias, Esteban, me siento mejor ahora. Tienes muy buenas habilidades para curar heridas —dijo el capitán Irausquín—.

—Sí, lo aprendí sirviendo en el ejército del rey — respondió Esteban Martín—. Después de la muerte de Juan de Ampués, mi abuelo regresó a España con su mujer, una india taína, y con su hijo. Era una mujer muy hermosa y solitaria; Maorocoti era su nombre, nunca se adaptó a vivir en la sociedad de Zaragoza. La veían como una cosa rara; cuando salía, la miraban con curiosidad y muy pocos le hablaban.

Mi padre se casó y luego mi madre murió en el parto, así que mi abuela se encargó de mi crianza; mi padre regresó a las Indias para nunca más volver, murió combatiendo al cacique que llamaban Enriquillo en Quisqueya.

Mi abuela me contaba historias de los taínos, cómo eran sus costumbres, sus creencias, sus dioses, y me enseñó su idioma, que por cierto es muy parecido al caquetío. La quise mucho y también sufrí con ella el desprecio de nuestros vecinos. Por eso, siendo muy joven, me uní al ejército de su majestad; allí no

importaba de quién eras hijo, si tenías sangre india; en el combate todos éramos hermanos, todos sangrábamos y moríamos iguales. Allí aprendí mucho y vi muchas cosas que quiero olvidar. Un día me ofrecieron la oportunidad de venir a las Indias; algo en mi corazón me dijo que me fuera, que allí encontraría mi lugar, y así fue como terminé en Coro. Con lo ocurrido ayer, ahora comprendo por qué tenía que venir. Es como el cierre de un círculo de vida, regresar a donde todo comenzó. Perdone, capitán, creo que fue una respuesta muy larga para una pregunta sencilla.

—Está bien, te entiendo Esteban, tú conoces la historia de mi familia– respondió el capitán Irausquín.

—Baracuyra la contó en Aruba, tú estabas allí. Es bueno saber que todos estamos aquí por una razón, eso me da fuerzas para seguir en nuestra lucha.

Entretanto, el padre Talavera en su camino hacia Coro se encontró a los soldados encargados de cuidar el puente, quienes lo detuvieron siguiendo las órdenes dadas por el sargento mayor de la Colina y Peredo el día anterior. Se disponían a llevarlo preso a Coro cuando llego a caballo el capitán don Juan de la Colina y Peredo y su escolta.

—Cabo, ¿qué pasa? ¿Por qué tiene amarrado al padre al padre Talavera?

Suéltelo inmediatamente —ordenó el capitán de la Colina y Peredo.

—Mi capitán, disculpe, pero seguíamos las órdenes que nos dio ayer el sargento mayor. Nos dijo que este cura y otras personas más eran contrabandistas y debíamos detenerlos y enviarlos a Coro como prisioneros. —respondió el cabo.



—¡Pero qué locura es esta! Le pido disculpas, padre Talavera, por esta situación; no entiendo que le pasa a mi hermano Juan —dijo el capitán don Pedro de la Colina y Peredo—.

Pedro, tenemos que hablar a solas, por favor; lo que

ha ocurrido con tu hermano Juan es muy grave. —dijo el padre Talavera colocando su mano en el hombro del capitán. Caminaron a la sombra de un inmenso cují y allí conversaron por un buen rato; el padre Talavera le contó con detalles todo lo sucedido.

—Y ¿dónde está Juan padre? —Preguntó angustiado su hermano Pedro.

—Está en la casa del padre Sangróniz, lo dejé acostado en la cama del padre, aún no había recuperado la conciencia cuando salí rumbo a Coro. La niña también está en casa del padre, Gumersinda se llama, es una niña encantadora.

—Gracias a Dios, que tienen a la niña, los padres están desconsolados por su desaparición. Voy a dar órdenes para que le avisen al cabo mayor Lugo, que encontramos a su hija. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho, padre, y le pido disculpas a nombre de mi hermano. Ahora vamos a verlo, venga conmigo, vamos a La Vela. —respondió el capitán de la Colina y Peredo.

La llegada de gente a caballo interrumpió el descanso de Isidro, del padre Sangróniz y Gumersinda. Era el padre Talavera acompañado por el capitán de la Colina y Peredo y su escolta.

— ¡Buenas tardes! padre Sangróniz, y me imagino que usted es Isidro Nava – dijo el capitán de la Colina y Peredo mientras estrechaba su mano – Ya el padre Talavera me contó lo sucedido, quiero agradecerles a

todos por su valentía al enfrentar esta situación. Ahora quisiera ver a mi hermano.

Por aquí capitán, vamos a mi cuarto —Dijo el padre Sangróniz — Le advierto que aún está inconsciente, el golpe que le dio el tal Cristo al Revés fue muy fuerte y está atado de pies y manos. No sabemos cómo va a reaccionar cuando despierte.

—Sí, lo sé, entiendo la situación, el padre Talavera me lo advirtió —respondió el capitán.

Luego de un rato en la habitación del padre Sangróniz, regresó el capitán de la Colina y Peredo.

—Voy a regresar a Coro, mañana enviaré una carreta y al cirujano del regimiento para que le examine. Si él lo autoriza, lo trasladarán a su casa en Coro —explicó el capitán de la Colina y Peredo—. Me llevaré a la hija del cabo Lugo y la entregaré en su casa. Envié a dos de mis soldados a informarles antes de venir para acá. Finalmente, quisiera solicitarles la mayor discreción sobre lo ocurrido; cuando despierte mi hermano, conversaré con él. —Con estas palabras se despidió el capitán de la Colina y Peredo.

—Nos turnaremos para vigilarlo no podemos dejarlo sin vigilancia —explico el padre Talavera— Mañana, una vez que se lo lleven a Coro debemos ir al Carrizal a destruir la fosa y el altar que construyo el Adversario. Luego haremos una misa y bendeciremos el lugar.

La puerta del infierno

—Tengo varias preguntas rondando en mi cabeza desde que terminó todo esto, padre Talavera —dijo Isidro Nava, inclinándose hacia delante, sus ojos oscuros fijos en el sacerdote—. ¿Qué pretendía hacer el Adversario? ¿Cómo lograría ser el Altísimo?

—Ya te lo explico, Isidro —respondió el padre Talavera con una sonrisa pícara, levantándose de su silla—. Déjame buscar un vino para aclarar mi garganta y para afinar tu entendimiento.

Se dirigió al mueble donde guardaba las botellas, y el tintineo del vidrio contra el barro resonó en la pequeña sala. Sirvió el vino en copas de barro, y el aroma a uvas maduras y a roble llenó el aire. Tomó un sorbo, lo saboreó y comenzó a hablar.

—El infierno tiene nueve círculos —continuó el padre Talavera, su voz grave y solemne—. El noveno círculo está separado del resto de los círculos del infierno por un pozo. Allí están los gigantes castigados por rebelarse contra la divinidad. Ellos son, al mismo tiempo, los guardianes de la entrada al noveno círculo y son también los castigados en ese pozo. Solo el gigante Anteo está en parte más libre, dado que no participó en la guerra de los gigantes contra la divinidad. Anteo es hijo de la madre tierra; ella le provee su energía. Lo que pretendía el Adversario era

abrir una puerta a través de la madre tierra por medio del pozo para así liberar a Anteo. Por eso debía hacer una ceremonia con sangre de una inocente, Gumersinda, y con la de alguien que se entregó confiado a la malicia del Adversario. Y debía ir al noveno círculo del infierno... don Juan de la Colina y Peredo.

—Entonces debemos ir pronto a destruir el pozo en El Carrizal —dijo Isidro Nava, su voz tensa—. ¡Esa es la puerta al infierno!

—Así es —respondió el padre Talavera, alzando su copa—. Pero primero debemos asegurarnos de que don Juan esté fuera de peligro. Mañana partiremos.

A la mañana siguiente, llegó el cirujano mayor del regimiento de Coro con una carreta para llevarse a don Juan, quien aún no despertaba. El sol calentaba con fuerza, y el polvo se levantaba bajo las ruedas de la carreta. El cirujano, Francisco José Álvarez, un hombre de manos firmes y mirada serena, revisó a don Juan. Palpó su frente, sintió su pulso y examinó las vendas que cubrían su cabeza.

—Realmente el golpe que recibió el sargento mayor fue muy fuerte —dijo el cirujano—. Es un milagro que esté vivo aún. Afortunadamente, su herida está sanando bien. Ya le cambié los vendajes y está listo para llevarlo a Coro. Ustedes hicieron un buen trabajo —dijo, mirando al padre Talavera—, en especial usted, padre Talavera, que además de ser hombre de Dios es

hombre de ciencia. Cuando vaya a Coro, visíteme. Tengo un buen vino para compartir; ya sabe cómo disfruto conversar con usted. Me marcho entonces. Iremos despacio y espero llegar a Coro a finales de la tarde.

—Gracias, Francisco José —respondió el padre Talavera, estrechando su mano—. Así lo haré. Te prometo que en mi próximo viaje a Coro te visitaré.

La carreta se alejó lentamente, y el polvo se levantó a su paso. El sonido de las ruedas sobre la tierra seca se fue apagando en la distancia.

Luego de la partida de don Juan de la Colina y del cirujano del regimiento, se marcharon con destino a El Carrizal: Isidro, el padre Sangróniz, Esteban y el padre Talavera, tal como lo acordaron. Caminaron bajo el sol abrasador. Al llegar al sitio donde se encontraba la fosa, el olor a quemado y azufre los golpeó como una pared invisible.

—Aquí está —dijo Isidro, señalando la fosa con su vara—. La puerta al infierno.

El padre Talavera y el padre Sangróniz se arrodillaron junto a la fosa. El padre Talavera sacó un recipiente con agua bendita y lo roció sobre la tierra, mientras recitaba oraciones en latín. El padre Sangróniz sostenía el crucifijo, y el metal frío brillaba bajo el sol. Isidro y Esteban, con palas y machetes, comenzaron a derribar las paredes de la fosa, llenándola con tierra y piedras.

El sonido de la tierra al caer y de las piedras al golpearse entre sí resonaba en la llanura.

—Sellamos esta puerta para siempre —dijo el padre Talavera, haciendo la señal de la cruz sobre el lugar—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos respondieron:

—Amén.

El viento sopló, y el polvo se elevó creando una pequeña nube que se disipó en el horizonte. La humanidad estaba a salvo una vez más de los ataques del Adversario. Pero, como dijo el padre Talavera, esto no era el fin; fue tan solo una batalla. Aún la iglesia debía ser construida, y los caquetíos debían ser traídos desde Aruba para llevar a cabo esta obra.

—Permiso para hablar, mi capitán —dijo un hombre en uniforme militar, entrando en la oficina del capitán de la Colina y Peredo.

—Adelante, Cabo Lugo —respondió el capitán, levantando la vista de los papeles que estaba revisando—.

—¿Qué novedades hay?

—Despertó el sargento mayor —respondió el cabo Lugo—. Me acaba de informar el ordenanza.

El capitán de la Colina y Peredo sintió un nudo en el estómago. Se dirigió a la habitación de su hermano

con mucha angustia y dudas en su mente. ¿Cómo me r recibirá? ¿Se pondrá violento? ¿Me atacará? El olor a medicina y a cera de vela flotaba en el pasillo.

—Juan —dijo el capitán, entrando en la habitación y colocando su mano sobre el hombro de su hermano—. Hermanito, ¿cómo estás? Nos tenías muy preocupados.

—Estoy muy adolorido —respondió Juan, su voz era débil y ronca—. Siento que mi cabeza va a estallar.

—No es para menos —respondió Pedro, sentándose en una silla junto a la cama—. Recibiste un fuerte golpe en la cabeza. Le pedí al cirujano del regimiento que venga a verte; debe estar por llegar.

—¿Por qué tengo amarradas las manos? —preguntó Juan, levantándolas para mostrar sus muñecas atadas con cuerdas de cuero.

—Tenemos que hablar sobre lo sucedido —respondió Pedro, con voz suave pero firme—. Ya llegará el momento de quitarte las amarras. Ahora, Juan, debes descansar.

—Con permiso, capitán —dijo el cirujano Álvarez, entrando en la habitación—. Vengo a ver al Sargento Mayor.

—Adelante, Francisco José, te lo encargo. —Se volvió hacia Juan—. Me retiro para que te atienda, hermano.

—No se preocupe, mi capitán —respondió el cirujano Francisco José Álvarez—. Yo me encargo.

Luego de varios días entre dormido y despierto, debido a los efectos del tratamiento prescrito por el cirujano, comenzaron periodos más largos de estado consciente del sargento mayor. Esto fue informado al capitán de la Colina y Peredo. El capitán tomó la decisión de ir a conversar pronto con su hermano sobre todo lo sucedido. Para ello, solicitó la presencia del padre Talavera, a fin de contar con su apoyo en la difícil conversación que pensaba tener con su hermano Juan.

—Padre Talavera —dijo el capitán, recibiendo al sacerdote en la puerta de su casa—. Gracias por haber venido. Debemos hablar con Juan sobre los sucesos recientes. Necesito su apoyo para explicarle lo ocurrido en caso de que no lo recuerde, y también para entender en qué estado se encuentra espiritualmente.

—Agradezco tu confianza y la oportunidad de apoyarte—respondió el padre Talavera, entrando en la casa.

Entraron a la habitación y comenzaron a conversar con Juan. La conversación duró varias horas, interrumpida solo para que Juan tomara agua y se calmara al comprender lo que ocurrió y en lo que se había convertido. Una vez terminada la conversación,

le fueron retiradas las cuerdas que le ataban de pies y manos.

—Padre Talavera —dijo Juan, con voz temblorosa—.

Quisiera confesarme y comulgar, para así comenzar a encontrar algo de paz. Me siento muy mal por todo lo que he hecho en estos últimos tiempos.

—Claro, Juan —respondió el padre Talavera, con una sonrisa cálida—. Eso te va a ayudar mucho para aliviar las cargas de conciencia. Estás volviendo a ser el Juan que conocí de niño, al que bauticé y preparé para su primera comunión.

El padre Talavera escuchó la confesión de Juan, sus palabras susurradas y entrecortadas por el arrepentimiento. Luego rezaron juntos, y el padre Talavera le dio la absolución.



Luego, Juan pidió al padre que llamara a su hermano Pedro.

—Pedro —dijo Juan, tomándole la mano—. Quiero que donemos las tierras de El Carrizal y Taratara a la obra del padre Sangróniz para los indios arubeños. Por favor, acompáñame en esto. Quiero comenzar a resarcir de alguna manera todo el mal que he hecho.

—Sí, Juan —respondió Pedro, apretando la mano de su hermano, sus ojos brillando con lágrimas—. Te acompaño en esto. Donaremos las tierras. Voy a preparar los documentos. Ahora descansa.

La segunda luna grande

Ese día todos fueron a visitar al capitán Irausquín para conocer su recuperación de la herida sufrida. La casa del capitán olía a pan recién horneado y a hierbas medicinales. Sostuvieron una alegre conversación y degustaron de la cocina de Sebastiana, cuyo guiso de pescado y arepas peladas era famoso en todo La Vela, y de las atenciones de su esclavo Pedro, que servía el vino con mano firme y sonrisa discreta.

—Ya viene la primera luna grande —indicó Isidro Nava, señalando el horizonte con su vara—. Debemos prepararnos para ir a Aruba a traer a los caquetíos en la segunda luna grande.

—Así es, Isidro —replicó el capitán Irausquín, apoyándose en su silla—. Yo he trabajado en ese asunto. Ya avisé a Miguel Henríquez, el corsario boricua, para que esté al tanto y nos avise de algún movimiento de naos que nos pueda preocupar.

Les informo que no podemos contar con la *San Fernando*; tiene una avería mayor y hay que hacerle reparaciones. Llevaré a la *Santiago*. Ya tengo confirmados a los capitanes Polibio Zea y Javier García Castañeda. Entonces llevaremos tres balandras; eso nos da más capacidad de pasajeros que la necesaria. Así, en caso de algún imprevisto y una se retira, tendremos siempre dos balandras, lo cual es

suficiente para embarcar a los doscientos caquetíos que nos esperan en Aruba. Saldremos de La Vela, como normalmente hacemos, pero a diferentes horas. Ya acordamos el sitio de encuentro cerca de Aruba. Pero al regreso recalaremos en la playa del Muáco; desde allí los caquetíos podrán desembarcar e ir directo a El Carrizal sin pasar por La Vela. Así evitaremos las preguntas de las autoridades del puerto.

—Bien pensado, capitán Irausquín —respondió el padre Sangróniz—. Ahora, ¿cómo ayudamos nosotros?

—Lo más conveniente es que usted venga con nosotros en las balandras —respondió el capitán—. Los caquetíos nos conocen, confían en nosotros, en especial Baracuyra. Isidro, Esteban Martín y el padre Talavera deberán esperarnos en el Muáco para llevar a los caquetíos hasta El Carrizal. Isidro, con su conocimiento de estas tierras, deberá revisar y asegurarse de que no existan peligros. El padre Talavera y Esteban esperarán nuestra señal para encender un fuego que nos guíe al sitio del desembarco.

—Me imagino que necesitará el oro para pagarles a los capitanes Polibio Zea y Javier García Castañeda —respondió el padre Sangróniz—. ¿Cuánto necesita?

—Cada uno pide cien pesos de oro español por el viaje, pagados antes de partir y no serán devueltos,

aun si el viaje no se completa con éxito —respondió el capitán—. Pero no se preocupen; son gente de palabra y cumplirán.

—Sí, tengo suficiente para pagarles —respondió Sangróniz—. Así que sigamos adelante.

Semanas antes de la segunda Luna Grande, dos hechos importantes ocurrieron. El primero fue la designación de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de las Américas, como la patrona y titular del futuro templo en El Carrizal. Los padres Sangróniz y Talavera presentaron esta solicitud al obispo Escalona y Calatayud, la cual fue aprobada. Una vez aprobada, comenzó el padre Sangróniz a comprar herramientas y materiales para la construcción del templo y de las casas de los caquetíos que vendrían pronto desde Aruba. Para ello utilizó lo que quedó del oro que le dio Manaure. El segundo hecho fue que los hermanos de la Colina y Peredo concretaron la donación de las tierras de la Sabana de Taratara a los caquetíos que vendrían de Aruba. Parte del documento de donación decía lo siguiente:

". . . y si por algún acontecimiento (lo que Dios no permita) se demoliere dicho pueblo, haya de volver dicha posesión de 'Taratara' a nos y nuestros herederos; y les damos poder cumplido en su propio folio a los indios arubeños y a los que adelante se avecindaren en el sobredicho pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe, que es la patrona y titular de dicho pueblo, para que tomen la posesión de dicho

terreno en la forma que va expresada, y por posesión real le entregamos esta escritura, juramos y prometemos de no la revocar por testamento ni en otra manera, ni por decir no cabía en décima parte de nuestro caudal, que por ser muy bastante nuestros bienes para poderla hacer, ni por otra causa, pensada o no pensada, aunque de derecho nos sea concedida de que nos apartamos, y si de hecho lo hiciéremos y fuéremos contra esta escritura no nos valga, ni seamos oídos en juicio ni fuera de él..."

Dos semanas después, todo estaba dispuesto según lo acordado. Las balandras salieron para cumplir su misión el día de la luna grande o plenilunio. Se encontraron las tres balandras según lo acordado y se dirigieron a Dos Playas, en Aruba, el sitio donde estaban esperando los caquetíos. Con la marea alta y tranquila, y alumbrados por la luz de la luna que se reflejaba en el agua como un camino de plata, se acercaron a la costa.

El padre Sangróniz y el capitán Irausquín bajaron a tierra en un chinchorro para encontrarse con Baracuyra y su pueblo. La arena era blanca y suave bajo sus pies, y el olor a sal y a algas llenaba el aire. Sorprendentemente, no había nadie esperándolos. Caminaron tierra adentro por la senda por donde los llevó Baracuyra en su última visita.

A los pocos minutos de caminata, guerreros caquetíos armados con macanas, arcos y flechas vinieron a su encuentro y los rodearon en forma amenazante.



El sonido de sus pasos y el roce de las armas era el único ruido en la oscuridad. Se escucharon desde la oscuridad unas fuertes palabras en caquetío, y bajaron sus armas. Era Baracuyra. Se acercó y los saludó con una sonrisa que iluminó su rostro moreno.

—Padre y capitán —dijo Baracuyra—, bienvenidos. Hemos tenido muchos problemas con los traficantes de esclavos holandeses. Han venido varias veces a tratar de matarnos, y nos hemos defendido. Estamos listos para partir; los esperábamos.

—Lamento escuchar eso, Baracuyra —respondió el padre Sangróniz—. Veo que hay varios de tus guerreros heridos. Los atenderemos en los navíos. Ahora trae a tu pueblo; ya es hora de irnos.

—Iré a la playa para avisar a los capitanes sobre la presencia de esclavistas holandeses —dijo el capitán Irausquín—, para que pongan vigías y alisten las armas.

Entretanto, desde la oscuridad comenzaron a salir mujeres, niños y ancianos. El sonido de sus pasos y sus voces bajas llenaba la noche. Comenzaron a caminar hacia la playa para ser embarcados. Cada uno solo llevaba una pequeña bolsa hecha con fibras vegetales que ellos llaman *mapire*, y nada más. A su paso, frente al padre Sangróniz y al capitán Irausquín, les decían palabras en caquetío que, por el gesto y las sonrisas que las acompañaban, entendían que eran de agradecimiento.

Una vez informado el capitán Irausquín de la posible presencia de esclavistas holandeses, envió al capitán Polibio Zea y su balandra *Cinco Hermanos* lejos de la costa para que pudieran avistar la llegada de naos de los holandeses. En caso de presentarse, saldrían huyendo para que le persiguieran a él y darle oportunidad de escapar a las otras dos balandras y poder así navegar hacia tierra firme.

Luego de varias horas, todos los caquetíos estaban a bordo de las balandras *Santiago* y *Corazón de Jesús*. En ese momento, el capitán Polibio Zea disparó una ballesta encendida al aire, advirtiendo la presencia de naos desconocidas en el horizonte. La flecha de fuego trazó un arco brillante en el cielo nocturno antes de extinguirse.

—Gracias a Dios ya tenemos a bordo a todos los caquetíos —dijo el capitán Irausquín—. Ya podemos partir hacia tierra firme. El capitán Zea se encargará de distraerlos. Su balandra *Cinco Hermanos* es muy veloz, y su capitán, un gran marino. El corso de la Guipuzcoana nunca pudo atraparlo; que si lo sabré yo, que me cansé de perseguirlo.

El capitán Irausquín comenzó a dar órdenes a su tripulación para levantar anclas, desplegar velas y comenzar el regreso. Igualmente hizo el capitán García Castañeda de la *Corazón de Jesús*. Pronto enfilaron rumbo a tierra firme y a su destino en el Muáco.

La navegación con luna llena es algo especial, es mágico. Se puede ver el horizonte, cada ola que se mira te envía destellos de luna, y puedes ver la silueta azul de la *Corazón de Jesús* con el velamen desplegado, recortada contra el cielo estrellado. Un suave viento acaricia el rostro, respiras profundo y sientes tu energía vital: ¡estás vivo! El olor a sal y a madera mojada llena los pulmones.

El capitán Irausquín se acercó al padre Sangróniz, quien estaba atendiendo a los heridos. La luz de una linterna de aceite iluminaba sus manos mientras limpiaba las heridas con vino y las vendaba con tiras de tela.

—Padre Sangróniz —preguntó el capitán—, ¿necesitas algo más para curar sus heridas?

—Estamos bien —respondió el padre Sangróniz, sin levantar la vista—. Ya casi termino. Solo me falta terminar con Baracuyra. Como cacique, solo se deja atender luego de que todos los demás ya fueron atendidos.

—Los esclavistas holandeses que vinieron mostraban un comportamiento muy cruel —dijo Baracuyra, sentado en el suelo, su rostro iluminado por la linterna—. Gracias a los boratios pudimos saber a qué venían, y nos preparamos y escapamos a las colinas. Quemaron nuestra aldea y envenenaron nuestro pozo de agua. No los enfrentamos directamente; los atacamos donde el terreno nos era favorable para atacar e irnos. Eso los desconcertó y se marcharon. Los boratios hablaron con la princesa Wadirikiri en la cueva, y ella les dijo que los holandeses que venían los envió el que ustedes llaman el Adversario, y que no podíamos enfrentarlos. Ellos no venían a llevarnos como esclavos para vendernos; ellos venían a matarnos.

—Tenía razón el padre Talavera —dijo el capitán Irausquín preocupado—. Esto no ha terminado.

Repentinamente, una nube negra ocultó a la luna, y el viento se detuvo. Las velas se aflojaron y las balandras casi no se movían. El silencio era absoluto, roto solo por el crujir de la madera y el murmullo de los pasajeros. Entonces, un fuerte viento comenzó a soplar desde el suroeste, y se dieron cuenta de que una tempestad se aproximaba rápidamente. El olor a

lluvia y a azufre llenó el aire.

—Javier García —gritó el capitán Irausquín hacia la *Corazón de Jesús*—, vamos a separarnos más. Vamos a navegar en zigzag, en ceñida, con viento en contra. Anda tú adelante, yo te sigo. Así evitaremos chocar.

—Entendido, Manuel —respondió el capitán García Castañeda, levantando los brazos al cielo y soltando una carcajada—. Allá voy. Nos vemos en el Muáco o en el fondo del mar.

Las olas comenzaron a crecer, y la lluvia empezó a caer con fuerza, golpeando los rostros de los tripulantes. El viento aullaba entre las jarcias, y la madera gemía bajo el esfuerzo.

A todas estas, el boratio llamado Aterima se levantó y se dirigió a la proa de la *Santiago*. Luego de varias caídas y traspiés, logró llegar a la proa. El agua salada golpeaba su rostro, y el viento tiraba de su larga cabellera blanca. Levantó sus brazos y comenzó a cantar en caquetío, enfrentando a la tormenta. Su voz, grave y poderosa, se elevaba por encima del rugido del viento y del agua. Marinos y caquetíos observaban incrédulos y en silencio este gesto de valentía del boratio Aterima.

La lluvia azotaba inclemente el rostro del boratio, empujada por la fuerte brisa; casi no podía abrir sus ojos. Súbitamente, el boratio sacó de su mapire un puñado de plumas, las puso en sus manos y, abriendo los brazos, dejó ir las plumas al viento.



Así como comenzó la tormenta, repentinamente, también terminó. El viento cesó, las nubes se disiparon y la luna salió nuevamente en todo su esplendor, bañando el mar con su luz plateada. Todos felicitaron al boratio Aterima por haberlos salvado de esta terrible tormenta, sin duda enviada por el Adversario. Los hurras y las palmadas resonaron en la cubierta.

—Padre Sangróniz —dijo el capitán Irausquín,

acercándose al sacerdote, su rostro aún mojado por la lluvia —que por un instante pensé que no lo lograríamos, que sería el fin y me vería en el fondo del mar con el capitán García Castañeda. Doy gracias a

Dios por haber puesto en nuestro camino a este buen anciano caquetío tan valeroso.

Ambos se acercaron a Aterima y se sentaron a su lado. El anciano sonreía y su respiración era aún agitada.

—Queremos agradecerle su valeroso gesto —explicó el capitán Irausquín—. Estamos vivos gracias a usted. Ahora, esas plumas que soltó al viento, ¿de dónde vienen?

—Son las plumas del pájaro que ustedes llaman campanero herrero —explicó el boratio Aterima, mientras sonreía—. El vigía del padre árbol Urupagua que está en el lago del río Akarite, en la sierra. Nos las envió Diao Manaure —dijo, sus ojos brillando a la luz de la luna—. Diao Manaure sabe y nos cuida.

A las pocas horas llegaron al Muáco, donde los esperaban Isidro Nava, Esteban Martín y el padre Talavera. Estos, al ver a las dos balandras en el horizonte, encendieron la fogata que los orientaría al punto de desembarco de los caquetíos. La llama, alta y anaranjada, se reflejaba en el agua como un faro de esperanza.

—Ya recogimos velas y tiramos las anclas, padre —dijo el capitán Irausquín—. Vamos a bajar los chinchorros para desembarcar a los caquetíos. Aquí no podemos acercarnos más a la costa; es muy llano y tenemos el riesgo de quedar varados. Va a tomar un tiempo desembarcarlos a todos, pero ya llegamos, que es lo más importante.

—¡Padre Sangróniz! —gritó desde su balandra el capitán García Castañeda—. ¿Pregúntele al caquetío si quiere venir a navegar conmigo en la *Corazón de Jesús*? Necesito un domador de tormentas como él.

Estas palabras del capitán García Castañeda causaron risas y hurras de las tripulaciones de las balandras. Las voces alegres resonaban en la noche.

La celebración se vio interrumpida por un grito del vigía de la balandra *Santiago*:

—¡La balandra *Cinco Hermanos* en el horizonte!

La alegría y los hurras volvieron con más fuerza. La silueta de la balandra se recortaba contra el cielo estrellado, y el sonido de los vítores llenó el aire.

—Qué le dije, padre —comentó el capitán Irausquín, con una sonrisa de oreja a oreja—. Al capitán Polibio Zea no hay quien lo agarre.



El duende

Luego de desembarcar a los caquetíos, las balandras *Santiago*, *Corazón de Jesús* y *Cinco Hermanos* se dirigieron al puerto de La Vela. El sol comenzaba a ascender sobre el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. El olor a sal y a madera mojada llenaba el aire mientras las velas se recogían y las anclas caían sobre el fondo marino.

Todos los caquetíos llegaron con bien a El Carrizal. La aridez de la sabana contrastaba con la esperanza que brillaba en sus rostros. El viento movía sus cabellos y sus ropas mientras contemplaban el lugar que sería su nuevo hogar. A la mañana siguiente, celebraron una misa de agradecimiento. El padre Sangróniz, con su sotana blanca y el crucifijo en la mano, alzó su voz en oración mientras el sol calentaba sus espaldas. El aroma a incienso y a tierra se mezclaba en el aire, y las voces de los caquetíos respondían al unísono: *"Amén."*

Una vez concluida la misa, los caquetíos rodearon el lugar donde se veían restos del foso que construyó el Adversario. Comenzaron a dialogar con curiosidad sobre el propósito del mismo. Sus voces eran bajas y serias, y sus gestos mostraban inquietud. Los boratios Macuarima y Aterima explicaron cuál era el propósito de ese foso; los caquetíos estaban aterrorizados.

El viento parecía detenerse, y el silencio se hizo pesado. Cuatro de los compañeros de esta odisea observaron con detenimiento la conversación de los caquetíos. Isidro Nava les traducía los diálogos, su voz baja y precisa.

—Los boratios dicen que hay que sellar esta puerta —explicó Isidro—. Que el templo del padre Sangróniz debe construirse sobre este foso. Un sitio sagrado encima cerraría esta salida para siempre. Solo si el padre Sangróniz se compromete a construirla donde ellos piden, ellos construirán la iglesia.

—No deja de tener sentido esta petición de los indios caquetíos —dijo Esteban Martín, cruzando los brazos —. ¿Qué opinas, padre Sangróniz?

—Sí, estoy de acuerdo —respondió el padre Sangróniz, sintiendo el peso de la decisión—. Ese pozo aún transpira maldad, mala energía. Diao Manaure me dijo lo mismo en mis sueños. Así que allí construiremos la Iglesia del Carrizal.

—Yo tengo ya experiencia por la construcción de la iglesia de La Vela —dijo el padre Talavera, con una sonrisa de satisfacción—. Así que marcaré los sitios donde se levantarán los pilares. Eso es lo primero que debemos hacer. Vendré semanalmente a revisar el avance de la construcción. ¿Qué opinas, padre Sangróniz?

—Así se hará —respondió el padre Sangróniz—. Ahora vamos a conversar con los boratios y con Baracuyra

para avisarles que estamos de acuerdo y vamos a construir la iglesia aquí.

Se reunieron y conversaron. El sol caía sobre ellos, y el viento movía las hojas de los cujíes cercanos. Una vez que hubo acuerdo, Baracuyra, en compañía de los boratios, se dirigió a los caquetíos para decirles la buena nueva. Una gran algarabía se formó. Los gritos de alegría y las palmadas resonaron en la llanura, y los caquetíos comenzaron alegres a realizar sus labores. El sonido de los machetes cortando la maleza y el golpe de los picos contra la tierra marcaban el ritmo de la nueva vida.

Comenzaron a construir las *churuatas* para sus familias con las herramientas que les facilitó el padre Sangróniz. La madera crujía al ser cortada, y el olor a tierra y a sudor llenaba el aire. El grupo también empezó a recorrer los alrededores, buscando dónde iniciar sus sembradíos y sitios propicios para excavar jagüeyes para obtener agua y para hacer aljibes donde almacenar agua de lluvia.

La zona del Carrizal es de una gran aridez. Casi no hay ríos ni quebradas. La vegetación es xerófila de arbustos espinosos, cardones, tunas, sábila, cocuy y, como únicos árboles, el dividivi, el yabo y, sobre todo, el cují yaque. Pasados algunos meses, en medio de esta aridez, los caquetíos del padre Sangróniz vivían de aquellos productos que podían cultivar: maíz, caraota, yuca con las que también fabricaban casabe, batatas, auyamas, ocumos, cebollas, melones, patillas,

tomates, cambures; carne de chivo, pescados traídos del Muáco y La Vela, y alguna que otra pieza de cacería: conejos sabaneros, perdices y aves. El olor a comida cocinándose en las fogatas se mezclaba con el aroma a tierra y a plantas silvestres.

La construcción de la iglesia estaba muy avanzada. Ya los dieciséis pilares en dos filas de ocho estaban en su sitio. Cada columna, de tipo cilíndrico, se apoyaba en una formación cúbica y terminaba en un capitel. Encima de ellas, un tirante de madera las une con la columna de la otra hilera. La fachada era muy sencilla, con portal en arco, y una pequeña torre que terminaba en forma piramidal.

La parte correspondiente a las campanas tiene dos aberturas al frente, donde pueden verse dos tallas de madera que nadie sabe con seguridad a quién representan. Unos dicen que son los padres Sangróniz y Talavera, un homenaje a los constructores de la iglesia. Otros afirman que son Felícito y el Adversario, que están allí pagando por sus pecados cada vez que suenan las campanas llamando a misa. Otros, que son los boratios Macuarima y Aterima, que están allí para recordarle a todos la alianza entre los caquetíos y la iglesia católica que venció al Adversario. Dejamos a usted, amable lector, elegir la que mejor cumpla con sus ideales.

Una terrible tormenta azotaba a un bergantín que venía de España. El cielo se había vuelto de un color plomizo, y el viento aullaba entre las jarcias como un



animal herido.

El capitán gritaba órdenes a la tripulación para maniobrar y poder resistir las olas y el viento que cada vez era más intenso. Era el bergantín *El Duende*. Venía de hacer escala en Santa Cruz de Tenerife con destino a Cuba, y traía variada y abundante mercancía. Entre ella, en una caja, un lienzo de la Virgen de Guadalupe. Debido a lo pesado de la carga, el capitán ordenó cortar los cabos de sus anclas mayores para poder capear el temporal, lo cual fue un gran error que luego cobraría un alto precio.

Una vez superado este primer vendaval, el bergantín *El Duende* pasó cerca de las Islas de Trinidad y Tobago, y continuó costeando el litoral de Venezuela. Ya había dejado atrás a las islas de Margarita y La

Tortuga, cuando lo agarró por sorpresa un segundo episodio de mal tiempo, con características inusitadas para esta época del año y que aumentaba su fuerza de manera extraordinaria con el pasar de las horas. La lluvia caía en cortinas gruesas, y el viento silbaba como un látigo.

El capitán decidió buscar refugio en el Golfo Triste, para esperar allí que terminara el mal tiempo, y hacia allí se dirigía *El Duende* en medio de esa terrible noche. Los vigías divisaron la presencia de una isla: era el islote de Cayo del Medio y su barrera de coral, ubicada al lado noreste de la isla. Advirtieron al capitán, quien trató de cambiar el rumbo, pero era demasiado tarde. El único recurso que le quedaba era tirar las anclas mayores, y ya no las tenía. El bergantín se estrelló a toda velocidad contra el bajo a la entrada de la isla y se abrió un boquete en la proa. Viró y se partió en dos. En minutos se había hundido, y no se salvó ningún tripulante.

La tormenta dispersó sus restos a lo largo de la costa.

El olor a sal y a muerte flotaba en el aire mientras las olas lamían los restos del naufragio.

Avisadas las autoridades sobre el naufragio, estas, por Cabello, giraron instrucciones al intendente general del ejército para que investigara la presencia de *Utensilios varados en la costa de Río Tocuyo"* por sospecharse que eran restos del bergantín *El Duende*.

También enviaron órdenes al intendente de Coro para



que recorriera la costa de Cayo Sal en búsqueda del bergantín. Todo resultó en vano. Solo algunos despojos fueron avistados; ningún cuerpo fue recuperado. *El Duende* había desaparecido para siempre con su carga y su tripulación.

Semanas después, jóvenes caquetíos que vivían en El Carrizal se dirigieron a la playa del Muáco para pescar. El sol calentaba con fuerza. Llegaron hasta la *Piedra de Martín*, a donde subieron con su natural agilidad. Estando en el tope de la piedra y mirando al mar, buscando señales de cardúmenes de peces, su sorpresa fue mayúscula al observar cómo una gran caja de madera flotaba entre las olas y navegaba hacia

la playa, como guiada por una mano invisible. El agua brillaba bajo el sol, y la caja se mecía suavemente.

Bajaron atropelladamente de la *Piedra de Martín* y corrieron a buscar la caja de madera. La recuperaron, sintiendo el peso de la madera húmeda y fría bajo sus manos. Trataron de abrirla y no pudieron. Decidieron entonces regresar al pueblo a buscar herramientas para poder abrirla. Al llegar los jóvenes caquetíos con la caja al poblado, se corrió la voz, y en minutos casi todos los habitantes de El Carrizal estaban parados alrededor de ella, llevados por la curiosidad de saber qué tesoros traía esta misteriosa caja.

Avisaron al padre Sangróniz, quien estaba junto al capitán Irausquín revisando los avances de la construcción de la iglesia, y se dirigieron al sitio donde tenían la misteriosa caja. La multitud se abrió a su paso, y el sol se reflejaba en la madera pulida de la caja. Ya uno de los carpinteros, llamado Lucas, se disponía a tratar de abrir la caja con sus herramientas, y el capitán Irausquín lo detuvo. Tomó la caja en sus manos y la examinó cuidadosamente. Sus dedos recorrieron la superficie, notando la presencia de dieciséis pequeños cuadrados pintados con color rojo y amarillo, distribuidos en dos grupos de a cuatro a cada lado de la caja. Notó que, al presionar uno de estos pequeños cuadrados en un lado de la caja, este se hundía y otro cuadrado sobresalía en el lado opuesto.

—Esta es una caja para transportar valores con una

un ingenioso sistema de combinación —explicó el capitán Irausquín; sus ojos brillaron—. En donde yo nací la llaman koloredun kutxa, la caja de los colores. Había escuchado de ellas, pero es la primera vez que tengo una en mis manos. Hay que encontrar la correcta combinación de cuadritos hundidos y no hundidos para que su tapa deslice y pueda verse su contenido. Solo el que envía la caja y quien la recibe tienen la combinación correcta; nosotros no la tenemos. Solo es cuestión de tiempo que podamos abrirla, por ensayo y error. Vamos a intentar una combinación —dijo, concentrándose—. Comienzo por el lado derecho: esta primera columna de cuadritos rojos va hundida; las siguientes dos columnas de cuadros amarillos, sin hundir; y la última columna de cuadros rojos, hundida. Veamos si funciona.

El capitán Irausquín deslizó la tapa y la retiró. Un murmullo de asombro surgió de la multitud. Luego, el capitán Irausquín sacó varios objetos y, finalmente, un lienzo que estaba enrollado dentro de la caja. Lo sacó, desató el nudo de la cinta azul que tenía atada para mantenerlo enrollado, y abrió el lienzo. Se quedó inmóvil. Sus ojos no podían creer lo que veían, y luego cayó de rodillas al ver en su totalidad lo que allí estaba pintado:

—¡Un lienzo de la Virgen de Guadalupe! —gritó. Todos los caquetíos quedaron en silencio, tratando de entender el significado de aquello que conmocionaba al capitán Irausquín.



El boratio Macuarima tomó la palabra y les explicó a los caquetíos. Tomó el lienzo en sus manos y lo mostró.

A medida que pasaba ante los ojos de los caquetíos, estos se arrodillaban en silencio, maravillados con la belleza de la imagen de la Madre de Cristo. La luz del sol parecía abrazar el lienzo.

La aparición de la caja con el lienzo de la Virgen de Guadalupe consolidó la fundación del pueblo. Los hermanos de la Colina y Peredo y sus familias, el capitán don Manuel de Irausquín y su familia, Isidro Nava y su esposa legítima doña María de las Mercedes Loaiza, Esteban Martín, los capitanes Polibio Zea y

Javier García Castañeda con sus hijos, se hicieron presentes en la primera misa formal de la nueva Iglesia. Aunque estaba sin terminar, ofrecía ya las facilidades para dar misa. El lienzo de la Virgen de Guadalupe entró en procesión y fue llevado por el padre Sangróniz hasta el altar mayor.



Desde entonces ocupa este lugar en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe en El Carrizal. El aroma a incienso y a flores silvestres llenaba el templo, y el sonido de las oraciones y los cantos se elevaba hacia el cielo. Una vez concluida la misa, comenzaron los bautismos de los caquetíos venidos de Aruba, siendo nuestros protagonistas padrinos y madrinas de muchos de ellos. El agua bendita caía

sobre las frentes de los niños, y sus padres sonreían emocionados.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, en Curuchuchu y en otras piedras a lo largo de la península de Paraguaná, comenzaron a desaparecer las marcas en las rocas que representaban a los guerreros caquetíos que no habían podido trascender. El equilibrio se había restaurado. En los médanos, los espíritus de cientos de caquetíos, hombres, mujeres y niños encabezados por Diao Manaure, comenzaron a caminar hacia el sol del amanecer.

La brisa acariciaba sus rostros, y su cabello, empujado por el viento, tomaba la forma de la copa del árbol dividivi. Iban de regreso a la naturaleza de donde vinieron. Sus espíritus trascendían.

Cada uno de ellos se convertirá en un árbol de dividivi y quedarán para la posteridad en el paisaje de Paraguaná, como testimonio del respeto y amor de los caquetíos por la naturaleza.

También los helechos fueron despojados de todas las primogénitas de cada generación de los Irausquín que se habían llevado y ahora descansan en paz. La *Aztikeria* había terminado. La derrota del Adversario también fue la derrota de los helechos y sus aliados.

¡Todas las niñas Irausquín por venir están a salvo!



Los círculos se cierran

El tiempo transcurrió, y poco a poco los participantes en este magnífico episodio de la lucha contra el Adversario comenzaron a dejar esta tierra. El sol seguía saliendo sobre El Carrizal, y el viento movía las copas de los cujíes.

Esteban Martín se fue a Quisqueia, donde nació su abuela Maorocotí, "a cerrar el círculo", como siempre decía. Nunca más se supo de él. El rumor de sus hazañas quedó grabado en las historias de los marineros, pero su rastro se perdió en las aguas del Caribe.

El padre Talavera falleció de un fuerte dolor en el pecho mientras disfrutaba de una copa de vino español. *"¡Nada como los españoles!"* fueron sus últimas palabras. La copa cayó de su mano y se rompió en el suelo de su sacristía, y el vino tiñó la tierra de un rojo profundo. Nunca pudo terminar de construir la iglesia de La Vela. Su sueño quedó inconcluso, pero su legado vivió en las oraciones de los fieles.

Isidro Nava falleció en su rancho cerca de Cumarebo, rodeado de veintiséis de sus ochenta hijos y treinta y dos de sus mujeres. La noche de su velorio, las voces de los dolientes se elevaban en cantos antiguos. Muchos de sus hijos y sus mujeres se conocieron entre

sí por primera vez, y las historias de su vida, de sus viajes y de sus hazañas la compartían los presentes, Isidro yacía en una hamaca de algodón tejida por sus propias manos.

Una tarde llegó a El Carrizal don Manuel Irausquín. Lo trajeron desde su casa en Coro sus esclavos en una carreta. El sol calentaba con fuerza, y el polvo del camino se levantaba en nubes bajo las ruedas. Su rostro estaba pálido y surcado por las arrugas del tiempo.

—¿Cómo estás, Bernardo Sangróniz? —preguntó el capitán Irausquín, con voz débil pero llena de afecto.

—Manuel —respondió el padre Sangróniz—. Qué gusto verte. Más que bienvenido a esta, tu iglesia. Te veo muy desmejorado, Manuel —dijo, tomándolo por el brazo para ayudarlo a caminar—. Pero pasa, vayamos a mi habitación para que descanses.

Caminaron juntos por la iglesia. La luz del sol se filtraba por las ventanas, creando rayos dorados que iluminaban las partículas de polvo en el aire. Se detuvieron en silencio frente al altar, contemplando la imagen de la Virgen de Guadalupe. El aroma a incienso y a cera de vela envolvía el lugar, y el silencio era profundo y reverente.

—Vine a despedirme, Bernardo —dijo Manuel, apretando la mano del padre Sangróniz—. Ya llega mi hora. Quiero terminar mis días aquí, en este pueblo que tanto quiero y por el cual dimos la buena batalla.



Deseo que me entierren aquí.

Mis hijos y mi mujer no lo entienden; por eso me escapé de mi casa en medio de la noche para venir para acá. Ya los viejos estorbamos, Bernardo —dijo, con una sonrisa triste—. Estorbamos. Ya casi somos un objeto, un mueble de la casa. Nos llevan de acá para allá, no nos escuchan. Ellos creen que saben lo que más nos conviene. Por eso vine a El Carrizal, donde está mi querido amigo Bernardo Sangróniz. Necesito tu ayuda espiritual en este momento…

Con mucho esfuerzo, llegaron a la habitación del padre Sangróniz. Las fuerzas abandonaban a Manuel Francisco Benito Irausquin de Sus y Reynaque.

El padre Sangróniz logró a duras penas acostarlo en su cama, sintiendo cómo el peso de su amigo se apoyaba en sus brazos.

—¡Qué cosa tan difícil es morirse, Bernardo!

—Te traigo agua, Manuel —dijo el padre Sangróniz, llenando un pocillo de barro con agua fresca—. El viaje ha sido largo y necesitas descansar.

—El viaje apenas comienza, Bernardo —respondió don Manuel, su voz apenas un susurro—. Apenas comienza. Ahora debo contarte mi sueño —prosiguió con voz cansada—. Por ese sueño estoy aquí. Entendí que mi momento de partir está cerca.

Cuando era niño —prosiguió don Manuel—, yo estaba pescando en el río cerca de mi casa en Ejea de los Caballeros. Vi a una niña en el bosque y corrí hacia ella, y desapareció entre los helechos. Lo conté en mi casa; eso me trajo muchos problemas con mi familia, en especial con mi amona doña María, que Dios tenga en su gloria. En mi sueño, veo otra vez a esa niña, y luego aparecen otras niñas más que salen de los helechos y me llaman mientras sonríen. Corro hacia ellas, y luego veo cómo los helechos se marchitan y desaparecen. Eso quiere decir que terminó la *aztikeria* que ha acompañado a los Irausquín desde hace cientos de años. Por fin, las niñas descansarán en paz, y yo he cumplido con mi familia. Ahora necesito confesarme, Bernardo. Estoy muy cansado.

El padre Sangróniz le dio agua a su entrañable amigo.

El líquido fresco resbaló por su garganta, y sus ojos se cerraron por un instante. Luego, escuchó su confesión, sus palabras susurradas y entrecortadas, y le untó los Santos Oleos. El aceite perfumado brillaba bajo la luz de las velas, y el olor a mirra y a incienso llenó la habitación.

Don Manuel se fue apagando poco a poco. Con su último aliento de vida, miró a los ojos al padre Sangróniz, y una lágrima recorrió su mejilla, brillando como una perla bajo la luz de la vela. Su mano se aflojó, y su respiración cesó.

Tal como se lo pidió don Manuel, fue enterrado en el cementerio de la iglesia. Con la ayuda y participación de los caquetíos, se realizó una misa de cuerpo presente antes de darle cristiana sepultura. El viento sopló suavemente, y las flores silvestres que adornaban su tumba se mecían como un adiós.

Meses después, una fuerte lluvia caía en El Carrizal. El agua golpeaba el techo de la iglesia con un rumor constante, y el olor a tierra mojada y a hierba fresca llenaba el aire. El padre Sangróniz se asomó a la puerta de la iglesia luego de terminar la revisión para encontrar goteras en el techo. Abrió la puerta principal para revisarla, y allí, en medio de la lluvia, vio a un niño que estaba parado a corta distancia, mirando a la puerta de la iglesia. La lluvia caía sobre su cabello rubio, y su ropa estaba empapada. El padre le hizo señas para que viniera a guarecerse de la lluvia en la iglesia.

El niño corrió a la puerta, y el padre lo hizo entrar y cerró la puerta.

—Hijo mío —dijo el padre Sangróniz, sintiendo el frío de la ropa mojada del niño—, estás muy mojado. ¿Qué hacías allí parado bajo la lluvia? Ven, vamos a darte algo para que te seques y para darte un guarapo caliente.

Mientras buscaba en su habitación una toalla para secar al niño, el padre escuchó una frase que lo dejó paralizado por un momento. El recuerdo de lo que vio en la ceremonia del yopo hace varios años vino a su memoria:

—¡La bendición, padre!

Volteó y vio, alumbrados por la luz de las velas, unos ojos verdes que lo contemplaban. Entonces, una sonrisa se dibujó en el rostro del niño. Bernardo se arrodilló ante él, acarició su cabello rubio, sintiendo la textura suave y húmeda del cabello, y con sus ojos llenos de lágrimas lo abrazó tiernamente mientras le decía:

—Dios te bendiga, hijo mío. Que Dios te bendiga.

El padre Sangróniz se sentó en la cama, conmovido por la presencia de su hijo. El niño se acercó a él y acarició su cabello, diciendo:

—Sí, eres catire como yo. Eso me lo dijo siempre mi madre: "Tu padre es un catire y se llama Bernardo. Cuando lo veas, dile: *Chacamba cudanga, Aterí Cati*."



El padre Sangróniz sonrió, lo abrazó de nuevo y luego le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Florentino —respondió el niño—.

Todos en el pueblo sabían quiénes eran los padres de Florentino. Lo cuidaban y reían con sus travesuras, que no eran pocas. También les encantaba su facilidad natural de hacer rimas y tocar el cuatro, cuyas cuerdas vibraban con melodías alegres que llenaban las noches de El Carrizal. Aprendió a hablar la lengua de

los caquetíos y su cultura, y paralelamente aprendió el español con su padre, de la cultura de los hombres venidos de España, lugar donde vivía el Rey, protector y señor de los caquetíos. Su padre se sentía satisfecho de haber cumplido con los deseos de Yara de formarlo para que pudiera vivir en este mundo nuevo de hombres que vinieron de tierras situadas más allá del mar.

Una noche, Bernardo Sangróniz se despertó y se encontró súbitamente parado en los médanos de Coro. El sol comenzaba a salir, apenas se comenzaba a dibujar en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados. Los vientos alisios del noreste refrescaban su rostro, y el olor a sal y a arena mojada llenaba sus pulmones. Sintió que alguien tomaba su mano y le susurraba suavemente al oído:

—*Chacamba cudanga, Aterí Cati.*

Su corazón se aceleró. Volteó a mirar, y allí estaban los ojos verdes de la mujer amada, contemplándolo desbordantes de amor. Su cabello ondeaba al viento, y su piel brillaba con la luz del amanecer.

—Qué alegría que estés aquí, Yara —dijo Bernardo, sintiendo el calor de su mano en la suya.

—¿Es mi hora, verdad?

—Sí —respondió Yara, acariciando tiernamente el rostro de su amado—. Y aquí estoy, tal como te prometí. Debemos marcharnos juntos y regresar al

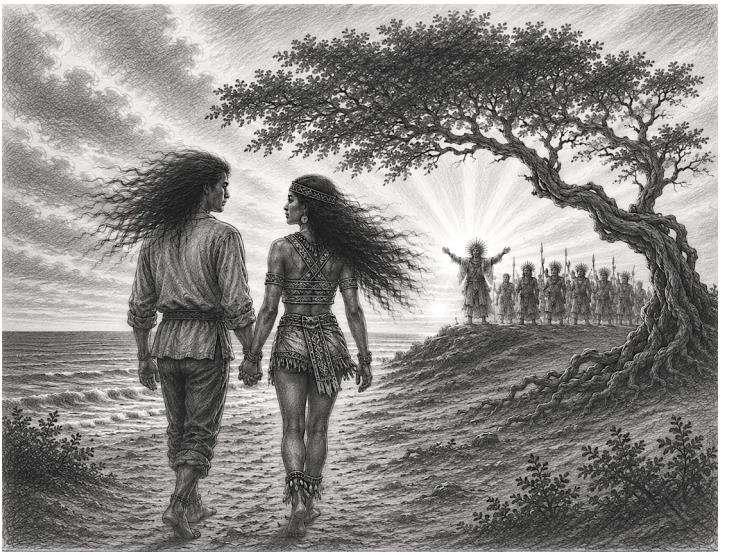


lugar de donde venimos.

—¿Y Florentino? —preguntó Bernardo, preocupado.

—No te preocupes por Florentino —respondió Yara, su voz suave y reconfortante—. Lo criaste bien. Será un buen hombre. Representa la unión de la sangre de dos grandes naciones: españoles y caquetíos, el sueño de Diao Manaure y Juan Martín de Ampués. Tendrá una buena vida, y también vencerá al Adversario. Ahora caminemos juntos hacia el sol. Allá nos están esperando.

La brisa sopló más fuerte, y sus cabellos tomaron la forma del árbol de dividivi.



Sus pies se hundieron ligeramente en la arena, y el calor del sol comenzó a abrazar sus rostros. Caminaron juntos, tomados de la mano, hacia el horizonte dorado, donde los espíritus de Diao Manaure y los guerreros caquetíos los esperaban.

Y así quedaron para siempre en el paisaje de Paraguaná: dos figuras fundidas en la luz del amanecer, sus cabellos meciéndose al viento como las copas de los dividivi, su amor trascendiendo el tiempo y el espacio, testigos eternos de que el bien siempre vence al mal cuando la fe y el amor guían el camino.

¿El final?



Referencias

Muchos de los sucesos imaginarios presentados en la novela están basados en hechos históricos, en documentos y tradiciones orales de mi familia. Estos hechos han sido hilvanados por la imaginación del autor para completar la novela y no ocurrieron cuando y como se describieron, ¿o quizás sí? Eso queda a su criterio, amable lector.

Si quieres profundizar más o verificar hechos y circunstancias, te recomiendo consultar las siguientes fuentes de información, todas disponibles en internet:

- Prieto, Miguel Angel (2013): Historia de la Arqueología Aborigen de Venezuela, Fundación Venezuela Submarina. Separata del Acta Arqueológica Submarina. Venezuela.
- Millet, Jose (Editor) julio 2009 — Febrero 2011: Atlas Etnográfico del Estado Falcón, Venezuela. INCUDEF, Centro de Investigaciones Socioculturales. Coro, Venezuela.
- Morón, Camilo (2011): Presencias bajo la arena: Yacimientos Arqueológicos en el Parque Nacional Médanos de Coro Boletín Antropológico, vol. 29, núm. 81, enero—abril, 2011, pp. 7—26. Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela

- Morón, Camilo (2012): Petroglifos en Falcón: entre la roca y la memoria. Boletín Antropológico, vol. 30, núm. 84, julio—diciembre, 2012, pp. 163—175 Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela.
- Morón, Camilo (2007b): Manaure, al Filo de la Eternidad y el Mito. Uni— universidad de Los Andes. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Mérida. Venezuela.
- Eduy M. Urbina J.(2007): EL CARRIZAL: Cambios en el Uso del Espacio a Través del Tiempo. Trabajo Final de Grado presentado para optar por el Título de Antropólogo, UCV. Venezuela.
- Alvarado, Lisandro (1921): Glosario de Voces Indigenas de Venezuela. Ediciones Victoria. Caracas.Venezuela.
- Fortique, Jose Rafael (1989): Noticias sobre El Carrizal, Pueblo de Indios Caquetios. Boletín de la Academia Nacional de la Historia Nº 286. Tomo LXXII. Caracas, Venezuela.
- Archivo Histórico de Coro. Donación de tierras de Taratara y Carrizal hecha por DonPedro y Don Juan de La Colina y Peredo a varias familias de Indios Caquetíos venidos de Aruba que vinieron solicitando ser adoctrinados en la religión cristiana. 7 de Septiembre de 1723 .

Instrumentos Públicos. Folios 494vto—495. Documento No 3.

- Zavala Reyes, Miguel Enrique (2015): Palabras Vivas de una Lengua Muerta: Legado Arawak—Caquetío. Boletín Antropológico. Año 33, No 89, Enero—Junio, 2015. ISSN:1325—2610. Universidad de Los Andes. Museo Arqueológico / Centro de Investigaciones. Venezuela.
- Lucena Salmoral, Manuel (1992): Piratas, Bucaneros, Filibusteros y Corsarios en America. Perros, mendigos y otros malditos del mar. Editorial MAPFRE, Colección Mar y Americas. Madrid,España.
- Di Ció, A. F. (2019): El ritual exorcismos: una presentación [en línea]. Communio. 2019, 26 (2). Disponible en: https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/13319
- Goikoetxea y Araluze, Nestor de "Urdiola" (1984): Toponimia Euskara. KOBIE (Serie Etnografía). Bilbao, Zientzietako Aldizkaria — Revista de Ciencias. Bizkaiko Foru Aldundia — Diputación Foral de Vizcaya N.o l. 1984. España.
- Magallanes, Manuel Vicente (1996): Insurrección de los negros de Coro, 1795.

Fundación Polar. Diccionario de Historia de Venezuela. Caracas, Venezuela.

- García Zea, Roberto (2024): Árbol genealógico de la familia Zea-Irausquín. www.Ancestry.com. Solicitar acceso al email: harrypotex@gmail.com.



Imagen de la la Virgen de Guadalupe hallada las costas de Falcón
27 de febrero de 1723 y que reposa en la iglesia de
El Carrizal, Estado Falcón, Venezuela

Manuel Francisco Benito Irausquín de Sus y Reynaque con 16 años salió de su casa en Ejea de los Caballeros rumbo a la Provincia de Venezuela, fue contratado por la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y enviado a Santa Ana de Coro. Su abuela Doña María mueve sus influencias para enviar a su nieto lejos de España y de la maldición que persigue a la familia Irausquín. Viajaremos desde el país Vasco, pasando por Navarra hasta las Américas, al Real Puerto de La Vela de Coro, a la mágica Sierra de Coro donde se encuentra cautivo Diao Manaure al pie del mítico árbol de urupagua. Conoceremos a sus compañeros de aventura y también a sus enemigos. El Carrizal ¿qué se oculta en ese sitio?. ¿Quién es el temible "Cristo al revés"?. ¿Quién es Yara?. La que lleva a la selva en el color de sus hermosos ojos y ¿quien es su amor prohibido?

ISBN: 978-980-18-5090-8